

UNIVERSITY OF ARIZONA



39001029603712



narrativa • grijalbo

DIARIO DE UN PEND***



narrativa • grijalbo

DIARIO DE UN PEND***

FERNANDO NACHÓN

PQ

7298.24

A34

DS

1990

narrativa • grijalbo

MÉXICO • BARCELONA • BUENOS AIRES

DIARIO DE UN PEND***

© 1989, Fernando Nachón

D.R. © 1990 por EDITORIAL GRIJALBO, S.A. de C.V.
Calz. San Bartolo Naucalpan núm. 282
Argentina Poniente 11230
Miguel Hidalgo, México, D.F.

PRIMERA EDICIÓN

*Este libro no puede ser reproducido,
total o parcialmente,
sin autorización escrita del editor.*

ISBN 970-05-0037-3

IMPRESO EN MÉXICO



Indice

Mis problemas con las mujeres	11
I. Teresa, Paloma y Verónica (con postre homosexual)	13
II. Pamela y Carolina	57
No te vengas con cuentos	91
El arca de Noé	93
Amor en el aire	99
El hombre izquierdo de Alejandro	103
19 de septiembre de 1985	107
Helicópteros	113
El mulato	119
Triángulo con ángulos iguales	123
Psicoanálisis ranchero	129
¿Sigues pensando en tu exvieja?	133
Amor de galería	139
Los papeles de la casa de piedra	143
El poeta soy yo	153
Pechos, selvas y montañas	155
Días de vino y mota	183
Retrato de familia	195
De impotencia. . . literaria	205
Hastío, demonios y abandono	217

Mis problemas con las mujeres

I. *Teresa, Paloma y Verónica*
(*con postre homosexual*)

UNO. Leopardo me ayudó a vigilar tus movimientos. Me llamó hace unos minutos. La comunicación se cortó pero me dijo que ibas con un cabrón hijo de puta, te fuiste al hotel de paso que está en la carretera a Toluca, saliste dos horas después y ahora llegas a tu casa.

Es la verdad: en este momento te limpias el semen con un kleenex.

Urgentemente me puse a escribir los poemas de amor y odio que me dejaste atorados. Tenía que hacer poemas, cuento y novela en un solo bloque.

¡Ya no hay sueños nuevos! ¡Sólo la guerra nos espera!

El güey que te cogió comenzó la guerra. ¡Cerde! ¡Putá! ¿Le abriste bien las patotas?

Mi madre me reclama porque dice que a las mujeres les molesta lo que escribo. Si quieres rompe estas hojas. Pero antes dime si tenías bien abiertas las patotas.

¡Carajo! Hoy por la tarde vi muchas parejas de enamorados en la calle, entre ellas te busqué pero tú estabas bien abierta de patas.

Y pensar que ahora estás bien cuidada por un bigotón de carne dura, tensa y venas infladas.

Pero, mi amor, antes de hacerte los poemas de amor quiero preguntarte algo: ¿la tenía más grande que yo? Aaaaarrrggg.

Acuérdate que mi verga no es morena y la de él sí. Recuerda el poema de amor que querías escribir encima del basto. Entre una y otra lamida me decías que lo amabas, que tenías tu corazón dividido en dos: una parte para mí y otra para mi pene.

¿Es triste mezclar poesía con vergas y penes? ¿Por qué? La Academia de la Lengua no lo prohíbe; al fin y al cabo es la lengua.

¡Mierda! De seguro el kleenex es azul. De seguro Leopardo piensa que estoy loco.

¿Fumaste mota cuando te la metió? En los hoteles de paso hay que ser cuidadosos: meterse al baño, prender el toque y echar el humo por una ventanita. ¿Cuando lo hicieron en el baño aún tenías puesto el brassier? ¿Todavía no te bajaba las pantaletas y ya te untaba el dedo por mi abismo? ¿Ya te había metido la lengua en la boca?

¡Dios mío! ¡Quisiera saber si fumó mota con él!

De seguro se tomaron un vino blanco y se pusieron alegres a coger. ¡Qué lindos! Como si fueran mis hijitos, una parejita de hermanos cochinos.

¡Oh, Cristo, que estás en mis entrañas! Hace tiempo cuando le fui infiel le dije: no hay maldad, cuando besaba a la otra era bueno con el mundo. Nunca tuve maldad hacia tí. Cristo, te estoy traicionando. Soy un cerdo, soy un cerdo. En la angustia soy grande, puedo llegar a matar.

Teresa: he sido estúpido, he sido tu verga, he sido tu útero, he sido tu poesía, he sido tu madre, he sido tu esfínter, he sido tu psicoanalista, he sido tu esquizofrenia, he sido tu padre, he sido tu padre, he sido tu padre, he sido tu miembro, he sido tu amor. ¿Podrás perdonarme?

Un judío que estuvo en Auschwitz me lo dijo: “¿Por qué escribes tan disolvente, sin diplomacia?”

¿Y si el kleenex no hubiese sido azul?

¿Pensarás en mí? ¿Sabrás de mis uñas desgarradas? Teresa. Teresa, tengo que nombrarte. Si no, no puede existir la poesía. Sin tachadura no hay nostalgia.

Ya no importa nada; ya te la metieron, ni modo.

Una terrible historia: ayer, antes de dormirme, le di un zapatazo a una gran araña y creí que había muerto, pero no. Por la mañana una de sus patas se retorció buscando vida. No tuve más remedio: darle otro zapatazo. Esa araña sufrió toda la noche, quizá por eso soñé en tu imagen desenterrada.

Teresa. Si supieras que ayer me fui a la Zona Rosa con el pinche lumpen de Jorge. Nos acercamos a diez mujeres. Todas tienen novio, todas se ponen de mamoncitas.

¡Dios mío! ¿Qué le has hecho a las mujeres del Distrito

Federal? ¿En qué televisión norteamericana les lavaste el cerebro?

¡Carajo, Teresa! ¡Estás acabando conmigo, estás acabando con mis poemas, estás cagándote sobre Milan Kundera!

¡Ohhh, Cristo! ¿Por qué chingados no soy cantante de rock? Ahora tendría una preciosa nalguita a mi derecha adorando mi manera de fumar mota.

¡Más mota! ¡Más mota! ¡Señor presidente, necesito más mota! Ella es la única mujer buena, es la yegua de los depresivos, la mano de la madre de Cristo.

Teresa, cuando recibas estas hojas te podré platicar todas las tonterías que se me ocurren para no arrancarme los güevos con alguna cruda, para no beber, para no estrellar mi jeta contra la depresión. Mierda. Mierda. Dos de los teléfonos de las chavas de ayer estaban equivocados, y otra más trabaja todo el día. Pobrecita.

Además, Teresa, ¿Teresa? Si todavía estás ahí no importa si te la metieron. De todas maneras ya lo digerí, sólo imaginé un ensanchamiento de tu vagina para albergar un trozo inflado con sangre. No importa. Soñé que entraban a tu casa por un túnel.

¡Dios mío! Perdona a los psicoanalistas porque no saben lo que hacen.

Lo siento, Teresa, saldré a la calle a buscar a otra hembra. El necio retorno.

DOS. Constantemente me disculpo:

—Disculpa —digo en un café de la ciudad—. Quisiera conocerte.

Ella no responde, y vuelvo a insistir:

—Hola. Quisiera conocerte.

No responde.

—Hola. ¿Eres mudita?

Voltea y me dice:

—Oye panzón, ¿te crees muy chingón?

—Te invito un toque. ¿Quieres? ¿O te asusta la mari-guana? —pregunto tímidamente.

—Ya vas —contesta ella muy segura.

—¿Cómo te llamas?

—Paloma.

Salimos al estacionamiento, eran las siete de la noche, había nubes azulmarinas. Los faros de los autos que entraban descomponían el paisaje. Abrí la puerta, saqué un churro bien forjado. Como estábamos al descubierto y en un lugar donde había pocos autos lo prendimos con la precaución propia del mariguano.

—¿Es buena mota? —me preguntó.

—Es puro pelito rojo.

Paloma aspiró el churro sin descanso, se llenó los pulmones deliciosamente. Noté un lunar en una mejilla, se veía hermosa, sus cabellos eran de un color negro azabache. Venía vestida muy fresca pero se notaba voluminosidad en los pechos y la falda ajustada enardecía mi deseo.

Me pasó el chubi y lo llevé a mi boca displicentemente. Se acercó hacia mí y posó sus labios sobre los míos como si una barcaza cortara las aguas de un río. Me paso la mano sobre la nuca. Sentí como si me aliviara un dolor de cabeza que hubiese durado siglos, una migraña maldita. Al tiempo que me besaba y me frotaba su medicina, fui cayendo en un trance delicioso, pero de pronto sentí un resbalón: recordé a Teresa y supuse que así estaría con otro hombre. Una espada cruzó mi plexo, sentí dolor y besé con más furia a Paloma, como queriendo decirle que mi lengua y mi abrazo eran una venganza hacia Teresa.

Nos seguíamos besando pero ahora eran besos cortos y delicados; de vez en cuando la abrazaba y mis ojos iban a dar hacia las nubes que cada vez se ponían más azulmarinas. Como el abrazo era largo me daba tiempo para pensar que Teresa y yo mirábamos el mismo sol y la misma luna aunque estuviéramos a quinientos kilómetros de distancia. Pero las nubes eran diferentes y como no podían ser las mismas me pregunté: ¿qué forma tendrán las nubes que ahora mira Teresa?

De pronto Paloma llevó su mano hasta mi bragueta, y sin importarle que estuviéramos en un estacionamiento me

empezó a tallar el nabo. Las nubes pasaron del azulmarino al negro. Me excité y comencé a besarle el cuello; después de pasar mi lengua por su piel, con la mejilla sentía mi propia saliva fresca. De repente, y por arte de magia, el estacionamiento se fue despejando. Estábamos junto al carro como si éste fuera una isla desierta en el asfalto. A lo lejos se escuchó una sirena de ambulancia. Pensé en el pobre que iría adentro. Las talladas de Paloma sobre mi verga se convirtieron en pellizcos de unos dedos que parecían llevar la cuenta de un rosario.

El radio estaba encendido y una mujer cantaba: "Quiero tus dientes para hacer un rosario". Recordé a Teresa, pero también recordé a un amigo que me decía: "Cuando cabeza chica se calienta cabeza grande ya no piensa." Nos metimos al coche.

Yo había perdido la virginidad en un coche y evoqué imágenes nostálgicas: vidrios empañados, para que nadie viese, un olor a perfume que me desagradaba, la creencia de que mi madre olería que había dejado de ser virgen y unos senos boludos y sabrosos.

Paloma se desabrochó la blusa sin pudor; esto me calentó más, apreté un botón del brassier y mecánicamente se abrió. Las tetas no se alcanzaron a ver totales, faltaban los pezones. Los pezones tantos siglos escondidos, los pezones ocultos entre la noche. Comencé a lamerle exactamente en medio del esternón y poco a poco me acercaba a ellos. A veces trataba de descubrir uno pero yo mismo lo impedía para aumentar la calentura; mientras ella me frotaba el glande. Entonces subí mi mano por su entrepierna hasta encontrar el tope de su calzón, que guardaba unos vellos húmedos, viscosos y calientes.

La acaricié con delicadeza; habíamos reclinado el asiento para que ella abriera las piernas al máximo. Yo le pasaba la mano fina por encima del chochito sin despeinárselo; por el calzón se trasudaba una baba que yo percibía con mis yemas: sentí su tersura como si fuese una crema inventada por la mujer.

Mientras mis dedos jugaban con el calzón lo fui apartando

hasta llegar al clítoris. Lo presioné sin lastimarlo, aunque quería arrancárselo y comérmelo; lo estuve acariciando con suavidad buscando la presión exacta para mover a una mujer.

Paloma gemía y ansiosa buscaba la forma de desabrocharme el pantalón. Le ayudé y me saqué la verga; bajo la luz de la luna se veía de un rosa con tintes violetas. En cuanto la vio se fue sobre de ella y se la metió hasta la garganta; yo grité de placer. Era tanto el gozo que sentía dolor, como un hielo seco que me quemaba.

Se la metía y sacaba de la boca sin pudor; mientras lo hacía movía la cabeza como diciéndole “sí” a Dios.

Con la mano derecha me acariciaba los güevos y con las uñas me hacía cosquillas en el escroto; después bajó la lengua y comenzó a delinear me la bolsita. Su lengua llegaba alrededor de mis bolas mientras me agarraba la verga como si fuera la palanca de velocidades.

—¿Te gusta, papacito? —me dijo con voz angelical.

“El que calla otorga” —pensé.

Luego se puso como loca y se quitó los calzones como si alguien la persiguiera, me colocó sobre el asiento y se la clavó hasta adentro. Subía y bajaba mientras se agarraba la nuca; se alzaba los cabellos con jalones para provocarse placer.

—Métemela más, papacito, anda, métemela más. Soy tuya, quiero verga y más verga, toda la verga que tengas —gritaba ella, fuera de sí.

La miraba excitado, pero mi calentura no llegaba al grado de la suya. Ella parecía poseída y yo era un hombre que estaba cogiendo. Pero aun así mi verga estaba dura y la penetraba. Comenzó a mover las caderas como en un baile africano, bajó su mano hasta alcanzarse el clítoris y se lo comenzó a tallar.

Mientras le pellizcaba los pezones me gritaba:

—¡Pellízcamelos más! ¡Más fuerte!

Tuve temor de hacerle daño, pero ella no dejaba de pedir más.

—¡Pellízcamelos más!

Después me abrazó sin sacársela; la seguía cabalgando y entonces llevé mi mano hasta su ano, traté de meter el

dedo medio pero me fue imposible pues estaba seco. Entonces ella se llevó mi dedo a su boca, lo llenó de saliva y volvió a colocar la mano y el dedo cerca de su hoyo. Empujé y el dedo entró casi hasta la mitad. En cuanto lo sintió comenzó a moverse más y más rápido. Hasta que gritando me dijo:

—¡Me voy a venir! ¡Me voy a venir!

Se agarró de la ventana del auto, aullaba. Eran unos alaridos tan fuertes que tuve miedo de que alguien nos oyera.

—Máaaaassss, métemela máaaas. Tu verga es mi verga. Dámela toda.

Terminó el orgasmo y se recostó sobre mi pecho. Descansé unos veinte segundos y empecé a moverme otra vez.

—Eso. Muévete —decía, suplicando y exigiendo al mismo tiempo.

Se la metía y sacaba, y de pronto comenzó a gritar de nuevo:

—Voy a tener otro. Otro. Eso, muévete papacito, méteme toda la vergota.

Este orgasmo se combinó con otro pequeño sin romper la hilación. Hasta que, flácida, cayó sobre mi pecho. Entonces me dispuse a moverme lo necesario para concentrarme en mi orgasmo. Empecé a moverme con calma y antes de tomar velocidad un lamparazo me cayó en la cara: era la policía.

TRES. El primer problema que surge cuando la eyaculación ha sido detenida es el tiempo. Quizá mañana vea a alguna mujer nueva. Quizá no. Y aunque la vea tengo que buscar la manera de asesinar el tiempo.

Regreso a la casa encabronado. Las nubes azulmarinas que ahora eran noche, pronto serían de lluvia. En mi contestadora de recados hay una voz de mujer, es Teresa, dice que me extraña y que ha pensado mucho en mí.

La voz se escucha dulce, como la de alguna mujer que acabara de conocer. Pero tras esa voz existe el abandono. Me amaba pero no quería que estuviéramos juntos. Yo había construido un campo de concentración en el departamento. Nos veíamos diario y nos odiábamos tanto.

El sexo era nuestra medida del tiempo. Ella cada día se sentía más frustrada y yo cada vez escribía menos. Me dedicaba a estar echadote, de güevón, esperando la guerra atómica o el momento en que mis vesículas seminales estuvieran de nuevo llenas y mandarían un mensaje al cerebro para volvermela a coger (o para que ella me cogiera, diría una feminista).

Un día, una puta me lo dijo: “Quizás no estés enamorado de Teresa, es más probable que estés enculado.”

“¿Enculado?” ¿Quizá nada más estaba enculado de Teresa? ¿Para qué leer tanto psicoanálisis? ¿Para qué? Una prostituta me lo había dicho todo: estaba enamorado de una vagina.

Resulta que sólo amé la presión sobre mi pene, una mano que me ordeñara, una mano que me ordenara, una mano que me asistiera, una mano que me rescatara de la soledad, una mano tendida hacia mi miembro, que me sacara de los rieles del tren, que era el mismo que se alejaba y se despedía de mí en cada mujer que venía y se iba de mi vida. Pero ese miembro me ordenaba, ese miembro me hacía seguirlas.

El estar enamorado de un apretón era nauseabundo, pero también tenía su parte buena: me hacía habitar lo obvio y esto me salvaba de llegar a abstracciones psicóticas.

En un libro de psicoanálisis lo leí: “Los depresivos son *adictos* al amor.”

El drogadicto tiene dos momentos infernales: mientras busca la droga y cuando se hastía y necesita otra. Yo vivía esos dos infiernos al mismo tiempo.

Rasgaba el aparato telefónico buscando alguna mujer que me amara o alguna que, siquiera por casualidad, me le figurase a su padre y me reconociera como propio, y me diera mi dosis de heroína orgásmica, mi cocaína vaginal, de esa droga lo suficientemente fuerte para poder vencer mi caos mental.

El tiempo, como primer culpable, me hacía bolas la cabeza. Las palabras estaban estancadas, arremolinadas al borde del hocico. Por fin me comuniqué con una chava. Se llama Verónica. Era de las mujeres que te piden que las llames para que les vuelvas a llamar. Como estaba bien buena

había mucha competencia. Todos se la querían coger. A mí eso me daba gusto.

Cuando Verónica me pidió que le hablara al otro día preferí masturbarme. Quizás no estaría a mi disposición y el día sería horrible esperando la comida, como el hambriento que traga saliva para simular que come algo sin saber que se traga a sí mismo.

Me comencé a masturbar como el adicto al cigarro que se muerde los dedos. Me masturbé de manera estúpida: todavía no terminaba de ver las revistas pornográficas y ya me había venido.

Alcanzo los cigarrillos. Saco uno del paquete. Lo miro. Lo llevo a la boca, enciendo un cerillo y aspiro el humo de la mañana. Ahora estoy destruyendo un campo de espigas microscópicas. Para colmo de males son unos delicados sin filtro, y raspan y sangran.

Aspiro el humo, miro el delicado sin filtro y encabronado pienso: ¡puta madre, se van a confundir las bachas de mariguana con las bachas de tabaco! Un problemita es de fuego en soledad.

El otro día prendí una bacha de delicados creyendo que era mota. Según yo, me estaba poniendo pacheco.

La soledad estaba montada otra vez sobre mí. ¡Carajo! Necesitaba un toque. Por suerte y por la gracia de algún dios había medio toque en el cenicero de la cocina; me levanté por él, lo encendí, aspiré el delicado humo de las madres que protegen las montañas, una neblina especial que amorosamente besaba mis túbulos bronquiales. ¡Carajo, si tenía mi motita, para qué chingados fumaba cigarros! Carajo tenía que dejar de fumar. . . tabaco.

Era imprescindible que dejara de fumar. Estaba atrapado entre el humo del cigarrillo como el que tiene un árbol para torturarlo con corazones de enamorados.

¿Recuerdas, Teresa, que comencé a fumar una semana antes de conocerte? Como si hubiese sido un presentimiento de que llegarías, de que te instalarías en mis huesos como lo hacen las mujeres con los poetas, y caminarías adentro de mi pecho dejando una baba de caracol venenoso.

Teresa, desde que te fuiste, hace más de un mes, quizá he fumado treinta cigarros diarios, a veces hasta cincuenta.

CUATRO. Perdido, errando, deambulo entre edificios, entre paredes de edificios con ventanas. Camino por la avenida de los Insurgentes. Doy vuelta en la calle de Sonora, camino sin sentido, sin necesidad y casi hipnotizado, mirando miradas vacías que rodean mi persecución. Y esa falta de necesidad es lo que me vuelve loco. Ni siquiera deseo detener a alguien para hablar. Entro a un restaurant, quiero hablar por teléfono. Quiero llamar a Verónica y sin querer marco el número de Teresa. Cuelgo, marco el número de Verónica.

El haber perdido a Teresa me despojó de mis propios párpados, mostrándome la ceguera, y entré a las sombras mientras erraba. Veía pasar a las mujeres como si fueran velas que me saludan con una mirada furtiva, estúpida y burguesa.

En lo que espero la voz de Verónica, La imagen de Teresa recorre mi pensamiento como un líquido alcohólico. Creo que era temprano; por el tono grispálido del smog supe que eran las ocho de la mañana.

El timbre fue interrumpido por la voz de Verónica, que me agradó por el simple hecho de provenir de una mujer. En mi alucinación sentía la voz de las mujeres como pieles que me cubrían de la angustia total.

—Hola Verónica. ¿Quieres que nos veamos en la tarde?

—Bueno. A las seis, ¿te parece?

—¿Dónde nos vemos? —le pregunté.

—Pasa a mi departamento.

¡Bravo! Ya tenía una cita para las seis de la tarde; pero ahora tenía otra cosa de qué preocuparme. Ahora tenía la preocupación más importante del hombre: Esperar una vagina.

Como tenía mota, un cacho de herencia de mi padre, un carro y un departamento, podía rascarme los güevos a gusto e inclusive podía ir a una librería a comprarme de pura onda ocho tomos de *El capital*.

Tenía hambre, me encaminé a comerme unos tacos de suadero. Un pensamiento doloroso y triste recorrió mi mente hasta que sentí un sudor frío por la frente: ¿Y si Verónica no me da las nalgas? ¡Carajo! Eso sería horrible y tendría que recurrir a la masturbación.

Pedí tres tacos de longaniza y uno de suadero con salsa verde. Me los comí rápido para regresar a mi cuarto. Entré al departamento. Luego luego me fui por unos valium, me tomé uno de cinco miligramos. Prendí un churro de mota, aspiré el humo mientras mi vista se perdió entre los lomos de los libros, los miré como un perro inteligente que no piensa.

Frente a mí veo la imagen de los ochenta; es un poster de unos exjipiosos que habitaban las colinas de Woodstock y que ahora, "diez años después", quizá veinte, toman cocteles mientras charlan de pintura, escultura, literatura y otras mercancías del mundo. Aquí terminó el sueño, la revolución se murió, todos los que decían la verdad ahora dicen mentiras.

La verdad es la cárcel segura. La verdad es decir que no hay nada más sagrado que un buen churro de pelito rojo de Oaxaca con un poco de valium. Esa es la verdad, dejarse caer, hasta que los músculos se derroten y caigan flácidos y bostezantes sobre la cama. Todos los exrevolucionarios nos volvimos viciosos.

Sin Teresa me siento frustrado, pero sin valium y sin mota me siento peor, sólo me dan ganas de meterme una jeringa con aire en las venas. El valium ha comenzado a hacer efecto y mi mente se pierde en la pesadez de los párpados, mi frente se abotaga, la mariguana me hace creer en Dios y por más horas olvido a Teresa.

Aunque probablemente Verónica me diera las nalgas a las seis de la tarde, la espera me parecía odiosa. Ni Borges, ni Faulkner, ni Cortázar me acompañaban; sin Teresa el mundo se había vuelto sordo y ni siquiera podía platicar con los libros que tanto me gustaban.

Pero Julio Cortázar, Baudelaire y hasta Cristo mismo me parecían odiosos.

“¡No crees en Dios! ¡Eso es lo que te pasa!” me decía Teresa y aún me lo dice cuando alguna vez se comunica por el hilo del teléfono. Aunque creyera en Dios sólo podría pedirle una cosa: que Verónica me diera las nalgas a las seis de la tarde. Eso es lo único que querría pedirle.

¿Qué soy? Un cerdo en la oscuridad. Aunque han de ser las once de la mañana soy un cerdo en la oscuridad, con los ojos cerrados como un topo atrapado en su propia madriguera.

¿Para qué voy a salir a hacer la revolución? Si aquí estoy a toda madre, echadote, fumando mota, rascándome los güevos mientras torturan a los obreros. ¿Y si vendo mi departamento y compro armas para la revolución? ¿En dónde? ¿En qué juguetería? ¿En Aurrerá? ¿En Woolworth? ¿En Super-Chedrahui?

El presidente no me quiere y mi primera novia está cogiendo con otro.

CINCO. Me echo una siesta y despierto con la verga parada. Me encabrona despertar con esa sensación maldita de querer penetrar todo. Sobre todo cuando NO TIENES MUJER y ya te chingaste.

¿Una puta? ¿Pagar cincuenta mil por un palito? Ni madres. Recuerdo una puta que me cobró mil pesos en Cuautla; la vieja abrió las patas y en cuanto la penetré comenzó a chingar:

—Andale, ándale, vente rápido, ándale, échame los mocos.

Como no me vine en el primer minuto comenzó a empujarme para que me saliera y obviamente tuve que venirme rápido. Mi verga quedó azorada y ella se acuclilló sobre una palangana, se echó agua en los labios menores y se metió el dedo para sacar todo con agua moquienta de otros diez hombres. Como había poca agua ya estaba natosa, pero a la puta no le importaba, se secaba con una de esas toallas que nunca se lavan pero siguen secando; recibió los mil pesos y me mandó a la chingada.

Si alguien hubiese venido a decirme que yo estaba muerto

no me hubiera importado. Qué horrible con la verga tensa, buscando una carne que la sostenga y un oído donde poder derramar mi voz.

¡Verónica, para allá voy! Te iré a coger de las entrañas, te acabaré, te pondré de a perrito y de mil posturas y vomitarás a tus padres por los ojos. A güevo, a güevo, te voy a hacer mi puta.

Dios mío, estoy atrapado en dos tiempos. Entre las nalgas concretas de Verónica y las nalgas abstractas de Teresa. Si me masturbo puedo calmar la ansiedad, pero si Verónica me da las nalgas no tendría tanta energía y el palito sería soso.

Me asomo por la ventana, con mi pene apunto a los edificios de enfrente; quiero tener una verga elástica y poder penetrar a las mujeres de mis enemigos, ésa sería la mejor venganza, la más dulce; una verga elástica que penetre anos y vaginas a control remoto, entrar a los congresos de psicoanálisis y poesía y violarme a dos que tres nenas que me gustan y me desprecian.

¡Exacto! Mi verga entraría a decir la verdad, entraría como una hiedra abrazante y perfumada, enroscaría a una poetisa en el estrado y con la punta de mi glande, con el meato uretral a manera de boca, besaría a esa mujer, a esa mujer llena de caminos, para pedirle y darle el perdón.

Estoy desnudo con mi pene apuntando como un telescopio. Quiero cambiar la realidad pero no sé cómo: pienso que para eso es necesario "aprender a escribir". La mera condición de sentirme disciplinado puede ser suficiente.

Y yo aquí y ahí en todos los lugares, apuntando al mundo con mi telescopio, con el telescopio que nombra cada una de las cosas que ve.

Cuando camino por la calle y siento en mi mirada las nalgas de una mujer, mi telescopio me guía, se acerca y le pregunta algo, si es rechazado dice: mujer-bruja; pero si es aceptado dice: mujer-hada.

Buenas y malas, puercaś y santas, exactas y andrajosas, obsesivas y cogelonas, las mujeres se pasean por mi mente mientras mi pene recibe todo el calor de la naturaleza. Frente a mi ventana están unas palomas que quieren coger.

Me agarro la verga con la mano derecha, mil mujeres pasan en la película de mi cerebro. Cierro los ojos y me pierdo en el tiempo: entonces las cosas son y fueron, las mujeres vinieron y se alejaron, las canciones dijeron y callaron.

Estaba en el punto cero, en pleno equilibrio, manipulado mi verga como si fuera la verdad. Qué deleite sería bañar a todos esos edificios.

Tengo que detener la manipulación, no eyacular, esperar y pensar en otra cosa. Lo que sea, alucinar que estoy a la orilla de un abismo, que voy en un tren rumbo a Chicago. Cualquier cosa para no venirme: técnica china pa'coger mejor.

Dejo de agarrarme la piola, me pongo los pantalones. Al entrar en otro cuarto se me ocurre decir: Teresa, Teresa, y nadie contesta. Mi voz retumba como la de un loco alcohólico que alucina su botella. Debo apurarme, las nalgas de Verónica me esperan. Dios mío, tengo que entrar otra vez a la Tierra, a la vagina que me limpie de nostalgias y Teresas.

Me subo al auto pensando en mi hambre, el hambre de los demás me importa una chingada, además me encabroné pues tenía el problema existencial de ir a comer unas tortas, unas quesadillas o unas hamburguesas.

Decidí ir a casa de Verónica, era probable que ella tuviese un poco de queso, además sólo necesitaba un poco de alimento pa'coger. Qué gacho que no nos amásemos.

No me interesaba comer, quería tener servido delante de mí el cuerpo de Verónica, senos morenos y sabrosos, sus pezones únicos y demócratas, su vello púbico, razón de mi sinrazón.

Abrí la cajuela de guantes y saqué una bacha, que me costó trabajo prender por lo pequeña que era.

Resolví el problema dándome unos cajuelazos. El cajuelazo me lo enseñó el Leopardo, a quien siempre se le ocurren ideas muy creativas. Se toma una cajetilla de cerillos, se saca la caja que los contiene, se le hace un hoyo a la cajuela en la parte superior y se clava la bacha. Esta operación permite que le aspiremos por el boquete donde entra la caja de los cerillos. Además, el cajuelazo, al igual que las

pipas, ocasionan que el jalón sea directo hasta los bronquiolos, permitiendo que la sustancia entre más rápido a la sangre.

Arranqué mi AMX. Era un Rambler Rally, ochenta; estaba super madreado y a leguas se daba uno cuenta que era el carro de un alcohólico: un vidrio estrellado por mi propio puño, el eje trasero chueco por darme contra un camellón de Insurgentes, un hueco en donde una vez existió un estéreo que me bajó una banda de Garibaldi en una borrachera, no tenía ni los visores para tapar el sol, ni el descansabrazos, ni la consola que algún día tuvo vacuómetro, reloj, marcador de aceite y de batería. Además, mi querido Max —así se llama mi auto— había recibido tremendo golpazo exactamente en el mero hocico. En una peda se me ocurrió ir a buscar a Leopardo y me estrellé contra un poste; era el tercer chingadazo que recibía en el frente, aunque los otros no habían sido tan aparatosos.

Oh, Dios mío que cabalgas por el horizonte y guías tu faro hacía mí como un semáforo perdido en el smog. Dios, te lo pido, córtame la verga, déjanos sin lujuria, reza por nuestra castración y perdona nuestros pecados así como nosotros perdonamos los tuyos. Córtanos el pito y siembra otra vez la concordia en la tierra.

Estaba atrapado en el tráfico, avancé doscientos metros, trescientos, cuatrocientos, un kilómetro, y pensé: “Para allá voy Verónica, dile a tu chochito húmedo y velludo que para allá voy contento, dile que mi pene (el resultado de la naturaleza inmoral), va hacia él, y salúdame también a tu culito, agujerito redondo y delicioso que Kepler, Galileo y Copérnico admiraron en sus mujeres y sus hombres. Dile a tus partes más nobles que hacia ellas va un hombre con hambre, un lucero en medio de máquinas. Estoy vivo. No lo puedo creer, tus nalgas me esperan como la presa espera al agua; mi pene, como la escoba de una bruja, irá por ti para lanzarnos serenamente a volar por encima de la ciudad y de la cabeza de Teresa, y de todas las mujeres que me olvidaron y me abortaron en la noche.

Era demasiado viejo; apenas estaba cerca de los treinta, pero el alcohol, la mota y el cigarro habían mutilado mi

cuerpo, lo habían vuelto infinito y cansado, estaba al borde de la castración y la muerte, al borde de un caño de la ciudad y en el borde de unos labios menores.

Uuuuuuffff, qué buena mota. Traía buena yerba, era pelito rojo de axila de hippie francesa. ¡Oh, adorada matita de cannabis! Enaltecí su nombre por encima de la salud, oraba por ella como por una buena madre. Tomaba sus cabellos y los metía en una sábana, la aspiraba como el niño que introyecta valor de su padre, como el hombre que camina sobre su propio rostro, como el condenado que perdona a sus verdugos. ¡Ohhh carísimo Quintero, gracias por la mariguana! Si llego a rencarnar quiero ser planta de cannabis, quiero ser capullo de yerba, quiero que nuestros hijos e hijas corran desnudos por campos de flores de mota, y en sus pieles de vellos adurznados se recolecte el polen de la sagrada planta.

No conocía esa colonia y hasta la ciudad misma me parecía desconocida; me sentí como el día en que de niño me perdí en un almacén. ¿Para qué clavarme en rollos de soledad si tras una de esas puertas estaban las nalgas de Verónica, y sus labios menores boquiabiertos, y sus ojos entrecerrados esperándome?

De camino a la puerta miro a un ciego que trata de bajar una banqueta; es pobre, gordo, y alcohólico. El bastón, como si tuviera vida, trata de localizar el escalón pero no puede; el ciego tiene la cara gorda y morena, un ojo blanco apunta al cielo y respira asmáticamente como si se fuese a infartar. En eso pasa un chavo nice de la colonia en un Le Barón, viene tocando el claxon porque anda pedo; el ruido corta los oídos del ciego y se derrumba en el asfalto, me dispongo a levantarlo. Pesa mucho, trae la camisa sudada, y al tratar de levantarlo se me escurre como una ballena grasosa.

El ciego se me va de las manos y cae de hocico, dándose una trompada. Suena seco y hueco; veo que en el asfalto se impactan unas gotas de sangre fresca.

De pronto se aviva y trata de ponerse en pie; me da las gracias, siente vergüenza, se pone a caminar apresurado,

cruza la calle y cuando llega a la otra banquetta se tropieza cayendo cerca de otro borracho.

—¿Qué pasó, manís? ¿También andas chupando? —dice el ebrio que sí ve.

El ciego se sienta recargándose en la pared; su ojo blanco sigue buscando algo en el cielo, me paro delante de los dos sin saber qué hacer. El ciego deja de sangrar, el otro borracho lleva el vaso de plástico a la boca del ciego; éste sin tomarlo con la mano, lo comienza a mamar. El plástico cruje con las dentelladas del oso ciego, el otro borracho lo mira con ternura, como si fuese un hijo que hubiera regresado de un largo viaje.

Dí media vuelta y me encaminé de nuevo para el edificio de Verónica; ella vivía en el quinto piso, no había elevador y conforme subía recordé el temblor del ochenta y cinco y de la gente que se quedó molida. Conforme mis piernas me llevaban hacia ella comencé a creer que subía al cielo.

Me recibió con unos pantalones de mezclilla apretados y una camiseta con una planta de marihuana impresa en el frente.

Me daban ganas de pedirle que nos fuéramos inmediatamente a la cama pero debía esperar, ya que esa hora transmitían un programa especial de Emmanuel y a Verónica le encanta.

Ahí estaba yo sentadito, hecho un pendejo, esperando la hora de mi merienda, esperando las ricas nalgas en almíbar que la vampiresa me regalaría.

Por fin acabó el programa y se fue conmigo a la sala.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien —contesté con mi cara de hipócrita.

—¿Te costó trabajo llegar? —me preguntó, por preguntar algo.

Su buena disposición hacia mí hizo llegar más sangre a mi verga.

—No, está fácil. Pero, qué crees —añadí—, había un ciego allá afuera que se cayó de la banquetta y se rompió el hocico, lo deje chupando con otro güey.

—Ay, ¿siíí? —me dijo, como el hombre de negocios que

lee la mala noticia de ocho columnas por la mañana—, pobrecito ciego.

—Tiene un ojo blanco —dije yo para hacer un poco más dramático el asunto.

—¿Si, verdad? Pobrecito.

—Y se ve que es alcohólico.

—Ay, pobre.

—Simón.

—Pero no es pobre de espíritu —repuso Verónica—, se ve que es rebuena gente.

—¿Crees que se vaya al cielo? —pregunté.

—No

—¿Por qué?

—Por alcohólico —me dijo.

—Aaahhhh —exclamé—. Vi sus pantalones de mezclilla apretados y pensé: chigada madre, va a ser redifícil quitarle estos pinches pantalones. Comencé a imaginármela sin ellos y sentí que se me paraba cada vez más. Me ofreció un refresco.

—Gracias —le dije.

—Gracias sí o gracias no.

—Gracias sí.

Fue a la cocina por el chesco; mientras, me enderecé un poco para poder acomodarme la verga magullada por mis pantalones, como una raíz ahogada en la tierra. En realidad para estar cómodo hubiera tenido que sacármela. Pero no podía, aún no teníamos suficiente confianza.

En un radio comenzó a oírse música de Police; a Teresa le encantaba Police y yo conocí su música por Teresa. Volteé a mirar a Verónica y me aseguré de que no era Teresa. Verónica era de cabello mucho más oscuro, los ojos eran más grandes: en verdad era otra mujer, simplemente era otra. Para colmo de males, no me agradaba tanto como Teresa; de por sí, a Teresa ya no la podía ver con los ojos de la realidad, estaba tamizada por mis afectos, mis deseos, mi amor, que como un barniz se le adhería y la santificaba ante mis ojos.

Police siguió tocando, bajé la mirada y al ver el cuerpo

de Verónica noté que se parecía al de Teresa; no resistí más y alucinando acerqué mi mano y toqué su pierna cubierta por la mezclilla. La erección seguía.

—No, hoy no —me dijo sin saber que aventaba a un hombre a su bruta y bárbara soledad. Si no me daba las nalgas sería hombre muerto.

—¿Por qué no? —le pregunté casi al borde del llanto.

—Es que he estado de mal humor y muy nerviosa —me dijo.

—Pues quizá haciendo el amor se te acaben los problemas.

Mi cinismo le molestaba pero no sabía de qué hablarle y aún no retiraba mi mano de su pierna.

—No. Ya te dije que no.

Quise gritar de desesperación y de tristeza; mi padre nunca me había dicho qué hacer con este tipo de problemas, creí que lo mejor era tranquilizarme y pensar en la música. Pero la música era horrible, me recordaba a Teresa, el departamento era horrible, mi excitación era horrible.

Se metió otra vez al cuarto y prendió la tele, se escuchaba la voz de Zabudovsky, me paré y entré a la recámara, que por cierto estaba llena de muñequitos de peluche.

Me acosté junto a ella y dízque viendo la televisión me hice pendejo y le acerqué mi bajo vientre hasta sus nalgas.

Me volví a calentar, mi excitación me hizo pensar que ella también estaba caliente, como el borracho que piensa que todos están borrachos. Le acerqué una mano al busto, tomé su seno con mi mano izquierda y comencé a amasarlo simulando ternura.

—Ya te dije que no —me gritó.

Me hice pendejo tres minutos —fue todo lo que aguanté—, y con la uña de la mano izquierda le comencé a acariciar el pezón de su chichi izquierda. Por suerte no dijo nada, al parecer le estaba gustando; seguí así aunque temeroso de que se molestara o que la misma excitación le pareciera aburrida. Me sentía como un ladrón ante una caja fuerte.

Comenzó a gemir y se me puso la verga más dura; en eso se volteó y me abrazó de frente, comenzamos a besarnos. Por fin se había puesto cachonda o quizá se había apiadado

de mí. Le metí mi pierna izquierda en medio de sus piernas y comenzó a tallarse el coño contra mi muslo. Como una niña de cinco años que monta al padre de caballito se tallaba y se tallaba como si mi fémur fuese un falo gigantesco que nunca cesara de estar erecto.

Se había puesto una blusa de botones, los comencé a desabrochar y como no traía brassier descubrí sus senos. Eran como los esperaba, boludos y sabrosos; los comencé a mamar con furia y ahínco.

Hice una pausa para apagar la tele. Zabludovsky desapareció de la pantalla y me abalancé sobre Verónica mamándole los pechos; comenzó a tallarme el pene por encima de los pantalones. Me paré a quitármelos y ella se paró a desnudarse. Mientras veía cómo se desnudaba pensé: “Teresa, eres una puta.”

Verónica estaba echada frente a mí con las piernas abiertas, apunté mi flecha hacia su coño, que parecía una pared de lodo, y se la enterré sin piedad. Desde que entré recordé a Teresa; aunque Verónica estaba más chichona, no satisfacía mi necesidad de amor. Entonces empujé mi cadera penetrando una, dos, tres, cuatro y así sucesivamente hasta que acabó todo el asunto. Mi asunto estaba resuelto: me había olvidado de mí mismo por un rato. Las nueve horas de espera se habían reducido a echarme una chinampina de mecos que salieron como un cuete sebado.

Todavía traté de hacerme pendejo para que ella no se diera cuenta que ya me había venido y con la poca erección que me quedaba seguí arremetiendo a lo güey, pero como ya se me había aplacado la calentura comencé a sentir asco por Verónica. Le metía el pito en la vagina como quien mete un malvavisco en una cerradura.

Verónica no alcanzó ningún orgasmo, me desmonté y me eché junto a ella, rezando para no darle ninguna explicación. Pero la tuve que dar:

—Es que ya estaba demasiado caliente y no me pude aguantar —le dije, mintiendo.

—No importa —me contestó y prendió la televisión. Zabludovsky apareció de nuevo con sus lentes; creí que ya estaría enterado de mi eyaculación precoz.

—Me voy —le dije a Verónica.

—Espérate un momento —me dijo, quizás para no sentirse tan usada.

Me acosté junto a ella mirando el techo y me sentí más solo que en mi departamento; por suerte Zabludovsky hablaba por mí. Quise tomarle la mano y entrelazarla con la mía, pero no sentía amor y sí mucho desprecio. La sobrecama me pareció interminable.

El tiempo pasaba frente a mí como un monstruo que me hacía señas y me ponía enfrente la imagen y la emoción de cuando tenía a Teresa junto a mí después de coger una hora seguida, abrazándola como si el tiempo fuese un mago y no un monstruo. Para colmo de males mi peneapestaba a lubricación y al flujo de Verónica; sin resistir el asco me paré al baño a lavarme. Me metí y acerqué mi piola al lavabo, la lavé con cariño, como quien lava una tortuga que se ha enmohecido en agua puerca y se estuviera muriendo de una infección. Mi pene estaba triste, triste y deprimido. “Pobrecito”, pensé.

Quería morir, me subí al auto. Lo encendí y aceleré, dejé atrás al ciego borracho y al tipo que lo amamantaba. Entré a la avenida de los Insurgentes rebasando autos; encendí los cuartos. El hambre regresó a mi mente como el llamado de la soledad en el estómago. Mi pene había sido magullado por esa sucia zorra, por esa perra ruin.

¿Pero por qué Verónica era una perra y una zorra? ¿Por qué?
¡Señor presidente, necesito más mota!

Saqué de mi bolsillo una bachita, era un dulce turroncito que me acaramelaría los pulmones y haría olvidar a la cabecita de mi verga las desgracias sufridas con esa zorra insatisfecha.

Oh, Dios, que cabalgas sobre las nalgas de las perras, mira a tu hijo, al más mamoncito de todos, déjalo sin crucificar así como nosotros no te crucificaremos, déjalo fumar en paz, líbralo de la policía. Amén.

No seas grosero, me diría mi padre. Pero. . . ¿Dios está en todas partes? ¿Está en el instinto, en la fantasía y en la locura?

Mi problema era no encontrar todavía a Dios en la sole-

dad; me tenía abortado de su entraña, como un padre que olvida a su hijo en el orfanatorio.

SEIS. Esa noche soñé que andaba bien pedo, que mi papá todavía vivía y que iba a sacarme de la cárcel, a donde me habían metido por borracho. Cuando desperté abrí los ojos en la oscuridad, me llevé la mano al pito y lo sentí acartonado de los pelos, aún tenía una mezcla de mecos y lubricante pegados. Por lo menos me había venido, siquiera habían salido todos los espermatozoides viejos que estaban atrapados. Sentí como si hubiese ido a destapar un caño con Verónica.

Ahora ella me odiaba, no la había satisfecho, de seguro se fue a limpiar mi semen pujando, expulsándolo como si cagara. Teresa decía que así lo hacía con sus exnovios. “Como a tí te amo me quedo con tu semen adentro de mi cuerpo, es un semen adorado” —murmuraba Teresa.

Yo me sentía satisfecho por eso. También cuando eyaculaba sobre su cara y su pecho, se untaba los mecos por todo el cuerpo. “Déjame que me ponga mi crema”, me decía y se untaba la baba blanquecina por toda la cara, después la distribuía en todo el cuerpo y se acostaba junto a mí, la abrazaba y la sentía totalmente cubierta por una capa como clara de huevo sobre un recién nacido.

Y es que cuando Teresa me abrazaba después de hacer el amor se hacía pequeña, como dicen los poetas que sucede con las mujeres enamoradas. Ella se ponía en posición fetal para que la abrazara como un Neptuno que protege al mar.

Por eso es que cuando vino lo del campo de concentración, los celos y las púas, las cosas se pusieron tan mal que la llama de mi pecho era una lava que salía por mi boca en forma de palabras y, como salía de la boca, yo me volvía a sentir atrapado por el asco, por el deseo de vomitarla, de cagarla, como el niño de dos años que embarra a su madre hasta que, por fin, como dijo un alcohólico anónimo: las mujeres de los borrachos se convierten en unas santas.

Eran cerca de las tres de la mañana. Tenía hambre y frío;

prendí el calefactor y fui por unas papas sabritas a la cocina. El ruido de la bolsa de papas me ensordeció —por todos lados se colaba el silencio—, saqué una papa del paquete y la llevé a mi boca. Tenía la luz apagada y mi masticación cortó el silencio hiriéndolo en los ojos.

Mientras masticaba pedazos de silencio y sentía que la sal me jodía las glándulas salivales, pensé que era un pequeño burgués demasiado pequeño; estaba atrapado en la soledad mientras dormía la ciudad de veinte millones de habitantes.

Una mirada. Exacto, una mirada, necesitaba una mirada, entonces como resorte me paré y encendí la luz. Ahí estaba la mirada, se encontraba recostada en un cenicero, era una bacha cachonda y deliciosa que Leopardo había conectado con un soldado. La llevé a mis labios, encendí un cerillo y sentí que alguien me miraba; era la mota, la madre de Cristo mismo.

Con la mota mis problemas existenciales se convirtieron en juego, estaba volviendo a vivir. No me importaba que un cigarro de mota equivaliera en daño pulmonar a cinco de tabaco, ni que me dejara el cerebro seco, como decían algunos. No me importaba, y es que ahora tenía todo. Era joven, guapo, rico y había leído al Che. Tenía todo, y aunque carecía de Teresa, sabía que comenzaba a saborear mi libertad.

Tenía mota, grabadora, un caset de Peter Gabriel, otro con la voz de Julio Cortázar, un teléfono para poder gritarle a alguien y despertarlo para joderlo, tenía una estufa, un poster de Marx, muebles, alfombra, un proyector de fotos de cuando estuve en Europa, tenía vergüenza por ser burgués y gozaba en el cafié con los cuates, tenía una verga, una mano y la opción de la masturbación.

Apagué la luz sin despegar el toque de mis labios, lo aspiraba como quien besa un espejo y éste se volviera carne, huesos y espíritu santo.

En ese momento no tenía a nadie a quien amar, sólo a mí.

Como Verónica me había exprimido el jugo sentía la piel seca. Mis pensamientos eran flácidos y cortos. Normal-

mente el semen actúa en mi mente como un líquido que lubrica los axones y las dendritas y me permite pensar cosas que yo mismo me encargo de creer que son inteligentes.

Pero lo peor consistía en que mi libido seguía prendida, y aunque no quisiera perforar ningún hoyo con el basto, mi espíritu sí quería cambiarle de canal a la realidad. Estaba hartándome de la mota, la fumaba tanto que ya no me prendía, lo que me ponía muy triste y me hacía sentir más débil.

Conforme me acercaba a la realidad mis testículos se encogían terriblemente y hasta la máquina de escribir me parecía agüevante sin mota.

Encendí la televisión; frente a mí aparecieron un millón de moscas que zumbaban. A esa hora no había ningún programa, lo sabía pero aún así tenía la esperanza de contactarme con alguien del exterior. Sentí que un monstruo interno crecía dentro de mí. Era la imagen de una cara que me hacía gestos adentro del cerebro; una cara que me miraba y abría los ojos y la boca como una esquizofrénica. Tenía deseos de hacer los mismos gestos que esa cara pero me daba miedo actuar como un loco, tenía miedo de que me encerraran. Además, mi locura provenía de no hacer nada, de estar ahí echadote, sin hambre, sin deseo sexual, sin sed, sin ganas de fumar, sin ganas de cagar, sin que me doliera nada, sin ninguna molestia, lo tenía todo y eso me desesperaba.

Me paré sobresaltado y dije: “¡Qué horrible, todo es igual, nada se mueve!” Mis palabras tantearon la oscuridad estrellándose contra las paredes. El pensar que estaba hablando solo me hizo creer que me estaba volviendo loco, pero escuchar mi voz resonante me daba la sensación de estar con alguien.

Comencé a decir palabras deshiladas: “Teresa, Cristo, soy un imbécil, exacto”. En la palabra “exacto” recalcaba la “c” como si fuera una “k”; deseaba determinar exactamente el significado de la palabra “exacto” para sentir la puntilla de un lápiz que sigue una línea y topa en un punto y ese punto es la “c” de exacto.

De pronto tuve miedo de que alguien se enterara de mi nueva perversión. Seguí jugando hasta que el monstruo que estaba adentro de mí se fue haciendo más grande, sólo así pude reconocer quién era, lo miré a los ojos con desesperación y me dije: es el monstruo del hastío.

Me quedé en silencio y nada se movía, no estaba ni triste ni contento, estaba harto, tenía que inventar un juego nuevo; para eso comencé a jalarme los testículos y el pito para ver cuánto resistiría sin arrancármelos. El mismo juego me dio miedo y se me prendió una idea que en ese momento concebí como maravillosa; me compraría una botella de ron.

SIETE. Exacto: una botella. El hastío me tenía agarrado de los güevos. No necesitaba trabajar porque tenía la herencia de mi padre y podía quedarme ahí tirado, como un puerco, mirándome la panzota peluda y cervecera, y mi verga apenas saliente entre tanta grasa.

Nada me podía sacar de ese estado de equilibrio total; me encontraba exactamente en la línea del placer y el displacer. Quizá si me hubiese picado con una aguja en la mano las cosas hubiesen cambiado. Pero no, preferí irme por una botella de alcohol a la plaza Garibaldi.

En el camino no pensé en Alcohólicos Anónimos; como tenía tanto tiempo que no me paraba por ahí se me olvidó que era alcohólico, sin embargo, sí recordaba el momento de éxtasis al beber las primeras dos cubas.

Cuando llegué a Garibaldi eran las cuatro de la mañana, un político y sus guaruras se agasajaban con unas gringas. Me fui directamente a la cantina, estaba cerrada pero con unos chavos conseguí una botella de brandy Presidente y unas cocas. Les pagué y me fui al coche. Mi deseo de cambiar el hastío fue tan desesperado que en cuanto abrí la botella aspiré su aroma químico. Me serví en un vaso de plástico y sin coca me lo metí entre pecho y espalda. Como un falo me atravesó el esófago y me sentí aliviado; por fin dejaría de estar en la realidad.

Luego me serví otro fajo con coca, me lo tomé de cuatro

tragos, me serví otro y me lo bebí igual, me serví otro y comencé a sentirme bien contento. Las luces de Garibaldi me parecían estrellas y creí que me miraban. Me quedé en ese estado unos minutos; a veces interrumpía mi visión cuando me llevaba el vaso a la boca y lo besaba como si yo fuese puto y le besara la verga a algún hombre amado. Qué lindo era estar poniéndome bien pedo, pensando las mismas pendejadas y creyendo que eran nuevas.

Salí del auto para mirar la noche, traía mi cuba en la mano, de vez en vez la llevaba a mi boca, al tiempo que aspiraba el buqué y el frescor. Estaba en un parque, en la plaza Río de Janeiro. En medio había una estatua del David de Miguel Angel; medía quizá unos seis metros. Me paré frente a ella con mi cuba, creí que debía pensar algo importante pero no sucedió así, llevé el vaso a mi boca y comencé a tragar; como era puro brandy vomité hasta el cansancio.

Alcé mi visión alcohólica y le traté de decir algo pero mi cerebro estaba tan hinchado por el licor que nada más balbuceaba. Un perro se acercó a comer mi vomitada: ahí estaban las papas sabritas de la tarde y ahora una perra embarazada se la comía. Regresé al auto en busca de más alcohol. Estaba bien encabronado. ¿Cómo era posible que me diese asco si me la estaba pasando tan bien? Aunque ya estaba lleno hasta el límite quería beberme vorazmente todas las botellas. Encabronado me subí al auto y mi desesperación fue peor cuando vi que la botella había rodado y se había vaciado como una madre que aborta.

Como ya iba bien entonadito me fui a la Zona Rosa. A esa hora no habría nada pero mi ilusión alcohólica le ganaba a la razón. Iba vagando en el Max por entre la selva de asfalto, la jungla de concreto, la región más transparente, donde hay siete ratas por habitante —número cabalístico. Iba escuchando en el radio a Jim Morrison.

Mi mente pensaba en lo mismo que todas las mentes alcohólicas: alucinaba por una botella de alcohol.

Me detuve en un semáforo, junto a mí venían unos putitos.

—Hola —dice uno medio borracho y con voz de jacaranda.

—Hola —le contesto ebrio.

—¿No quieres venir con nosotros?

—¿Hay chupe? —les pregunto.

—¡Claro! —me grita la loquita y me enseña una botella de vodka Wiborowa.

—Los sigo —les dije.

En el camino recapacito y pienso: ¡Carajo! Son putos y van a querer que me los coja. ¡Chingada madre! ¿Qué hago? Escuchaba a Morrison para ver si él me daba la respuesta, ¡pero no sé inglés!

Seguía a los putitos triste, preguntándome por qué la punta de mi Max no iba oliendo el sabroso hedor de un jugo vaginal en lugar del culoapestoso de cuatro putos en un Le Baron negro.

Se detienen frente a un hotel de lujo, no recuerdo el nombre, pero un amigo norteamericano me enseñó en su guía gay que ése era un hotel de ligue.

Nada más me faltaba eso: prostituirme por una botella. Pero me dije: nomás chupo y no los pelo.

Nos estacionamos y nos saludamos. Como estaba demasiado pedo sólo recuerdo sus caras entre lagunas; uno era chato como un boxer, otro parecía un sapo, otro más era muy lilo y se me figuraba un perrito chihuahuero. También había un norteño alto de bigotes y sombrero.

Entramos al cuarto y el boxer se fue sobre la botellita de ron al servir, se la puso en la boca como una mamadera y se acostó en la cama. El que parecía perrito chihuahuero le comenzó a agarrar la polla, se la sacó y se la comenzó a chupar. El boxer gruñía excitado mientras el sapo se encueraba y se veía las nalgas gordas, lisas y negras, y decía amaneradamente:

—Estoy re buena.

—El norteño le dijo al sapo:

—Cálmate, Carlos.

Carlos, el sapo, se colocó frente al espejo y se comenzó a jalar un pito que parecía silbato de niño africano. Era un pene achaparrado, negro y sucio. El esmegma de varios días se acumulaba en el cuello y parecía un pequeño aborto de salamandra.

—Qué fea verga tienes —le dijo el norteño.

—Mejor que la de tu padre —le contestó el sapo.

—¡Toma! —dijo el norteño mientras le daba un putazo en el ojo.

El sapo se desbalanceó y cayó al suelo, no perdió el sentido pero el norteño se largó asustado.

El sapo gritaba como una loca:

—Agárrenlo, agarren a ese cabrón.

El Boxer se quitó la mamadera de ron de la boca y gritó:

—Te callas pinche Carlos o te rompo la madre.

Me asomé por la ventana, se veía el Paseo de la Reforma, que comenzaba a llenarse de autos. El sapo gemía como una niña violada, estaba sentado en el suelo y le acaricié la cabeza consolándolo.

—Ya sapito, ya, ya sapito, ya.

El sapo se volteó como le quedaba cerca mi verga me la comenzó a besar por encima del pantalón.

—Eres un sapo muy travieso —le dije, echándole mi cuba poco a poco en la cara. Alzó la boca y el líquido cayó, en su garganta. La cocacola hacía espuma y parecía un sapo rabioso al que le escurría una espuma dorada que le bañaba el cuerpo moreno y fétido.

Me alejé de él y le dije:

—Lo siento Carlos, yo no soy puto.

—¿Eres bugaaaaa? —me preguntó decepcionado.

—Sí.

—Pero si el bisexual es el hombre del futuro —me dijo.

—Cierto, pero aún no estamos en el futuro.

El perrito chihuahuero se la seguía mamando al boxer. El sapo se fue sobre las bolas del boxer, que le colgaban rosadas y se las comenzó a lamer. El chihuahuero, y el sapo parecían disfrutar un plátano con dos bolas de helado de fresa. A veces el sapo se quitaba un pelo de los que se le quedaban entre los dientes y el chihuahuero se la metía hasta la garganta, el boxer ronroneaba como un gato. Peter Gabriel seguía cantando. A mí se me comenzó a parar, sabía que aunque no le entrara por lo menos podía extasiarme de ideas cachondas.

Entonces el perrito chihuahuense se paró dándole las nalgas al boxer; éste se agarró la verga con la mano derecha y se la fue a enterrar al perrito, quien soltó unas lágrimas que el sapo lamíó con su lengua llena de sarro.

—El chihuahuense gritaba:

—Pérate, pérate, échame cremita, que la tienes muy gruesa.

El sapo, servil y vivaz, fue por un tarro de la crema que va donde quiera y la untó en el culo del perrito, quien, con su copa en la mano, bebía en cada pasada que el sapo le daba por el ano. Se le comenzó a parar más la pirinola, que más bien parecía un pirulí para niños; junto a la verga del boxer parecía delicada, triste y tuberculosa.

Con el ano listo para la penetración el perrito se puso de a perrito para recibir la gruesa estocada del boxer, rugía como un perro que se queja en sueños. El sapo se seguía meneándose la polla; conforme se le paraba, la cabeza se le iba poniendo boluda, como un globo más grande saliendo de una salchicha. Se escupía en la mano y se untaba la saliva junto con su esmegma amarillento. Se agarraba el basto negro, como el muslo de un africano, con la mano regordeta y fea. Me dio asco.

El boxer seguía arremetiendo al perrito, que le gritaba:

—Ay, ay, ay, me duele, me duele, ay, ay, ay, me gusta, me gusta.

El sapo se puso detrás del boxer y le colocó la cabezota en la puerta del culo. Como vio que no entraba se puso crema en la punta, como quien corona un helado de chocolate con crema chantilly, y se la fue clavando.

—Eso Carlos, métemela, métemela más, nada más hasta la próstata.

Entonces yo grité de gusto: ¡Chingue su madre el SIDA! Me enfilé rumbo al sapo y ya a punto de metérsela vi sus nalgas asquerosas, lisas, negras, planas y, para colmo, manchadas de jotes. Me dio asco y preferí alejarme. Me pareció mejor observar la escena, el boxer enchufándose al perrillo y el sapo enchufándose al boxer.

Contento por evitar el hastío de la sobriedad me fui al

servibar y saqué una botella de champaña, el corcho re-tumbó y me serví en un vaso de plástico, que aún tenía un poco de cocacola. Los tres tipos ensartados parecían un gusano de feria; se movían para todos lados y por momentos el boxer se encabronaba porque el sapo se la metía muy duro y el perrillo emitía chillidos como:

—No me la saques, papacito, méteme tu verga gorda.

Entonces el boxer me gritó:

—¿Dices que eres escritor? Escribe esto para que vendas muchas novelas.

Los ojos se le comenzaron a desorbitar; me imaginé que se iba a venir por que puso cara de quien va a vomitar, aventando al sapo se salió del perrito y le echó todo su blanco esperma contra la cara, y él, feliz, comenzó a untárselo.

El sapo se cayó hacia atrás, de pedo, y le dijo encabronado al boxer:

—Cómo eres pendejo, me aplastaste los huevos con una nalga.

Mientras yo, ebrio, le decía:

—Ya sapito, ya pasó, pobre sapito.

El problema en las lagunas mentales es que uno nunca se acuerda en qué momento perdió la conciencia. Ese día desperté cerca de las cinco de la tarde. El sapo y el boxer estaban echados en las camas, yo estaba junto al boxer; sentí que me dolía el culo y me dije:

“¡Uuuuuuffff!, sigo siendo virgen”, me avergonzaría ser un playboy cogido.

Me paré con dolor de cabeza, fui al servibar y saqué una cerveza, la tomé sin parar y al tope me fui corriendo a vomitar al baño. El putito que parecía perrito estaba abrazado al escusado, se había quedado dormido guacareando, le salpiqué la cara y los pelos con la cerveza que había lavado mi estómago.

Qué extraño era todo. Prendí la televisión: había un anuncio de brandy Presidente en la que todos cantaban contentos. Me dió asco y la apagué; no quería pasar la cruda en ese lugar y menos con culpas homosexuales, ni volver a ver el pito chaparro y morado del sapo. Todo me asqueaba; me

asomé por la ventana y Reforma se veía llena de autos, estábamos en un quinto piso, los carros se veían grises por la cortina de smog, me dió más asco la realidad y me fui al servibar. Aproveché que estaban dormidos y me serví una ginebra con hielos y squirt. Era una ginebra Smirnoff en una botellita; para hacerme el decente la rellené de agua para que no se dieran cuenta que la había tomado, pero cuando la bebí me guardé cuatro de Presidente, y obviamente me valió madres todo. Me vestí y bajé contento: traía las bolsas llenas de botellitas.

Me fui hacia el auto. Lo encendí y abrí una de las botellas; me estaba comenzando a dar la cruda y tenía que evitarla pues, como ya había ingerido demasiado alcohol sería desastrosa. Además, estaba gozando de mi propia sangre.

Me eché hacia atrás, le pegué a un auto y me fui contento, era lo que todos llaman una lacra social, un psicópata, un individuo que no trabaja. Los demás eran los que me etiquetaban, los que ponían las reglas. La eterna historia: obsesivos contra psicópatas. En algún tiempo quise ser como los primeros pero nunca les creí. Ahora era peor; por ser un peligro al volante quizá pudiera matar a una familia entera. Mientras pensaba eso sentí un movimiento raro en el auto. Me había quedado dormido un segundo y rocé el auto contra la banqueta. En cualquier momento podría dormirme y para colmo de males estaba en el periférico. Empiné más la botellita de Presidente para conseguir calorías y despertarme. pero me dio asco el líquido sin refresco y vomité; iba a ochenta kilómetros por hora y no pude sacar la cabeza, así que vomité sobre mi pecho. Ya no me estaba divirtiendo tanto.

Comencé a tener la terrible sensación del miedo al miedo, del miedo a la locura, del miedo al deseo, del temor a una erección, de estar solo.

Llegué a mi bunker y encaminé hacia la puerta del departamento, me encontré de nuevo en el lugar de donde había huido por aburrición; ahora tenía el problema de curarme la cruda.

Fui al cajón del buró y encontré un solo valium de cinco miligramos, mi salud mental dependía de esa pastilla. La partí en dos para dosificarla. Como mi boca estaba seca se me atoró en la lengua, fui al baño y al querer tomar un buche de agua la mitad de la pastilla cayó por el agujero del lavabo.

De nuevo estaba perdido, corrí por un vaso de agua, fui por la otra mitad del valium y me la tragué. Pero tuve una sensación y un pensamiento terrible: ¿Cuánto tiempo se tardaría en hacer efecto? La locura estaba tanteando mi cráneo como un jaguar a su presa: de un momento a otro podría darme la orden imperiosa de lanzarme desde el sexto piso. Mis nervios estaban lamidos por el diablo.

Como la dosis era demasiado baja sólo sentí un poco de relajamiento. Necesitaba urgentemente un toque de mota, una mujer o un poder divino. Como no tenía ninguna de las tres cosas pensé que mi única salvación era ir al Ocho y Medio. Ahí podría estar con la gente y mi angustia individual se transformaría en neurosis colectiva, no habría otra salida. Lo que en realidad deseaba era alejarme de la maldita ventana, de la maldita soledad y de las malditas ganas de arrancarme los güevos.

SIETE. Cuando llegué no me querían dejar entrar, ya había armado demasiados desmadres. Pregunté por mi amigo Mike, salió y me dijo:

—¿Vienes pedo?

—No, Mike.

—Entonces pásale.

Cuando iba hacia adentro me detuvieron los guaruras de la puerta y a coro dijeron:

—¡No, no, no! Se va a poner como loco.

—Nel —dije yo.

Subí por unas escaleras verdes por las que rodaban los borrachos hacia la salida. Conforme me acercaba a “Nueva York de noche”, mi corazón se fue acelerando de alegría porque creí que entraba a la mansión de la locura. Al ver

a un chingo de punks, un chorro de gays, dos que tres chavas heterosexuales y dos tres bolitas de lesbianas creí que regresaba con individuos, ¡pero no! Como todos estaban bien borrachos, formaban una masa continua y amorfa, se rozaban cachondamente por la falta de espacio, se acariciaban cara con cara, se tocaban piel con piel; a veces la piel de Mike podía ser la misma piel de la travesti que agitaba unas tetas de plástico.

Entonces, como una masa amorfa, como una oruga con trescientas bocas por las que caían litros de coca-cola con ron Babalú, nos entendíamos en una pasión donde la piel es continua, donde los poros de François son los poros del buga que se atreve por esa noche a besuquearse con un pederasta.

Había dos gentes que no bebían, parecían piedras.

Fui a buscar a Mike y le dije que me consiguiera un trago; me dijo que no, que me iba a poner imbécil y que no chupara. Se fue tras su chava.

Un gay sesentón me dijo:

—Estás muy guapo, güero. ¿No quieres una copa?

Me agarró una nalga. Le quité la mano y le acepté la copa; aún traía los tres boletos que daban en la entrada para intercambiar por cubas, pero prefería reservarlos para después. Fui con el ruco a la barra, me dieron mi cuba y me le perdí, entreverado en la oruga.

Estaba muy contento porque había vencido a mi departamento, aunque la soledad seguía caminando sobre mí como una tarántula. Las mujeres que estaban besuqueándose se me figuraban a Teresa; tenía tres meses que no había cogido con ella y sabía que iba a fiestas, de seguro se alcoholizaba y formaba parte de otra oruga. ¡Chingados!

En la barra saqué uno de los papelitos y me dieron otra cuba; una chava que estaba repeda cayó sobre mí y mi cuba fue a dar al suelo junto con ella. Me dieron ganas de agarrarla a patadas; unos güeyes la manosearon para levantarla y yo saqué otro papelito. Veinte manos iban hacia el barman con papelitos, no se daba abasto, la oruga se amamantaba sin cesar, no quería perder su poder mágico. En el momento

que se acabase el alcohol se desintegraría el animal. Me dieron mi cuba.

Un chavo de diecisiete años, flaco, se me acercó trastabillando de pedo, y aventándome su destilación por la boca me dijo:

—Yo a ti te conozco. Tú escribiste un libro. ¿Cómo te llamas?

—Fernando del Pasón.

—¡A güevo! —me dijo sonriendo—, yo tengo tu libro, se llama *De a perrito*. Es más, tú me lo regalaste una vez que estabas bien pedo.

—¡Ah, sí! —le dije sin acordarme realmente.

—Oye, me gustó, pero la verdad es que estás muy enfermo, ¿eh?

—¿Crees?

—Cámara maestro, estás grave. Tú eres el personaje ¿verdad?

—Pues, este, pues sí; la verdad sí y no.

—¡Qué bueno! Porque ese güey de la historia está para que lo amarren.

—¿Crees?

—La verdad sí, pobre güey, tan jodido e inseguro.

Como él creía que no lo escuchaba, por el volumen de la música, me gritaba más de la cuenta jodiéndome el tímpano; creí que su voz junto con el ruido ambiental me desangrarían el cerebro. Como los dos estábamos ebrios me fui sin despedirme, pensé que eso era lo correcto.

Un tipo prendió un toque de mota, me lo roló y se lo regresé; por acto de magia aparecieron dos meseros bien marmados atrás de él, lo agarraron como un trapo viejo y con las patitas en el aire fue a dar hasta la calle. Una camioneta de la policía lo apañó y lo subió esperando al próximo.

—¡Viva el Ocho y Medio! —gritaba una lesbiana borracha mientras su amiga le pellizcaba un pezón por arriba de la blusa.

En eso se oyó un tronido, era un chavo al que no dejaban entrar y tiró un balazo contra la puerta; del susto, me fui por una cuba. Vi a una mujer de ojos verdes y pecosa que

me gustaba mucho, venía peda y siempre me daba su nombre porque yo, para ligármela, le decía que era escritor y que la iba a inmortalizar en una de mis novelas. Ahora lo he olvidado. También estaba Jean Claude, era alto y atractivo, una amiga que se llamaba Ulla me decía:

—¡Míralo, qué guapo es!

Algunos que no sabíamos pronunciar el francés le decíamos Chancló. Unas lesbianas le decían la Chancla.

Chancló y François eran los únicos que se daban a respetar en el Ocho y Medio, se iban a la cocina a refugiarse de la oruga. Un día Mike me comentó que Chancló le había dicho:

“En el Ocho y Medio no vas a encontrar a la mujer de tu vida”. Filosofía muy acertada. Otros seguían gritando como locos; la intoxicación iba más allá de nuestras gargantas, se mezclaba en la sangre y en la baba de las cubas que todos bebíamos, sin importar que hubiese microbios de SIDA. Lo importante era la comunión, estábamos enlazados en la decadencia, éramos los últimos romanos de una década atómica.

Dios infinito que bailas y te emborrachas en el Ocho y Medio líbranos de la porquería del asesinato, estrangula nuestra autodestrucción, que no seamos Abbadonnes —ángeles crueles—, tortúranos y bendícenos con más alcohol, destrúyenos sólo lo necesario, sálvanos del pecado de la decencia y mándanos más mota. Amén.

Mi amigo Rogelio platicaba con un par de chavas, una de ellas, a la que le decían Pirulí, se puso a hablar conmigo. Le comenté que estaba en Alcohólicos Anónimos, pero que ese día me había borrado de la lista y andaba chupando.

—Ay sí, no te creo que seas doble A.

—Te lo juro. Hic.

—¿Y qué platican ahí?

—Pues uno mató a su mamá en una borrachera —le dije.

—Ahhh.

—El otro día, una chava platicó de cuando se la metieron por atrás por primera vez.

—A poco. No te creo.

—De veras —le dije.

—Además —me dijo con sus ojos dulces de pirulí—, a todo mundo ya se la han metido por el culo.

—¿A ti ya? —le pregunté, morbosamente.

—Este, pues, no sé.

—¿No sabes?

—Bueno, me refiero a todos, incluyendo a los chavos.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté.

—Diecisiete.

—Pues será a los chavos de tu generación. Yo soy virgen-cito —volteé a ver a Rogelio y le pregunté:

—¿Eres virgen?

—Simón, todavía soy fresca.

¡Exacto!, calculó mi mente batifreudiana, ahora todos cogían con todos porque hacían el amor bajo fusiles atómicos.

¿Por qué Milan Kundera hacía novelas reflexivas? Lo mejor era hacer un catecismo para recibir la muerte. Hermanos, hinquémonos y besemos los güevos a los gringos, el momento en que nos montarán y matarán está por venir. Por ahora se han ocupado de extraernos el cerebro, tienen la mitad de nuestro espíritu y estamos dispuestos a entregarles la otra mitad, se lo ofrendaremos agachados, de a perrito, de a cerdito, escupiendo alcohol y cocacola. En una de esas deliberaciones científicas mi cerebro se mareó y fui corriendo a guacarear; por desgracia iba pasando una chava y la vomité en el vestido y los zapatos.

Me escabullí al baño, ahí me limpié con la manga de mi saco. Todavía me retorcí dos veces más sobre el escusado como un gusano infectado de veneno; creí que mi estómago y hasta mi culo salían por la boca. De un momento a otro me convertiría en feto y empezarían las alucinaciones. Busqué a Teresa entre mi vómito. Todos los borrachos lo hacen. Me limpié con papel sanitario, me eché agua en la cara, y me enfilé para orinar en el meadero. Frente a nuestras vergas había espejos y del lado derecho de nuestras vergas había espejos. No sé quién habrá diseñado el baño pero era impresionante la galería de vergas que se enfrentaban al espectador. Además el alcohol las multiplicaba, ese baño parecía una trampa para bugas; para donde

quiera que se volteara se encontraba una verga; grande, corta, parada, aguada, morena, con prepucio, circuncidada, morada, violeta, cabezona, tiesa, idiota, dadaísta o con semen. Por fin relajé mi vejiga y cerré los ojos para no ver las vergas; me parecían unos tlaconetes, o peor, unos caracoles sin caparazón, desprotegidos y babosos, estúpidos y engrédidos. Con razón las feministas odiaban el concepto de la envidia del pene, con pitos tan apestosos y sin cerebro cualquiera era feminista. Terminé de mear y me fui por otra cuba. Los hombres deberíamos aprender a mear.

El solista del grupo que tocaba terminó de cantar y las viejas se le repegaban; aunque era mi cuate no dejé de pensar con envidia: ¡maldito! Por más que vaciaba cubas en mi estómago no se aparecía Teresa por ningún lado. Entonces yo grité:

—Déjense de mamadas y vámonos a Las Tecatas.

Un grupo de borrachos se unió al grito; me sentí como Pepita Gómez que decía: ahí veo a Sambriago, a Enriquito, a Mike, a Claudia, a Rogelio, a doña María y a todos los abortados por la noche.

Abordamos un par de taxis. Las Tecatas estaban atrás del Palacio de Bellas Artes; en el camino íbamos oyendo cumbias. El taxista iba arrepentido de habernos subido porque íbamos muy pedos.

OCHO. Llegamos a Las Tecatas, doña María entró corriendo (si fuera un personaje de García Márquez hubiese ido rodeada de guajolotes). Enrique luego luego pidió Victorias para todos y nos pusimos a chelear; algunos lloraban, otros estaban en paz. En otras mesas había gays vestiditos de rosa, también había prostitutas y uno que otro extranjero, dos rockolas, posters de Juan Gabriel, José José, Iron Maiden y Yuri. Había unas putas como de uno treinta de estatura y pesaban alrededor de noventa kilos. A una se le enterraba el ligüero en la carne como los pies en la arena; la grasa las volvía atractivas para los borrachos, me acerqué a una que le faltaban dientes y me sentí un caballero. Recordé el viejo

consejo: "trata a las señoritas como putas y a las putas como señoritas."

—Buenas noches —le dije, y le besé la mano. En eso llegó una más vieja y más desdentada; era flaca y por el cuello le colgaban los nervios como hilachos. Mike, que iba tomándose muy en serio su papel de Pedro Infante, se acercó a ligarse a la flaca. Como estaba repedo también la trataba con piedad y dulzura; no sé qué estuvieron platicando pero acabaron llorando juntos.

Le pregunté a Mike:

—¿Y tu chava?

—Me pelié con esa pinche vieja, es una niña mimada.

—Pero ya encontraste a tu hada madrina —le dije, señalándole a la bruja de la que estaba abrazado.

—Sí —me dijo, y siguió llorando.

Pobrecito, pensé, mañana va a estar bien pinche crudo.

La palabra crudo hizo que se me encogieran los güevos; ya llevaba dos o tres días tomando, la cruda sería peor y mis nervios serían relamidos y escaldados por el diablo otra vez.

La rockola comenzó a tocar "Querida", de Juan Gabriel. Un putito que venía de pantalón rosa y camisa con lentejuelas blancas, bailaba de cachetito con un soldado que vestía de civil.

Mike seguía llorando en el hombro de su hada como cuando Pedro Infante lloraba sobre la tumba de Sara García. De pronto, levantando su botella de cerveza me dijo:

—Como diría el gran filósofo francés Chancló: "En el Ocho y Medio no vas a encontrar a la mujer de tu vida".

NUEVE. Me desesperé tremendamente porque todos se dispusieron a ir a dormir un rato para luego presentarse a trabajar y en la noche ir a otra fiesta. Lo que yo quería era seguir bebiendo, ¿para qué pararle si estábamos tan contentos? Decidí quedarme en el antro. Unos putitos a quienes les había caído bien me dispararon unas chelas. De pronto me sentí atrapado por ese lugar; para ir a mi casa tendría que tomar el metro, pero ir crudo en el metro era lo peor, por

eso me empiné otras tres cervezas y me largué aún más borracho.

Estaba en el centro de la ciudad, corrí por las calles, dando vueltas y huyendo de mí mismo. En un terreno baldío escuché voces, había un grupo de teporochos que chupaban alcohol del noventa y seis con té.

—Hola amigos —les dije sin perder de vista la botella.

—Hola güero. ¿Eres gringo?

—Yes sir —dije, y agarré la botella, le di un trago pero era tan fuerte que escupí.

Uno de ellos se rió y otro se encabronó. Los veía como a un ángel y a un demonio. El ángel me dio de su vaso de té con hojas y pensé: “qué pendejo es Mike, no sabe de lo que se esta perdiendo. Y conforme caían el té y el alcohol a mi estómago seguía pensando: ¡que güey es Mike, esto se está poniendo otra vez re divertido!”

El cabrón de cara oscura y surcos de diablo me miró mientras sacaba una navaja. Di media vuelta y me largué; por fin había conseguido un poco de licor, licor de mierda pero al fin licor.

Mi siguiente misión era encontrar una cantina, traía quince mil pesos y podía tomarme otras chelas. La gente me miraba como a un loco, y en verdad lo estaba, pero ya no me importaba. Mientras tuviese alcohol en la sangre la gente podría pensar de mí lo que quisiera, ¿acaso yo me entrometía en sus cocinas limpias que sostenían un sistema basado en la hipocresía y la tortura?

Conforme caminé hacia la cantina sentí los pies pesados, mi cabeza se enturbiaba de pensamientos y los pensamientos se encharcaban con el licor. Se me antojó un toque de mota pero no traía; hubiese querido ser niño y estar protegido en un jardín. Sin embargo, veía los edificios como un extraterrestre, los veía amenazantes y extraños. ¿Qué mierda estaba viviendo? ¿Para qué carajos vivía? Al rato llegaría la cruda y todo sería terrible, chingados, qué destino.

Pobrecito de mí, mientras se cogían a Teresa yo deambulaba por los edificios con quince mil pesos y un montón de frases en la cabeza. Podría hacer un libro de frases famosas,

venderlo en oficinas burocráticas o de casa en casa y vivir de eso. Tener una esposa güerita y modosita y regresar por las tardes de vender mis libros, saludarla con un beso mientras ella me diría: “En un minuto termino de pasar la aspiradora”, y en el minuto exactamente detendría el aparato y me besaría en la boca. Después me llevaría a la cocina y me enseñaría todo lo nuevo que aprendió en el libro de cocina que le compré y luego de comer me fumaría un puro, vería la televisión, encontraría bondad en la cara de Zabludovski, me creería todos los comerciales y además podría beberme un licor de amareto: uno solo.

Entré a una cantina, pedí una cerveza, vi la lata como un faro en medio del mar. La tomé entre mis dedos huesudos y pendejos, pensé en Teresa y en que ahora quizá cogía con el que se la cogía. No sólo me embriagaba de alcohol sino también de unos celos que me dejaban tirado en una barca sin remos, en medio de un lago espantoso. Bebí otro trago masticando la cerveza, tratando de extraer de la malta los diablos suficientes para seguir escapando de la realidad. Estaba pedísimo.

Estaba en ese trance cuando recordé los días en que pensé encontrar a gente genial en Alcohólicos Anónimos, pero vi que eran egoístas en recuperación; que para ellos pasar el mensaje en los hospitales a los cirróticos era quedar bien con Dios. Los criticaba y me decían que fuera egoísta también y que eso me llevaría a dejar de beber. No los entendí, o quizá no los quise entender porque los diablos del licor eran más fuertes que todo el consejería.

Odio a los poetas, odio a los mariguanos, odio a los borrachos, odio a los que dejaron de beber, odio a las mujeres, a las viejas, a las jóvenes, a las feministas, odio a los obreros, a los campesinos, a los artesanos, a los pescadores, a los ricos, a los pobres, a los de clase media, a los ciegos, a los mudos, a los sordos, a los tontos, a los listos, a todos odio y los odio porque me perderé entre la noche, me iré borrando hasta caer en el pantano del olvido.

Cuando llegué al final de la cerveza me sentí profundamente angustiado. Necesitaba más alcohol y fui a otra mesa.

Un gordo moreno de camisa roja y que todo él parecía un jitomate le dijo a un flaco de camisa anaranjada que parecía una zanahoria:

—Aquí el güero quiere que le invitemos una chela.

—Pos órale, pero nada más una.

Me la sirvieron a condición de que los escuchara. El jitomate me gritaba todas sus hazañas; de que había sido petrolero en Pemex y que tenía un chingo de influencias en el gobierno. El zanahoria me platicaba una película que trataba de un corredor de autos. Además había uno chaparro y casi negro que parecía un frijol. Otro ya estaba dormido; en total éramos cinco.

Quise decir algo pero mis palabras se quedaron atoradas, estaba tan borracho que sólo movía una mano afirmando o negando, mi boca cerrada y mis ojos turbios aguantaban la saliva del jitomate que seguía gritando:

—Yo soy amigo del secretario del subsecretario de gobernación y si quieren podemos ir a verlo para que nos invite un trago en su oficina.

Miré hacia la calle, el smog y la inversión térmica estaban en mis pulmones, el ozono le daba de comer a las bacterias y no alcanzaba a comprender cómo no caíamos muertos.

El borracho que dormía se comenzó a pedorrear; su cuate le dijo:

—Cuando te acabes el perfume me regalas el frasquito.

El frijol comenzó a echarse aire con la mano, el jitomate lo empujó y el pedorro cayó al suelo. El zanahoria exclamó:

—¡Ya se va a cagar!

El briago que estaba tirado se cagó y por el pantalón trasudó un líquido entre amarillo y café.

El zanahoria volvió a decir:

—Ya cagó y ya se va a dormir.

Estaba maniatado por Teresa, su amor hacía mí era como mostrarle a un heroinómano la droga sin dársela. Las nalgas de Teresa estaban lejos, su culo estaba lejos de mis brazos; la ansiaba, pero estaba atrapado en una cervecería jodida junto a un oso que se cagoteaba. Bebí un trago de cerveza y pensé: “Pinche Mike, no sabe la divertida que se estaría dando.”

De pronto, al cuarto trago de cerveza, sentí mi cuerpo y mis vísceras convulsas como si alguien arrastrara las uñas sobre una pizarra. Cuando comencé a lamer mis labios ya no los sentía; me asusté, pensé que estaba psicotizado y me angustié todavía más, tomé otro trago de cerveza y tuve un pensamiento terrible: ¿Cuándo saldría de la borrachera? ¿Estaba acaso condenado a vivir para siempre en esa pocilga apestosa? Miraba las paredes asquerosas, llenas de cucarachas y caca de moscas como si estuviesen dentro de mis propios intestinos. Sentí que se me iba a parar el corazón, que mi pleura y el diafragma se encogían, mi boca había desaparecido y que sólo me lamía los dientes. Creí que me estaba convirtiendo en una calavera. Tomé otro trago de cerveza, como ya llevaba varios días sin dormir soñaba despierto, entre metáforas me estrangulaban el alma y sentí que caía desde muchos pisos.

Me fui de hocico contra la mesa y me di un madrazo en plena dentadura; el labio sangró por dentro, otra vez bebía mi propia sangre.

DIEZ. Al sentir mi cara como una calavera como un hombre que mira su propia calavera me asusté aventé la cerveza que se estrelló contra la mesa y salí corriendo a la calle creí que mil diablos me perseguían que las estatuas me miraban desde sus pupilas verdes que los perros me odiaban y me querían morder que los pobres me querían robar que los ricos me despreciaban me tambaleaba oscurecía me abotagaba lentamente caminé más y más hasta que me detuve en una cervecería con rockola donde cantaba Juan Gabriel Querida cuándo tú vas a volveeeeeeeerr de la mesa de un borracho que estaba cerca de la puerta robé su cerveza y salí corriendo la bebía en el camino con la esperanza de que aunque fuese alcanzado por su dueño ya hubiese ingerido algo de licor me detuve cansado y volteé y nadie me seguía caminé más y más como traía la camisa desabotonada sentí unos balazos que caían sobre la piel de mi pecho descargándose con furia pero no eran más que gruesas gotas que venían desde un cielo oscuro.

II. *Pamela y Carolina*



UNO. —Quieres volver a coger conmigo? —le pregunté a Pamela por teléfono.

—Sí.

—Pues quiero ver en la pantallita de mi cajero automático treinta millones de pesos.

—¡Estás loco!

Los mejores culos de Jalapa pasaban frente a mi ventana, me encontraba sentado tratando de definir si escribir contrahecho la chingada o sólo dos cuartillas diarias como Thomas Mann.

Estaba tronado con Pamela, así que me decidí a quedarme como un perro olisqueando mi propia soledad. Fue entonces cuanto tomé mi chamarra y decidí darme una pequeña vueltecita por el Distrito Federal, conocido por algunos como el Defectuoso. Tenía que cargar gasolina de un Dart K ochenta y cinco que mi papá me había heredado sin gasolina; por culpa del auto la gente pensaba que traía diamantes en las bolsas y se enojaban de que no les regalara ni un pedacito de coche para que lo revendieran. En pocas palabras, tenía aspecto de rico y esto me hacía sentir CULPABLE.

El dictamen de culpable no solo era por el auto, había otro marxista —digo otro porque en Jalapa se reproducen como piojos— que me decía: Prefiero ver a alguien con cara de vietnamita que a ti, porque a los güeritos no los aguanto.

Yo le contestaba: ¿No ves que ser güerito entre feos es como tener un defecto? Soy culpable para ustedes. “Toda gran existencia es culpable” —decía Nietzsche. Y no soy modesto porque no soy cristiano.

Me subí al Dart, mi padre había posado sus manos en ese volante durante unos cuantos meses; ahora ese volante era mío, por suerte mi padre no había muerto en pleito conmi-

go, eso me hubiera metido en más problemas con el bien y el mal.

Metí la llave y antes de arrancarlo recordé que no había revisado el aceite, ni las llantas, ni el agua de los limpiadores, ni la del radiador. Por eso me fui a la gasolinera a que los esclavos jalapeños se dedicaran a medirle el aceite a mi caballo de hierro. ¡A güevo! Debía estar contento de que hubiese esclavos porque si no me sentía de la chingada, ya que al estar solito me creía el causante de todas las miserias de los pobres; entre las carcajadas de los despachadores de gasolina y mis tristezas ociosas me bajé del auto para sentirme menos millonario y hacerle al socialista poniendo los pies en la tierra.

—¿A como le pongo las llantas joven? ¿A 28 o a 26?

—A 26 —contesté viendo al hombre que obedecía y pensé: ¡Carajo! Este cabrón no ha leído a los griegos y no sabe que el que manda es más esclavo que el que obedece, chingao, qué envidia, él es pobre y yo soy rico. Pero con todo y ese razonamiento yo fui el que se subió al auto como un primor; me sentí en un avión, la tecnología estaba de mi lado, los marxistas no habían triunfado en la época de mi jefe ni en la actual, y la plusvalía de unos cabrones me había trepado a un invento que se desplazaba a ciento treinta kilómetros por hora.

En el camino recordé que había olvidado forjar mi buena dotación de toques de mota para sentirme sobre las nubes; entonces regresé a la casa jalapeña y sonó el teléfono, era de nuevo Pamela.

—Mi amor, no quiero que estemos peleados, piensa que te voy a querer y a amar toda la vida, ¿lo entiendes? TODA LA VIDA. Me lo dijo, se lo creí y me hice guaje, porque Pamela era una fanática de los aeróbics y eso le hacía tener un abdomen fenomenal y durito a los treinta y tres años.

Me senté a forjar, por suerte mi cuate "El flaco" había conseguido una buena lima-limón que encerré en unas zigzag que ya hubiera querido Baudelaire, tendría cinco churros para el camino, a chorro por hora, a fumada por diez minutos, no, no, era muy poco, mejor hacer siete

churros cabalísticos para no escasear y aguantar el techo de fecalismo y smog del Distrito Federal que me cubriría la energía, como la red a un gato.

Terminé los siete churros y me dieron ganas de llamarle a Sonia, una chavita que había conocido en Jalapa; a punto de hacerlo recordé a otra chava que me ligué gracias a NO hablarle por teléfono. Con las viejas no nos quedaba otra más que fingir; nada más te veían interesado en ellas, como el psicoanalista que le da la razón a su paciente, y les parecías aburrido y bobo. Por eso lo mejor era fingir, nada de caer ante su belleza como perros babeantes, había que hacerle al gato aunque en el fondo se nos estuvieran quemando los testículos por penetrarlas viva y vibrantemente. Pero ¡cuidado!, por ahí andaban las sectas católicas que reprimían lo más vivo, me refiero al sexo, porque hablar de sexo en Jalapa y en medio mundo era como hablar de alguien que está cagando. El sexo estaba en la categoría de lo cochino, de lo sucio, de lo enfermo; no faltaba cada semana un titular hablando de los maniáticos sexuales, las madres no hacían otra cosa que recomendarles a sus niños alejarse de los perros cochinos que cogen, esos niños se alejan y luego hacen literatura crucificada.

Pero ya no estaba para componer al mundo, mi afán era perseguir el abdomen al estilo Jane Fonda de mi amada Pamela, que como una rosa blanca está enterrada en ese pinche asqueroso pueblo grande, herrumbroso, miado, derruido y querido Defectuoso.

Cargué los churros en el fondo de una cajetilla de Marlboro; si me apañaba el ejército el último lugar en que se le ocurriría buscar sería en el tablero. De todas maneras guardé otro en una cajetilla de Salem. Si me apañaban aún tendría mi medicina que me evita pensar que soy un erizo que espina a la gente cuando está sin mota. ¡Chispas! Que lástima que no la vendan en la farmacia. La mota me estaba sirviendo para destruirme las neuronas y aceptar mi vejez como un estúpido. ¡Exacto! Debían venderla en la farmacia, pues como todas las medicinas en algo te salva y en algo te chinga, se parece al socialismo. Yo la quería mitad para salvar-

me y mitad para convertirme en un imbécil, en un animal, en un descerebrado que sólo espera una teta maciza y aeróbica. ¡Arriba Pamela! ¡Ella si me va a querer TODA LA VIDA. ¡Qué venga la carretera!

Cuando subí las colinas de Perote en mi caballo de hierro me dí a la tarea de prender el primer churro de mota; en verdad ya había aguantado mucho tiempo erizo de mí mismo. Yo era mi propia familia y por eso me astillaba por eso me peleaba conmigo mismo como mi padre se peleaba con mi madre y viceversa. Por eso todo el día le metía a la yerba como loco, y en verdad estaba loco porque en cada minuto que aguantaba el humo en los pulmones se presentaba ante mí la imagen de mi padre sobre una fría plancha de operaciones, mientras un doctor examinaba en unas radiografías un cáncer de pulmón que parecía una roca de uranio maldito. Mi padre había explotado por dentro y yo quería seguir su camino.

¿Qué estaba pasando en el mundo? Nuestra mente estaba sufriendo y a nadie nos alcanzaba el dinero ni para comprar unos cigarros; los ojos desorbitados del que discute por un poco de dinero andaban por todos lados. ¿En verdad queríamos atesorar nuestra mierda, para obtener placer en el culo, como decían los psicoanalistas en sus libros? ¿Se había instaurado en la mente un mecanismo automático por creer que nos crucificarán como a Cristo lo crucificaron porque dio? En verdad sucede: al que da lo tiran de a pendejo, lo crucifican y lo chingan; todos le responden a su padre porque todos viven peleados con Dios; todos deseamos a la mujer de nuestro prójimo, pero en lugar de pensarlo y sentirlo lo expresamos con celos proyectivos para chingar a nuestra pareja, o en su defecto nos sale un tumor.

Me paré un momento nada más para estirar las patas; estaba un poco deprimido, me había gastado el dinero de una casa que papi me había heredado y con el Pacto de Solidaridad (que mas bien era un pacto con el diablo), ya no iba a poder vivir de mis intereses rascándome la panzota. Pero no sólo estaba deprimido por eso, también me molestaba el sello de burgués, porque la gente siempre creía que

tenía diez o veinte veces más de lo que en realidad tenía; están tan acostumbrados a las cifras de miles de millones que roban los políticos que creían que yo era de esos. En verdad mi lana provenía de un rancho que mi padre hizo fraccionamiento con una buena cantidad de albañiles; como dice Séneca “buscó y ahorró”, o como dice Marx: los explotó.

Lo siento, era rico-pobre, y digo lo siento porque el ser güerito con auto pero con los zapatos rotos parecía molestarle a mis amigos, bueno, quiero decir a mis cuates, porque yo no tenía amigos y ni siquiera tenía la esperanza de tenerlos. Tampoco me interesaba; sólo tenía por amigos a una grabadora fisher portátil para grabar de caset a caset y un chingo de libros acumulados en mi deambuleo, tratando de encontrar alguno que me dijera cómo estaba todo el pedo del mundo y de mi vida, uno sólo.

Iba abstraído en mis pensamientos cuando llegué a una bajada, y de pronto me encontré junto a un bloque de soldados y jeeps.

Cuando vi al primer sardo irremediablemente los güevos se me fueron a la garganta, metí la mano en el cenicero para agarrar el montón de bachas que se habían acumulado, y así con todo y el puño de ceniza introduje la mano en mi bolsa embarrándola por dentro de bachas pulverizadas, mientras ya tenía clavados los ojos del sardo, quien vigilaba completamente mis movimientos. No me quedó otra que sonreír y sentir una gotita fría por el sobaco derecho que resbaló por las costillas provocándome más temor.

—¡Bájese!

Me bajé. Mi corazón brincoteaba haciendo latir la cajetilla de Marlboro en la bolsa de mi camisa; la otra cajetilla de Salem estaba entre el tablero y la unión con el parabrisas. En esos dos lugares estaba mi medicina y mi perdición, si la encontraban yo sería el loco perverso ojete que estaba desquiciando este maravilloso mundo de mierda.

Después de que otro me cacheó dándome un faje que ni las del Waikikí, se dieron a la tarea de levantar los tapetes del auto y revisar la caja de guantes. Me pidieron que

abriera la cajuela trasera, lo hice y sólo estaba mi maleta y no los costales de cocaína que esperaban; me dijeron que me trepara, me trepé y me largué.

A punto de encontrar el entronque de Ermita Iztapalapa, recordé que estaba escribiendo *De a perrito dos* y que por culpa de la crítica se había vuelto a despertar en mí el terrible fantasma de la devaluación, ese terrible fantasma que nos hace sentir que tenemos un agujero adentro del cuerpo, tan irrellenable que la muerte se aparece como una esperanza. Tenía hambre, vi los primeros puestos con cecina de reses torturadas y maciza capeada con ozono; me dieron asco, preferí detenerme en la primera tienda a comprarme un refresco que le dijera a mis células hipotalámicas y a mi vacío gástrico que dejasen de mandar ese ojete reflejo llamado hambre a mi cerebro, como una señal de alarma en una estación de bomberos.

Pagué una sangría Señorial y unas papas; me subí de nuevo al auto y me largué a mi departamento. Estaba cansado, no sabía si después de tantas horas de calor mis testículos volverían a funcionar; por desgracia volverían a funcionar y no tenía con quien coger en el Distrito Federal. ¿Para qué se me iría a erectar otra vez la verga? Para qué chingados si la mayoría de las chavas estaban ocupadas con otros. Las más bonitas casadas y con hijos y las más feas se hacían las mamoncitas.

Comencé a desfilar con mi auto por entre las marejadas de máquinas hasta llegar a la calle de Aguascalientes, dos que tres maniobras y encontré el edificio; ya enfrente no supe qué hacer pues no había lugar, me di vuelta a la izquierda, luego a la derecha, y nada de estacionamiento. Parecía que todo mundo había dejado tiradas esas máquinas a la orilla de la banqueta, como un niño que no recoge sus juguetes. Para los dueños de esos automóviles existía Dios y Dios —según ellos— les había mandado esos juguetes para ser felices. Luego di otra vuelta, otra, otra y otra sin encontrar dónde dejar tirado el auto, hasta que decidí meterlo a mi estacionamiento. ¿Porque no lo había hecho antes? Simple: No quería ningún contacto con los vecinos, no

quería que me taponaran la entrada, ni taponarle la entrada a otro, ni chingar ni ser chingado, más bien quería tirarme a la cama a mirar el techo por milésima vez tratando de encontrar la manera de crearme un alma en forma de esfera.

Todo sudado, saqué la llave del pantalón, abrí la puerta y ante mí se apareció mi tumba voladora, mi bunker desprotegido, la caja que me había tocado en el Defectuoso. Por suerte mi mamacita chula y hermosa me había regalado un termostato y un ventilador con los cuales podría controlar la temperatura de mi cueva alfombrada de setenta y dos metros cuadrados. Estaba en mi casa.

DOS. Metí un caset de La Cura y me tumbé en la cama; para eso mis nalgas aplastaron un periódico que estaba bajo la colcha, en ese periódico un crítico me acusaba de ser un escritor compulsivo. Saqué el periódico de abajo de mis nalgas y lo tiré a un lado de la cama, lo último que deseaba pensar en ese momento era en cómo querían que escribiera.

No llevaba ni dos minutos acostado cuando fui a la cocina más sucia del mundo a buscar un vaso limpio para prepararme un agua de jamaica. Saqué un sobre que contenía polvos rojos mágicos y en un momento estuvo la bebida. Abrí el refrigerador que sólo tenía un cacho de mantequilla, un jitomate del siglo XVI y hielos que ya ni siquiera usaba para emborracharme, porque llevaba un año y medio sin beber alcohol.

No cabía duda, el D.F. era para morirse o para clavarse en una especie de estado Zen o de Nirvana absoluto para poder aguantar toda la pinche chinga del smog y la pendejez.

Los periódicos habían convertido la ciudad en un hervidero de chismes. La televisión estaba ocupada por pequeños hombrecitos que le lamían los güevos a otros pequeños hombrecitos y creaban una televisión cursi, pendeja y enajenante, donde el anticristianismo estaba vedado totalmente. La televisión estaba diseñada para unir a la familia por medio de comerciales de vinos, donde en un minuto te contaban toda una historia de enamoramiento con el alcohol.

Los anuncios estaban diseñados para entrar en nuestras mentecitas hasta algún día enloquecernos y acabar estampados o en el manicomio. ¡Este era el gran sistema civilizado!

Como dije antes: ni tengo amigos ni tengo enemigos, ni tengo personajes, ni tengo mucho dinero, ni muchos viajes, ni muchas viejas, sólo me tengo a mí en esa cama que está volando en una caja de setenta y dos metros cuadrados a seis pisos de altura en un planeta llamado Tierra.

Yo ni quería beber ni quería convertirme en una computadora, por eso se acentuó mi tristeza al saber, —a través del cabrón de Baudelaire— que en mí habitaba una tercera persona que sólo saldría con el alcohol, y como ya estaba derrotado para no volver a beber, esa tercera persona se encontraba guardada en lo más recóndito de mi alma como un loco en una torre.

Por eso mientras miraba el tirol del techo, mientras contraía y descontraía mis nalgas y mi lomo, mientras respiraba a sabiendas de que en cada respiración moría un hombre en la Tierra, trataba de contestarme en dónde estaba el interruptor del sueño. Me di cuenta de que en el fondo de mi corazón había una tercera persona que llevaba dormida durante un año y medio en espera de alcohol, y quizás al no beber se quedaría ahí destruyendo arterias y mal aconsejando mis ritmos, hasta que en una línea escrita, o en alguna metáfora salga a pasearse como quien expele un cálculo renal, y pueda verlo tipografiado, publicado y leído por otro y por otro hasta morir con la paz del que pudo narrar un río en la noche junto a una choza donde habite un hombre fuerte y una mujer afilada, y pueda decir que por fin los pudo plasmar en el fondo del cráneo de un lector que está tirado viendo el tirol del techo, con la duda existencial e infinita de llamarle a una mujer o mejor masturbarse.

TRES. Recordé cuando Pamela fue a Cuba en el ochenta y tres; yo tenía una hepatitis que me estaba dando en toda mi pinche madre, simplemente me estaba quedando ama-

rillo como un pollo y aparte me avisaban que quizá mi hepatitis no era viral sino alcohólica, que en cualquier momento podía tronar. Para colmo de males, en aquella época no tenía departamento y no me gustaba estar con nadie, así que me encerré en un despacho de mi papá que estaba pegado a su casa. En ese entonces Pamela me decía todos los días: “mi amor, te amo, desde que te conocí siento ser distinta, tú iluminaste mi vida, eres todo para mí, ¡qué bárbaro! ¡qué manera de amar! Como yo había ido a Cuba ella me quiso demostrar que también podía.

Y perdónenme que sea compulsivo para pensar, o que digan que escribo de bajadita —los críticos escriben de subidita—, pero es que ¿cómo no voy a patinar por un barranco cuando me recuerdo en una cama acostado con cuarenta de fiebre, vómitos, escalofrío y una impresionante sensación de soledad?

Estuve diez días solo, mirando mis sábanas con angustia, dibujando telefonitos para que algún día la princesa de mi existencia regresara a andar en moto sobre las olas cubanas. En ese tiempo mis amigos me iban a visitar y me hacían bromas. ¿Qué crees que está haciendo Pamela ahorita? —me preguntaban. Entonces uno de ellos hacía sentadillas en el aire mientras simulaba mamar un pene dándome a entender que a Pamela se la estaba cogiendo uno por abajo mientras ella se lo mamaba a otro. Después mis amigos se iban y me quedaba yo de nuevo amarilleando las sábanas de bilirrubina y tedio.

Cuando pasaron los diez días del tour se me hizo rato que no me llamase por teléfono, hasta que decidí hablarle; por cierto, yo no podía hablar tranquilo porque como mi familia es epileptoide tiene un solo teléfono para estar enterados de las broncas de todos con todos, como una bolsa de chiclosos a la que le echan agua; pero aun así le dije:

—¿Por qué no me hablaste? ¿Qué onda con Cuba? Ya mero me muero.

—No te hablé simplemente porque ya no ando contigo —me dijo a rajatabla.

—¿Qué? —sentí que la tierra se abría—, ¿qué dices? Si

yo te he estado esperando todos los días y a cada minuto, releendo la carta donde pones que NUNCA me vas a dejar de amar.

—Ah no, yo te amo, eso sí, pero ahorita no puedo hablar contigo porque estoy conversando con mis papás del viaje. ¿Sabes qué? Tú eres un chavo que toma mucho, no me convienes, lo siento, yo quiero algo nuevo, quiero sangre nueva. ¿Me entiendes?

—Pues serás vampira.

—Ay mira, ya no me molestes, voy a colgar.

—Si cuelgas voy a tu casa a estrellarme con el coche y a romper todas las ventanas aunque me muera de calentura. Colgó.

En esos momentos mi padre se paseaba por ahí, yo no sabía cómo explicarle que me estaba muriendo de la tristeza porque a sus setenta años ya no se valía que uno se muriera de tristeza por una mujer. Fui de nuevo a mi asilo a esperar que el hígado me estallara, pero a los cinco minutos de aguantar el odio tomé de nuevo el teléfono; contestó ella y le dije:

—Nos vemos en este momento en el parque que está junto a la librería Gandhi o te hago un superdesmadre. Si me iba a suicidar estaba dispuesto a todo.

—Orale —me dijo. Pero sólo un rato porque tengo que regresar con mis papás.

Entonces recuerdo que mi padre se encabronó cuando vio que me estaba vistiendo para salir.

—¿A dónde vas? —me increpó.

—Tengo que hacer una onda.

—Qué ondas ni qué ondas —dijo—, tienes que estar en reposo. Me lo aconsejó como un elefante viejo que le habla a un tigre a punto de romper la jaula.

—Ni modo —dije—, y me seguí vistiendo.

—Pues no sales.

—Si no salgo me escapo y me voy a beber dos litros de ron para matarme.

Por fin salí; cuando llegué al parque Pamela no estaba. A los diez minutos de espera angustiada llegó con sus aires de doncella y me dijo:

—Ya te expliqué por teléfono que no me convienes.

—Pero Pamela, si hace quince días me querías como loca y decías cuidarme y amarme por sobre todas las cosas. ¿No dices que soy tu otra mitad?

—Ya te dije que quiero sangre nueva, además conocí a un chavo.

El hígado me punzó como si le clavaran una espina.

—Que ¿qué?

—Que conocí a un chavo buenísima onda, es rico y me di una superdivertida con él. Además me prometió una cuenta mancomunada en el banco.

—¿Prefieres a un hombre que te da tres videocaseteras y dos televisiones a mí con quien dices comunicarte como con nadie?

—Pues sí lo prefiero —me dijo mientras chupaba un pirulí.

¿Qué hacía amiguitos? ¿Ahorcarla en ese parque e ir a la cárcel? ¿Beber hasta matarme? ¿Encerrarme en una cueva maldita?

Hice lo que pude para salvar mi hígado: humillarme.

—Mi amor, yo te quiero, no me dejes, y menos ahora que tengo fiebre y los ojos amarillos; me estoy pudriendo por dentro.

—Olvídalo —dijo—, además bebes mucho y no trabajas como médico. ¿Para qué estudiaste?

—No me gusta la medicina, quiero ser escritor, creo que puedo escribir algo mejor que lo que he hecho, no sé. Quiero dejar de tomar pero no duro ni quince días y ya la agarré de nuevo, no me dejes.

—Lo siento, me interesa ese chavo —replicó.

El parque estaba totalmente asfixiado de smog; como un pulmón lleno de humo.

—¿Te vas a acostar con él?

—Pues si nos entendemos yo creo que sí, y ya me tengo que ir a ver a mis papás, por tu culpa los dejé a medias en la plática de sobremesa, bai, bai.

Se dio media vuelta y se encaminó a su coche. Yo no podía correr porque el hígado se me rompería en pedacitos.

La alcancé cuando arrancaba el auto, recogí una piedra y se la estrellé contra el espejo lateral. Estaba tan encabronado que los mirones prefirieron ignorarme. Me subí al auto, pensé en beber, en tragarme toda la lava de un volcán, en matarme, en matarme, en matarme, y para colmo de males no tenía a nadie con quien platicar. Estaba solo y por eso comencé a escribir la poesía que los críticos critican. Hasta mi llanto era abucheado. Opté por curarme las heridas como un pinche perro: con el tiempo. A los cuarenta días me puse una borrachera por no poder soportar la realidad.

CUATRO. Aquél fue un trueno con Pamela y ahora se avvicinaba otro. Ella tenía un poder de convencimiento que al licor le faltaba: abdomen al estilo Jane Fonda, una aparente salud mental que me atraía y una piel exacta a las medidas de mi inconsciente.

Desesperado de dar vueltas le llamé:

—Hola —contestó una voz adormilada; era la una de la mañana.

—Hola —le dije sabiendo la hora que era—, ¿nos vemos mañana en mi departamento?

—Orale, te caigo después de mi clase de aeróbics.

—Ya vas.

Colgamos y me fui quedando dormido.

Una hora después desperté y prendí un churro de mota para aguantar la pinche desolación y el color grisáceo que comenzaba a apoderarse de la ciudad, como el hedor en el escusado de un baño. Por suerte, en medio de todo ese escusado estaba Pamela: limpia, flamante y exacta como un reloj de pie.

A pesar de mi cita con Pamela me sentía desesperado y panzón, ¿qué necesitaba para vivir?, ¿la bendición de Octavio Paz?, ¿un programa de televisión para que todos me vieran como a un niño egocéntrico?, ¿para qué? Barbeando podía obtenerlo, pero ¡qué güeva!

Tenía que poner orden a mi cabeza porque la mota me

estaba borrando el caset ya no me ponía de acuerdo conmigo mismo. ¿Por qué rechingados necesitaba el afecto de los demás para poder vivir? ¿Acaso mi alma estaba muerta?

Tomaba un trapo para sacudir y me daba cuenta de que el trapo estaba sucio, lo lavaba y me daba cuenta que el fregadero también estaba sucio, buscaba una fibra para limpiar el fregadero y la fibra también estaba sucia, quise lavar la fibra pero el jabón estaba sucio.

Derrotado me derribé en un asiento. Mientras me fumaba una bacha me debatía entre limpiar el departamento o escribir algo, entre cogerme a la chava que me trataba como a un consolador, de esos que venden en Nueva Orleans, o demandar al presidente de la República por la lana que perdía cada mes en el banco. ¡Carajo! Con razón para Balzac era tan importante el rollo de la lana. Yo por la lana me sentía un grandísimo pendejo que creía hacer literatura y que tenía dinero para imprimir sus mamadas. A lo mejor los escritores eran los proletarios y yo sólo le había atinado a la ruleta de la vida como el pobre niño rico, descendiente de un padre que aunque hubiese sido compadre del gobernador de Veracruz no aceptó lana del presupuesto. Qué bueno, porque de haber tenido un padre corrupto me hubiera vuelto como esos niños pesados que le descubren los trucos a los magos; de esos niños que dan ganas de madrearlos y que en términos adultos se les puede catalogar bajo el nombre de críticos, porque cachar el truco es más fácil que hacer la magia.

La cabrona de Pamela no aparecía; ya hasta tenía ganas de agarrar el interfón y gritar como pendejo:

—¡Ya llega chingao!

Como buen treintón había llegado a la conclusión de que mi mamá no era “injusta y ciega” conmigo porque me amaba; en cambio, las demás zorras nada más querían invitaciones a cenar y un falo domable e indoblable.

Esas mismas zorras se quejaban con uno:

—Ay, es que los hombres de cuarenta todavía le tienen que hablar a su mami para saber qué camisa se ponen.

—Sí, ya ni chingan —les contestaba yo mientras recor-

daba cómo mi jefecita chula y hermosa me había cuidado en todas mis enfermedades, mientras esas pinches puerkas no eran ni para tirar el kotex en el lugar debido. Pobres de las mamás atrapadas por la belleza de las nueras y pobres de las nueras víctimas de la vejez de nuestras madres.

Por fin mi oído creyó escuchar el timbre como si fuera el silbido de un pajarito angelical. Corrí hasta la cocina regando Puerk de grosella en la alfombra y enredando mis pies en el cable del teléfono. Por poco me caigo pero alcancé a contestar:

—¿Quién?

—¿No tiene periódico que venda?

—¡No! —le grité, con ganas de bajar a madrearlo.

—Ah, perdón.

Colgué. Un animalejo buscaba comida en el portón de mi edificio, tocaba los timbres y todos rabiábamos como si a un montón de gallinas las agitaran en sus jaulas. Eso era el mundo en el De Efe: un camión de redilas lleno de gallinas. En lo que pensé esto sentí cierta presión abajo: era mi verga, que intempestivamente y sin ningún permiso se estaba parando. ¡Eso era lo único que me faltaba! que se me parara la pirinola y Pamela nunca llegase o en su defecto fuera maniatada y violada por guaruras en Coyoacán.

Volvió a sonar el timbre.

—¿Quién?

—Cooortineros que arreglaaaaaaaaaarrrr.

—¡No!

¡Chingaos! Me preparé otro Puerk. Volvió a sonar el timbre.

—¿Quién?

—Soy yo. Era la voz de Pamela.

—Sube —le dije y apreté el botón del portero eléctrico.

Mi pene se alzó, como cuando un barco está por llegar a tierra y levanta la bandera a lo máximo. Pero, ¡oh, Dios! ¿No debería terminar esa relación donde me imponen horarios para coger? “La leche está re cara”, dice mi amigo Zuri, y debo pedirle a Pamela que me aliviane publicando mi *Libro de los azotes*, porque si no me voy a azotar. Corrí a

poner un disco de U2 y cuando menos pensé escuché unos toquidos en mi puerta. Me dispuse a abrir quitándome las chinguiñas y con cara de imbécil abrí.

—Hola —me dijo el pinche “Pájaro” que subió antes que Pamela.

—¿Qué onda güey? ¿Que chingados quieres?

—Un toque.

—Ya te dije que no soy conecte, güey.

—Nomás tantita mota hijín.

En lo que discutíamos. Pamela se coló para adentro. Tuve miedo de que ese güey le agarrara las nalgas, pero se contento con mirarlas.

—Ora güey, ¿qué ves? Ya sácate a la chingada que aquí no hay mota, ponte a caminar, dicen que es bueno caminar mucho pa’los que quieren dejar la mota, camina.

El “Pájaro” se fue a la gaver. Al cerrar la puerta Pamela me preguntó:

—¿No has desayunado?

—Dos litros de Puerk.

—Ay, pobrecito mi amor, déjame que te abrace.

Pamela sabía que yo tenía que ir al psiquiatra; por tanto no perdió tiempo y me abrazó cachondamente. Sin decir agua va le comencé a mover el pezón con los dedos índice y pulgar. El pezoncito se erectó provocando un accidente en la tersa tela del vestido, como un tope en medio de la carretera; toqué su otro pezón estaba plano, lo empecé a rascar con la uña de la mano izquierda y se empezó a parar. Pamela era sensible y automática. Qué bueno, porque había unas que nada de nada. Bajé la mano derecha hasta mi palanca de velocidades y la puse hacia arriba y aplastándola contra su cuerpo; ella se restregaba para cruzar el abismo y llegar a la excitación sexual: ese abismo era grandísimo para muchas y para otras insalvable. Afortunadamente Pamela ya se cargaba sus treinta y tres añitos de experiencia y no pensaba como a los dieciocho, cuando de seguro era una muchachita fresa y pirruris con culpas sexuales.

Le unté el pito lo más que pude como si yo mismo quisiera explotarlo como un plátano maduro y no tuviera que

volver a desear a una mujer. ¿Para eso había esperado tanto? ¿Para abrazar a una harpía?

Por suerte ella también sabía que teníamos poco tiempo y se quitó la pantimedia, dejándose el vestido puesto. Yo la jalé hasta mi cama y cuando metí la mano por debajo del vestido me encontré con una vulva húmeda como si también hubiese llorado; apreté su clítoris procurando no confundirlo con sus labios menores y sentí cómo gemía poco a poco.

—¿Te la mamo? —dijo, sin más.

—Dame las mamaditas que quieras —le contesté sin remarcarlo demasiado, porque hay chavas que si les pides algo, eso mismo no te dan.

Se fue bajando por mi panza; una cadena de oro se atoró contra mi pene que ya estaba afuera, se desencadenó y sacó una lengua larga y brillante de su boca. Miraba mi pene como si observara un plátano que fuera a pelar, acercó la lengua cuidando de que yo observara lo que hacía y la comenzó a tratar de meter por mi uretra; aparte de ser una operación imposible ofrecía una sensación deliciosa.

Recordé una frase de Epicuro: “Si vives conforme a la naturaleza, nunca serás pobre; si vives según las opiniones, nunca serás rico.” ¡A güevo! ¡Que viva la lengua de Pamela y que se vayan a la verga los críticos! Su lengua siguió paseándose alrededor de mi glande como una víbora que se enrosca alrededor de un conejo.

Pamela me acostó boca arriba y rápido abrió las piernas para ir encajándose poco a poco mi pene, que entraba como un obrero sudado en un vagón del metro. Comenzó a subir y bajar y vi cómo mi verga se perdía entre sus pelos; luego me comenzó a besar y a decirme que me amaba, que no podía vivir sin mí, que desde que me conoció su vida tuvo sentido.

Soltaba muchas flores al sentir placer en la vagina. Todo era mecánico: si te ponías borracho adorabas a tus cuates y si te agarraban chido la pirinola pues adorabas a tu pareja. Al parecer el lenguaje lo controlaba la piel; por eso, mientras metía mi mano torcida para apretarle el clítoris, me dijo:

—Ay cabrón, hijo de puta, me encantas, deberías casarte conmigo.

—Mejor ponte de a perrito —contesté.

—No, ya sabes que a MI no me gusta de a perrito. Mejor súbete arriba de mí.

Nos volteamos y así, acostada boca arriba, ella parecía mi presa; le enterré el falo como si le quisiera alcanzar el cerebro para hacerle una operación mental y dejara de competir tanto con los hombres. Comenzó a gemir cada vez más fuerte; ahora sus gemidos ya no eran quejidos sino gritos; aunque estaba con la verga bien parada, penetrándola, de plano no me sentía tan excitado como ella. Pamela se retorció como una mujer de arena movida por las olas.

—Me estás aplastando con la panza —me dijo.

—Chale —pensé—, esto no lo voy a escribir. Me voy a quemar con las chavas.

Recordé que era más fácil morir de vergüenza que de miedo. Pero aun así seguí arremetiendo; ella parecía poseída por Dios. Y yo sólo era un hombre con la verga parada que la penetraba. Ella estaba perdida en otro mundo. Pensé que no sólo gozan más y tiene más orgasmos, sino que aparte no se les tiene que parar el pito; tampoco tienen el fantasma de la eyaculación precoz. En fin, ellas tiene sus pedos.

Mi verga la cortaba en dos, mi culo estaba al aire y sentí que en cualquier momento un grupo de guaruras tiraría la puerta a patadas para acusarme de mariguano cogelón, pero olvidé el asunto cuando ella comenzó a venirse y a gritar como si le estuvieran quemando las nalgas con una marca al rojo vivo: gritó más y más en un orgasmo de aquéllos, muy cotizados en el comercio sexual. Yo me seguí moviendo y me dijo:

—Acuérdate que te tienes que poner un preservativo. Es más, ya póntelo de una vez, porque ya es muy tarde.

Estiré el brazo y del cajón del buró saqué mis condones Sultán. Como un niño que tiene prisa por extraer un dulce de su envoltura mordí la bolsita del condón; el líquido lubricante me supo asqueroso, me acosté boca arriba para

facilitar la operación, puse e condón en la punta de mi pistola y lo fui desenrollando para que mi verga quedara embalsamada de nuevo por la civilización. El anillo de plástico del condón me estrangulaba la base de la verga; luego se montó sobre mí, subió y bajo por mi garrote hasta que ya no aguanté más y vomité toda mi energía. Salí. Ella revisó con mucho temor que el condón no estuviese roto. No quería un hijo, sólo deseaba sexo y yo se lo proporcionaba a la medida de su obsesión. Otros hombres le daban asco y según ella sólo servían para cargar bultos.

Ahí estaba otro capítulo de mi vida empaquetado en un condón; nunca sabré qué hubiera escrito con esa energía, pero estoy seguro que un par de poemas se fueron por el escusado sin ser concebidos, lo mismo que millones de hijitos míos que nunca verán ese óvulo tan buscado. ¡Chingados y recontrachingados! Pamela ya estaba con la pantimedia puesta de nuevo y se veía en el espejo como si mirara al presidente de la República.

—¿Cuándo nos vemos? —le pregunté como un burro atropellado.

—Yo creo que hasta el viernes, ya sabes que ése es el día que te toca completito.

—¿Completito? Siempre inventas algo para la tarde o la mañana —dije.

—No, el viernes sí te toca completito.

—Si apenas es lunes —comenté.

—Tengo mil cosas que hacer, ya sabes que eres el amor de mi vida, pero me encanta trabajar —se justificó.

—Te encanta ganar dinero en lugar de estar conmigo —alegué.

—Me encanta ganar dinero.

—Pues ¿págame no? Págame la leche, porque está re cara; siquiera para sacar mis poemas pendejos ¿no?

—Entiende —me dijo como una foca encabronada—, entiende que me gasté todo el dinero que vengo juntando desde los seis años de edad para comprarles una casita a mis papás.

—Estás instalada en el deseo de tus padres y eso en psi-

coanálisis se le se le conoce como estar enfermo. ¿Estás enferma?

—Sí, sí, sí estoy enferma, pero déjame con mi enfermedad —dijo mientras se acomodaba el reloj de oro.

—¿Por qué interrumpiste tu análisis con el doctor Cam-poenfermo? ¿Te dolía pagarlo? —pregunté.

—Déjame estás enfermo —contestó—. Déjame vivir mi vida.

Agarró su bolsa y se fue. Su táctica preferida era irse y cerrar su coño lo más que pudiera. Ella sabía que a la semana la estaría peneando de lo lindo.

Me paré de la cama como un resorte, abrí la puerta y salí por el pasillo encuerado. La agarré del brazo y me dijo:

—No me toques.

—Ahora sí, como ya tuviste tu orgasmo no quieres que te toque. Que chistosa ¿eh?

Quería jalarla pa' la cocina como en las buenas películas rancheras pero, ahora con el feminismo imperante, me desgarraba el alma y los güevos. Por fin cedíó. Escuchamos otros gritos de una pareja que se peleaba en el quinto piso y otra en el sexto, unos se peleaban en ruso y otros en español. Se habían quedado callados porque mi pleito era el más succulento. Les estaba mostrando a mis hermanos de habitación lo que me habían enseñado mis padres. ¿Por qué mi madre dijo ser una santa para mi padre y esta pinche vieja sólo agarraba mi chile como un cargador de baterías?

Volvimos adentro; por desgracia ya eran las doce y media y en ese momento tenía que salir para el consultorio del doctor Santomas.

—¿Sólo me quieres para coger, verdad? —le pregunté.

—¿Tú no?

—Yo no.

—Luego estás conmigo y no me aguantas —me dijo mientras se arreglaba el maquillaje.

—No te aguanto porque te comportas como una computadora —dije.

—Así me gusta ser. A ver, cástate conmigo, te firmo el divorcio desde ahorita pero cástate conmigo —me dijo.

Ella sabía que ese comentario me alivianaría y la dejaría seguir trabajando como si trajera un buscapiés en el culo.

—¿Para qué quieres que me case contigo? ¿Para que me estés recriminando porque ensucio la alfombra o me digas que te tengo que dar dos millones de pesos mensuales por darme un hijo de tu adorado útero, que sólo ha producido dinero para que la gente te odie?

—Te tienes que ir a ver al doctor Santomas, acuérdate que te ha ayudado mucho, ya estás mejor que antes —dijo con mala leche.

—Sí, estoy mejor que antes porque ahora te puedo mandar a la chingada de una manera más fácil. ¡Eso es curación! Tratar a las mujeres como unas vacas. ¡Eso es curación!

Se sentó en un sillón y, encabronada, dijo:

—Bueno, órale, aquí me quedo todo el día si quieres.

—No sé manejar computadoras, si quieres puedes largarte a seguir ganando dinero para la casita de tus papás. Al fin que estamos bajo mil toneladas de caca de perros y con trece mil toneladas diarias de basura, anda, sigue juntando tu mierda para comprarles una casa en el basurero.

—Ay —me dijo—. Ya te vas a poner como tu mamá. acuérdate que así se pone tu mamá. Tu mamá está enferma, y es bruja de Tabasco.

—Pues a tu mamá solo le interesa ganar dinero, y ya sácate que ya me caiste gorda; ahí me hablas cuando te toque de nuevo el tratamiento. Total, ahorita no tengo nadie mejor con quien coger. Bueno, tú y Carola (ese nombre me lo saqué de la manga).

—¿Carola? ¿Quién es Carola? ¡Qué poca madre! —me dijo celosa.

Había dado en el blanco amiguitos; recordé a un amigo mormón que me recomendaba tener muchas mujeres, pues sólo en competencia se ponen a hacer aerobics y no se vuelven unas viejas gordas de canasta.

—Pero tú eres mi catedral —le dije para que no me dejara sin sus nalgas o se las fuera a dar a otro en un desquite—. Tú eres mi catedral mi amor, las demás son mis capillitas.

—Me dan celos.

—Sin capillitas estarías harta de mí. Ellas son las que te alivianan para que todo el día estés trabajando como idiota.

—No me insultes. ¡Me voy!

—Orale.

CINCO. Pamela se había ido sin darme un beso, con su acostumbrada actitud de soy muy chingona y siempre gano. Hecho la madre me vestí, haría veinte minutos exactamente hasta el consultorio del doctor Santomas. Como era mi psicoanalista, y le estaba pagando a cincuenta mil pesos la consulta, debía alivianarme.

Mi pene iba embarrado de esperma, parte del lubricante del condón, y la humedad de Pamela. Puse la contestadora telefónica y bajé de boleto al sótano, por suerte era la hora en que todo mundo trabajaba y no estaba bloqueado mi auto.

En ese momento recordé que James Joyce le dice a su novia en una carta que sólo podría entrar a este sistema social en forma de vagabundo. Yo era un vagabundo sin alcohol. Mi problema era navegar por la sobriedad como en una barquita en medio de la tempestad.

Encendí el auto, quería correrlo a la velocidad de mi literatura, a unos ciento cincuenta kilómetros por hora, pero me esperaban el chingo de semáforos, el lodo en los ojos y la angustia en el culo. ¡Dios mío! ¿Qué hubiera escrito Balzac con ese tráfico? En lo que sacaba el auto recordé a una chava que me increpó diciéndome: “si no crees en Dios ¿por qué lo citas a veces?”

—Mira —le contesté—, si digo que no creo en Dios hasta los liberales me van a dejar de leer. Quizá Dios sea lo único que yo tenga para aguantar a toda la chingada gente que nunca me ha caído bien. Me alío con Dios porque soy yo mismo, no porque me crea un Dios sino porque en la India cualquier manifestación de vida es Dios. ¿Do you understand?

—Entonces, ¿Crees en Dios o no?

—Chingao.

Por fin salí a la avenida de los Insurgentes, el smog nos apendejaba de lo lindo. Las pocas caras que se alcanzaban a

ver estaban amortajadas por el humo; yo me decía a mí mismo: "Tengo que hacer una novela seria, tengo que hacer una novela seria."

Por suerte ya estaba en el viaducto, pero por desgracia ya eran las doce cincuenta; en ese momento yo debería estar acostado en ese diván pequñoburgués tirando mi rollo. El viaducto estaba hasta la madre, no avanzábamos casi nada; el estéreo era un artículo de primera necesidad para no pelearnos todos contra todos.

Se aliviaron tantito el tráfico, ya había perdido diez minutos de consulta y aún faltaba subir un cacho de las Lomas para encontrar en medio de todo este caos, al "objeto abierto" que me dijera si suicidarme o aguantar hasta hacerme viejito y morir canceroso.

Llegué. Me estacioné y bajé del auto. Toqué el timbre para avisarle al doctor que, aunque tarde, había llegado a calmar mi neura. Toqué otra vez el timbre como el niño que toca el vestido de su mamá para no perder la fe en la vida, pero comencé a perder la fe en la vida porque nadie salía. ¿Se habría ido? No era posible; nuestro contrato hablado establecía que esos cincuenta minutos eran completos para mí y él se debería quedar ahí sentado aunque yo estuviera acostadote en la playa. Volví a timbrar y por fin se abrió la puerta; sin verle la cara estreché su mano acolchada y me fui a acostar al incómodo diván. Frente a mí estaba un edificio que fue construido durante mi análisis.

—Recordaba cuando Pamela me mandó con usted.

—Ajá.

—¿Se acuerda que salí huyendo de la terapia con el doctor Castillos en el Aire porque me mandó al manicomio por borracho?

Se quedó callado, como de costumbre, y seguí:

—Recuerdo cuando Castillos en el Aire me mandó al hospital psiquiátrico Merendaos, que está por Santa Fe. Me iban a cobrar un chingo de lana por darme cinco terapias: musicoterapia, terapia familiar, terapia psicoanalítica, terapia de juegos y terapia de grupo.

Se las dije rápido porque recordé que había llegado tarde

y quería contarle lo más importante, que era que me llevaba de la chingada con Pamela. seguí:

—Pues me sigo llevando de la chingada con Pamela, ya no confío en ella y ella ya no confía en mí. No he bebido, ya voy para dos años. Estoy encabronado con Baudelaire porque habla a favor del alcohol diciendo que crea una tercera persona creativa y por ese rollito me fui al pedo ocho años creyendo que todos los borrachos éramos unos chingones y pura madre; ahora que voy a doble A me doy cuenta que hay un chingo de frustrados.

El alcohólico sin tomar daña más que el que toma —me dijo Santomas.

—¿El que toma se chinga a sí mismo?

—Sí

—Tiene razón doctor, pero yo trato de dañar a la máquina de escribir y no a Pamela, o en verdad la amo tanto que me desespero y quiero todo o nada. A ella también le pasa, queremos todo o nada y todo significaría un hijo, y si no hay confianza pues no hay nada. Ella tiene treinta y tres años y al rato va a querer un niño; si no acepto voy a tener que soportar que otro güey se la coja.

—Bueno —dijo la voz acolchonada—. Nos vemos la próxima y te aviso que vamos a ajustar los pagos.

Si tuviera diamantes le daría un chingo al doctor Santomas, como un cliente contrahecho y horrible que le paga por adelantado a la más cotizada de las putas.

SEIS. Con la cogida de Pamela mi energía estaba baja, muy baja. ¿De qué chingaos servía coger? A veces era un acto tan mecánico que me parecía ridículo; por desgracia no había otra emoción, persona o cosa en el mundo que me satisficiera, y ya hasta la mota me estaba cagando. Prendí un churro mientras bajaba por las Lomas. Ahora resultaba que el cabrón de mi analista quería ganar más. ¿No le alcanzaba? Un día había visto a su hijo en su Atlantic del año con estéreo de lujo.

De pronto no supe si irme a mi chante o a la cueva del

Rafita en Santa Fe. Opté por lo último. De lejos divisé la Universidad Iberoamericana; se me figuró un bunker, un castillo a prueba de pobres. Por ese entonces los pirruris habían lanzado una campaña de desprestigio en contra de la banda, hablaban de subir los vidrios de los autos para no contaminarse con los nacos, y de cómo darles por su lado como si fueran animales.

Para los chavos Ibero ese paso por Santa Fe era lo único que los contactaba con la verdad; claro, iban y venían en sus phantoms con aire acondicionado y estéreo. Iban a su despacho y de ahí a una oficina de lujo y luego a un restaurant donde los meseros les lamían los zapatos y de ahí a las sábanas de seda.

Me metí por unas calles cinco veces más angostas que las de las Lomas, esquivé niños mil veces más pobres que los de las Lomas, esquivé a un chingo de borrachos y me estacioné en la calle del Rafa.

Le grité al Rafa y me chifló para que pasara.

—Quiubo Rafita. ¿Qué ondas?

—Pásale.

—Chido.

Me puse a forjar un churrotote; en eso llegó el Tavo con el Hitachi, me saludaron y se sentaron a esperar el churro. Le subieron a la música, estaban escuchando heavy metal, recordé aquella carta donde Paul Ree le comenta a Nietzsche que la amistad es más compartir los silencios que la plática.

Yo estaba todo el día totalmente mariguano; el mundo me aburría y el alcohol estaba vedado para mí, mi única opción en la vida era cuidar mi dinero para no convertirme en esclavo de una institución.

De pronto me asaltaron pensamientos paranoicos; lo atribuí a que de niño me sentía muy vigilado: “cuídate así; muévete así; ponte el suéter; come así; como asá; no hagas esto; si haces aquello se te va a secar la mano; no te saques los mocos; tienes que ir a la escuela; tienes que querer a tus hermanos; los niños buenos se van al cielo; si piensas mal de tus padres puedes morir; no veas a esos perros cochinos;

tienes que estudiar aritmética; tienes que levantarte temprano; si vas a esa excursión te puedes matar; pórtate bien; sé bueno; sé bueno; sé bueno''. Me pasaron el churro.

—Oye Rafa. ¿a ti no te saca de onda que haya cabrones con un Phantom y tu estés jodido de feria? —le pregunté a bocajarro.

—Pues yo creo —comenzó a decir acomodándose la greña— que la felicidad está en uno, si quieres ambicionar acabas ambicionándolo todo. Por ejemplo, para qué me pongo a pensar que voy a ser tan famoso como Sting si no tengo feria para armar un grupo de rock.

—Y ¿no los envidias?

—Pues ellos tienen lo suyo y yo tengo lo mío.

Ellos estarán más en el ser y yo en el pensar, ¿sería porque desde niños los dejaban vagar por las calles persiguiendo a la madre que va en chinga a trabajar o siguiendo a algún padre que se larga encabronado a la cantina; de seguro por la calle tomaban envolturas sucias y las llevaban a la boca mientras yo tenía que estar quietecito entre cuatro paredes psicotizantes del Pedregal de San Angel, fugarme a través de la enciclopedia o identificándome con Memín Pingüín y el amor por su madre.

Para mí leer se había convertido en un acto asqueroso; me sentía como el que come mucho y tiene la casa llena de comida y se vomita. Quería tirar todos los libros por la ventana aunque me habían ayudado a establecer un resumen objetivo de las cosas: los hombres éramos, somos y seremos unos hijos de la chingada. Había que cuidarse por todos lados. Como en esos países en que se une la izquierda con la derecha para defenderse del enemigo, así tenía uno que unirse con uno mismo para ser impiadoso y no dejarse de nadie.

La música siguió, podía haber seguido así durante horas y horas, el rock nos unía, ¿de qué hablar? ¿Para qué hablar? La banda estaba libre de la cultura que había hecho de poliester a los intelectuales de Coyoacán.

Pensé que los papás de los críticos los habían ridiculizado tanto como para llegar a inculcarles una profesión de

verdugos; por eso tenía que escribir un libro que se brincara a todos esos hijos de puta, inclusive a los lectores que se quejaban de que yo me quejaba demasiado de los críticos. También a esos hijos de puta me los iba a pasar por los güevos. Yo me encargaría de abrirles paso a las nuevas palabras.

La música dejó de sonar y el Rafa me preguntó:

—¿Qué has hecho?

—Pus nada cabrón, sólo pajarearla a lo güey con las pinches viejas, qué chingados hace uno para no morir de aburrimiento?

—No pos sí —dijo el Rafa, y acomodó los labios en el bote de una modelo especial.

Ahí estaba yo a lo pendejo para narrar la historia del mundo, ahí estaba para explicarle a la rechingada gente que había metido la verga en un aserradero.

Como para mí la amistad había muerto, todos estábamos muertos, sólo éramos camaradas de un mismo destino, vendría la siguiente civilización y nos arrasaría. Por eso me iría a tirar mi libro *De a perrito* por todas las banquetas de la ciudad; lo tiraría para que vieran los extraterrestres como sufrió un pobre pendejo amojonado, podrido y lleno de traumas. Quería que se dieran cuenta de que la vida se había convertido en una jaula. Explotaba de tedio y pendejez; era un depresivo y tenía en la sangre el terrible monstruo de la desolación.

Hastiado de mota me paré; le dije al Rafa que me iba, como ya estaba medio pedón casi ni se dio color. Antes de salir, le compré un guato de mota.

SIETE. En verdad lo que deseaba era llegar al Mesón del Perro Andaluz y encontrarme una mujer hermosísima que se sentara en mi mesa a explicarme su soledad y luego me invitase a su departamento en algún veinteavo piso del Distrito Federal, que se desnudara y su piel fuera el verdadero complemento de la mía. Yo también deseaba sexo y dinero.

Como todo alcohólico le tenía miedo a todo y a nada;

quizá ya necesitaba un viajecito de hongos para matar mi piedad por los demás.

Recordé a Pamela, ¿cómo olvidarla? Pamela tenía unos senos que, según la revista Vanidades eran PERFECTOS; su abdomen fuerte y musculoso, y sus piernas torneadas me tenían atrapado. Además estaba enamorado.

Recordé el día que fui a la preparatoria de la que es dueña Pamela. Un chavo estaba castigado en el patio por no traer bata, otro por estar inquieto en clase, otros eran amonestados por fumar, un señor hacía cola para que Pamela lo recibiera pues había sido citado por la mala conducta de su hijo, la gente que vendía los refrescos despreciaba a Pamela, los alumnos despreciaban a Pamela, los maestros la despreciaban, pero ella no se enteraba.

Además se arreglaba más como naca que como una gente que supiese de arte; a veces me parecía una sirvienta con dinero, era alzada y déspota con los que no iba a obtener nada. Resulta ocioso decir cómo trataba a los pobres, que tristeza: tenía frente a mí a la típica clase media mexicana con aspiraciones burguesas.

También pensé en el día que Pamela me dijo:

—Pues fíjate que me acosté con un chavo, y ya que estábamos encuerados en su departamento, no me sentí bien. Inclusive me la metió, pero al verme lejana me preguntó si me sentía mal; le dije que sí, me la sacó y se vistió.

—¿Y se vino? —pregunté, morbosos.

—No, no eyaculó, te digo que hasta nos dio pena lo que estábamos haciendo.

—Claro, si te hubiera gustado entonces te hubieras desembarazado de mí, porque ya tendrías una verga para cambiarme; no te salió y regresaste.

Yo tenía mi hígado, mi estómago y mis brazos adentro de ella, y ella tenía su pene simbólico y sus arterias adentro de mí, por eso no era tan fácil separarnos.

Ya en el departamento abrí la regadera, me puse a hacer unas abominables. Mi panzota, atascada de grasa y porquería, era rechazada por las mujeres, a las que había cambiado por un puesto de tacos de suadero.

Quizá la vida fuese mejor sin críticos, masturbándome y tragando tacos todo el día como un puerco. La panza me hacía pensar que sería difícil encontrarme con una chava con abdomen plano y ágil como el de Pamela. Mi panza me recordaba que mis vecinas del Pedregal de San Angel no sólo me rechazarían por no tener un padre que se hubiese robado miles de millones de pesos, sino que además tendría que luchar contra toda esa grasa que me estaba amargando ante el espejo, como la mota a los pulmones. La panza me hacía viejo a los treinta años, la mota me hacía un vejete a los treinta años, mi verga necia me hacía un rucu sin dignidad a los treinta años. Me estaba convirtiendo en un perro enfermo. ¡Carajo! También los psiquiatras convierten a las águilas en perritos falderos.

OCHO. De nuevo le hablé a Pamela. Eros hizo que fingiésemos demencia ante nuestros odios mutuos y nos quedamos de ver en mi departamento. Para variar, ella traía mucha prisa de irse al instituto psicoanalítico o al programita de radio. Comenzamos a tocarnos, calientes, pero alejados como dos desconocidos que se unen por casualidad. Me di cuenta que ella deseaba sólo una relación sexual más que una relación profunda. Entonces quise vengarme y cuando estuve dentro de su vagina eyaculé antes de que se viniera, pero me puse a llorar como loco sabiendo que estaba ante una personalidad de formación reactiva; esto quiere decir que ella, Santomas, Freud y los demás sádico-obsesivos vivían bajo una máscara porque, según sus propias teorías, no los habían dejado jugar con mierda.

Lloré un buen rato como una niña que le quitan su muñeca, hasta que ella vio el reloj y se fue para —como dijera la canción— nunca jamás volver. Después me reclamó que yo había sido el ojete y el mierda.

NUEVE. Pamela ya no estaba y Carolina se había entregado por entero a la religión en una de tantas sectas, y además

tenía que aguantar los comentarios de los jalapeños: “Carolina anda con un teatrero.”

A esas alturas sólo tenía un valium de cinco miligramos; a esa hora ¿quién me vendería algo para dejar de pensar? Los libros se me hacían como pasteles en la casa de un diabético.

¿Sería posible que nadie me creyese que Carolina no se había acostado con nadie en un año, que había entregado su cuerpo a Cristo, que hablaba “en lenguas” y que había vuelto a ser virgen (metafóricamente)? No sólo tuve que aguantar el abandono de Carolina sino también las especulaciones acerca de su coño.

Aunque ya no le interesaba en lo más mínimo, una vez en Jalapa se dedicó a darme horarios y horarios, hasta que un día volvimos a coger.

Se emocionó tanto de volverlo a hacer que me amarró las manos con una cuerda con la que yo hacía magia; se sentó en mi verga como quien se sienta en una tabla con panza, forrada de piel, y con una zanahoria en medio. Después me desamarró porque quería que le agarrara las nalgas, luego se vino y luego se despidió argumentando que tenía mucho miedo de hacer el amor.

Recuerdo que hace un año, cuando estaba muy metida en una secta, comenzó a decir en voz alta:

—Yajalaramajestodichivilichicolosamenoralesi. . .

Y siguió en un idioma desconocido, hasta que paró y le pregunté:

—¿Qué idioma es ése?

—Estoy hablando en lenguas —contestó.

—Sí, pero en qué lenguas.

—Pues, ¿qué no sabes que el espíritu de Cristo se manifiesta a través de mi voz?

Me quedé callado porque no sabía si en verdad aquella chava tan liberal y revolucionaria ahora creía que Diosito le estaba mandando mensajes telepáticos a través de su cuerpito nalgoncito.

Aquella vez no quiso hacer el amor conmigo:

—¡Eso es fornicar! ¡Tú sólo quieres fornicar!

—Pero Carolina, ¿qué te pasa?, chale, ¿estás hablando en serio?

—Estoy hablando muy en serio, y fornicar es pecado, pecado mortal.

—Pero los matrimonios fornican —argumenté.

—Para procrear hijos, y aparte están casados.

—¿A poco Dios y Cristo dijeron que había que tener un papelito para poder hacer el amor?

—¿No entiendes que eso es FORNICAR?

—No me interesan tus paranoias, ya te dije que no voy a hacer el amor contigo —dijo tajante. Y no cogimos

La recuerdo rechazante, hiriente, engañante, impotente y apendejante. La recuerdo tajante, maloliente, repugnante y andrajosamente porque después de ese cortón y esa separación seguí cargando otro buen rato con la muerte de mi padre, como aquel asesino que tiene que llevar a su víctima a algún lado para esconderla. Quizá por eso regalaba el dinero que me había heredado y destrozaba mis pulmones con nicotina y mota de la buena.

Como Carolina y mi padre “habían muerto” al mismo tiempo, se me habían interpuesto los duelos. Me descuidé tanto escribiendo, sudando y sin bañarme que me llené de liendres el culo y los güevos, como cuando Hitler heredó y se llenó de piojos después de gastarse la lana. Ahora mi inconsciente estaba actuando como un fascista conmigo. Cuando sentí una comezón intensa y vi unas manchitas negras enclavadas en la raíz de mis pelos, divisé un ejército completo de piojos y ladillas que me estaban chupando la sangre en donde más me dolía. Recuerdo que quitármelos fue un superdesmadre; tuve que ir a la farmacia con mi cara de pirurris a tirar el rollo de que estaba ayudando a unos niños pobres y que necesitaba algo para despiojarlos.

DIEZ. El día de mi cumpleaños me llamó Carolina para decirme que me amaba. Me puse feliz, no lo podía creer. ¿Cómo era posible que Carolina durase dos años sin acostarse con nadie. ¡Eureka y recontraeureka! ¿Acaso ella era

la Penelope de los noventa? ¿Ese llamado telefónico me había vuelto a mis casillas. Me fui de nuevo a Jalapa, vería a Carolina y, sin importarnos lo que había pasado ni el contenido de mis libros, estaríamos de nuevo juntos.

En el camino me imaginaba el cuerpo de Carolina, aunque estaba chaparra e hipernalgona, yo la quería porque ella me había curado de la eyaculación precoz, enseñado a escribir y dado de comer mientras yo atravesé por años de borracho pateador de paredes, puertas y ventanas.

Ese viaje de nuevo a sus brazos lo sentía como el de un guerrero que tiene que luchar con sus propios monstruos internos, porque yo seguía amando a Carolina, y aunque no lo pareciese seguía amando la vida, y si la vida era tener una pareja pues yo deseaba una.

Llegué a Jalapa y a eso de las once de la noche me fui a dar una vuelta con un abrigo que mi padre compró en España en 1945; también llevaba pantalones y camisa pero los omito porque no se veían. Me trepé al auto y me puse a dar vueltas con el estéreo a todo volumen, hasta que me bajé en La atasca, un lugar donde se bebe cerveza, se escucha música folklórica y hay pósters cubanos de Pablo Milanes, Silvio Rodríguez, el Che, etcétera. Bajé por una entrada para autos; atravecé el umbral, escuché la guitarra y la charanga, asomé mis narizotas olisqueadoras y ahí estaba Carolina abrazada con otro cabrón. Por fin mis sueños de mirón se habían cumplido: ella volteó y me vio.

Ahí estaba Carolina, la Carolina que con tantito que se le viera la pierna ya la estaba yo haciendo de pedo; ahí estaba la Carolina que me había dado de comer en la boca y al agacharse y verle los senos yo me enojaba porque así lo había hecho con otro; ahí estaba la Carolina que supuestamente me esperaba. Se hizo la disimulada, mientras la charanga seguía y todos gritaban y cantaban borrachos, dionisiacos, felices, mientras yo, con mis dos años sin beber, miraba la escena como si fuera Apolo en su barca, aproximándose a las rocas sin ninguna piedad del viento. Me acerque y le dije:

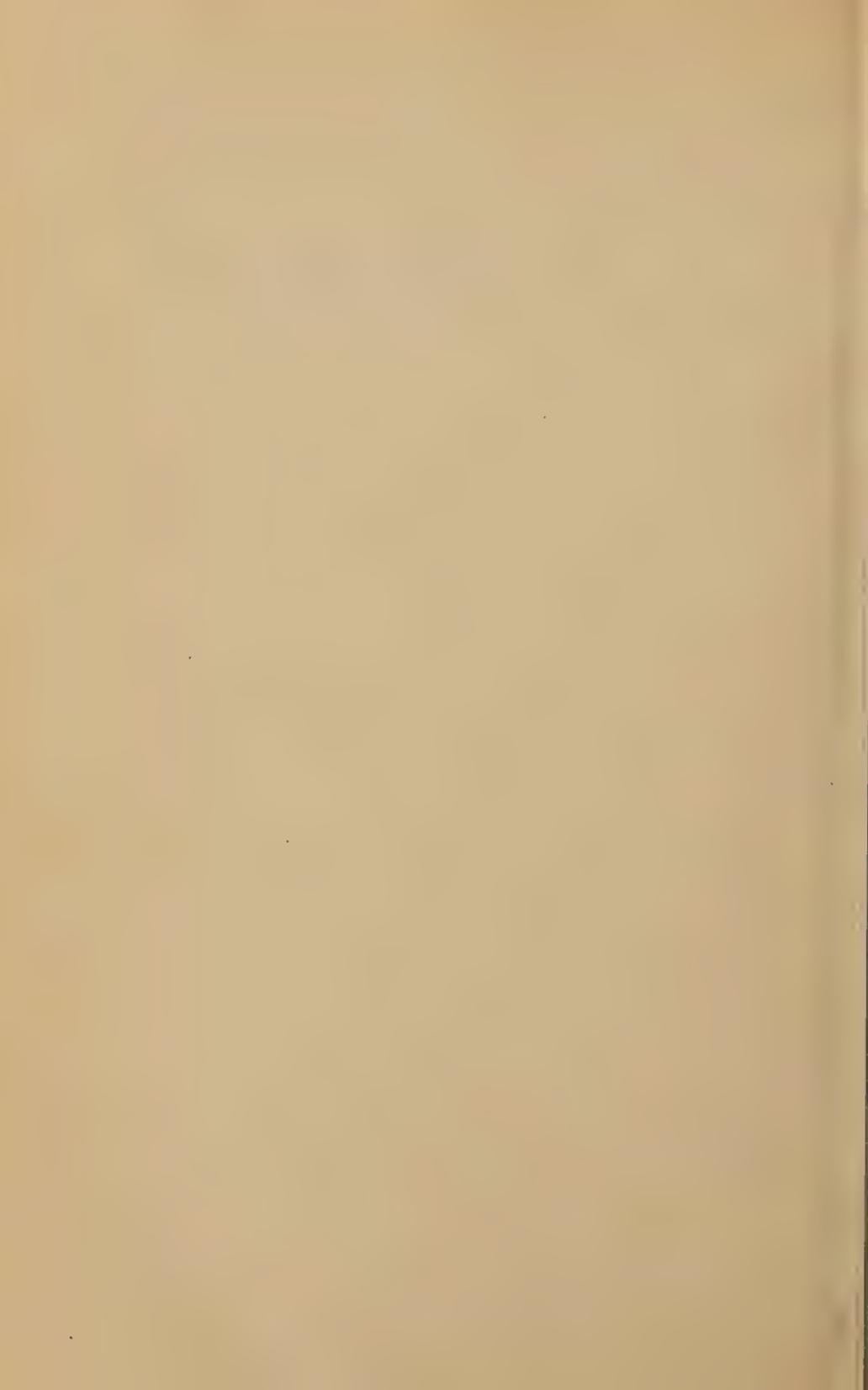
—Hola Carolina, quiero hablar contigo.

—Ay, espéramé tantito ¿sí?

Estaba bien divertida con sus amiguitas de danza poniéndole un moño blanco en la cabeza al tipo que se cogía a mi chava. Todas lo rodeaban, adoctrinadas, y como eran muy cristianas me recordaron aquellas imágenes de películas donde la gente mira a Cristo, todo de una manera tan cursi que me dio asco.

Yo no me quería hacer el malo, simplemente me sentía mal, ellos no se querían hacer los buenos, simplemente se sentían bien. . . eran felices.

No te vengas con cuentos



El arca de Noé

HAY TRES TIPOS de seres en el mundo:

- a) Perversos.
- b) Histéricos.
- c) Neuróticos.

Los perversos son los que dicen con lágrimas en los ojos: “así, así, métemela de a perrito”.

Los histéricos son como la chava que dice: “ya no me sigas agarrando porque me vas a convencer”, o en su defecto: “tengo que llegar a mi casa antes de las once de la noche.”

De neuróticos hay un chingo de clases: los hay obsesivos, que tienen todo limpio y nunca llegan tarde al trabajo, dominan el mundo con armas. Otros se angustian. Temen enloquecer constantemente. Fuman mucha mota y se vuelven alcohólicos (no todos, nada más la mayoría).

A mí me gusta mucho convivir con la gente. Sobre todo con gente que sabe que todos somos una partida de grandes estúpidos. Por lo regular mi campo de análisis se centra en los perversos. Fue así como mi amigo Carlos, El Aguila, me invitó a su casa.

Llegué como a las siete de la noche, salió e inmediatamente nos fuimos a una vinatería, compramos tres cuartos de ron blanco, dos cocacolas grandes y unos vasos de plástico.

Yo le dije:

—Sírvenme una doble porque traigo mucha sed.

Le encantó hacerlo, en sus ojos noté la sonrisa del que embriaga al otro. Le dije:

—Qué lástima que no traemos vasos de cristal y hielos, pues el tintineo es un canto de sirenas en forma de rock.

—No mames. Mejor le voy a hablar a las chavas que te platiqué.

—Ya vas, Aguila.

Bajó del auto y se encaminó al teléfono público. Su figura partió la noche en dos mientras un gato maullaba porque quería coger.

Yo me serví otro ron, la coca se regó un poco y enmieló mi mano, me limpié en el asiento mientras Carlos abría la portezuela.

—No seas cerdo, cabrón.

—Excuse me, I'm burry. ¿Qué pasó con las nenas?

Vamos por ellas a su casa, creo que nos quedamos ahí.

—¡Yupi!

Pero antes tengo que pasar a mi casa por unas cosas.

—¿Qué cosas?

—Luego verás.

Fuimos a su casa. Bajó con un costal de cosas.

—Sírvetelo otro.

Nos fuimos bebiendo hasta la casa de las chavas. En el periférico me sentí el ser más poderoso del universo.

Llegamos a una casa en ciudad Satélite. Entramos y eran tres mujeres; una llevaba una falda plegada, era rubia ceniza, tenía aproximadamente unos veinticinco años. Otra era blanca pero de pelo negro, se llamaba Lolita, pero como estaba un poco gorda sus amigas le decían "Bolita". La otra era una mujer histérica como de cuarenta años, digo histérica por aquello de las "calientabraguetas", una temible especie de mujeres que se dedican a ponerse grandes escotes y faldas cortas, y que por lo regular no se llega a nada con ellas.

La calientabraguetas se me acercó lujuriosamente y me dijo:

—¿Qué quieres tomar?

—Quiero tomarte a ti en medio del canto de los perros.

Como las nenas ya estaban medio briagas no me costó trabajo el lance. Carlos ya estaba revolcándose en la sala con la rubia. Mientras él le mordía un pezón ella gritaba:

—Móntame macho, móntame criminal.

La rapidez con que estaban sucediendo las cosas le provocó temor a mi seguridad que lejos, se asomaba como una estrella hundida en el alcohol.

Yo luego luego me fui sobre Bolita y le dije poéticamente:
—¡Pónme a trabajar el músculo cohabitatorio!

Bolita se fue indignada a la cocina. La cuarentona se me acercó lo más que pudo y con el muslo me presionó los genitales.

Me miró y desde la embriaguez esperé que me dijera: Ya sé que quieres cogerme. Y me dijo:

—Sé que te quieres acostar conmigo.

—Sí —le dije—. Quiébrame la realidad.

Para entonces se oyeron unos bufidos provenientes de la sala, era Carlos. De la bolsa que traía había sacado una máscara de toro y mugía como un buey.

Al principio me dio risa pero después me excité cuando ella se puso una máscara de momia y se sentó sobre el *linjam* de Carlos. Estaban totalmente encuerados, con las máscaras. La momia movía los brazos como sonámbula y el toro la penetraba con mugidos mientras le decía.

—Andale, vive, vive la vida.

Qué loco está este güey, pensé.

La cuarentona se quitó la blusa quedándose en brassier. Dos globos de carne preciosa brillaban perfumadamente y mi corazón cantó una canción de rock: "Oiga cantinero, sírvame una copa, por favor."

Entré a la cocina a servirme y me encontré a la mujer cuarentona de las chichis grandes besando a Bolita.

Bolita estaba entre que quería y no. Ha de ser histérica, pensó mi mente batifreudiana. Yo creía que también la otra era histérica pero todo me estaba fallando; la cuarentona puso la mano de Bolita sobre uno de sus senos y le dijo como quien regaña a una niña: mámamelo y verás.

Bolita, acorralada, se lo mamó; al principio le dio miedo tanta carne, con ese pezón tan morado que nos vigilaba a todos. Después se pegó al pezón como un *plecostemus* en una pecera. Succionaba con avidez y luchaba por meterse todo el seno a la boca, en tanto la cuarentona, que se llamaba Lourdes, le aprisionaba las chichis a Bolita.

Me serví una cuba doble y me la tomé de golpe. Me serví otra y me puse a observar. ¿Todos éramos unos perversos?

Qué divertido. Pero, ¿las máscaras son una perversión? Carlos era un profeta: las máscaras inundarán al mundo, borraremos la identidad.

Emocionado me fui hasta la bolsa de mi amigo, que ahora se cogía de a perrito a la momia, que ya no era momia sino una ratoncita.

Me sentí en una granja. Saqué tres máscaras.

Entré a la cocina donde estaban tiradas las otras; a Bolita nada más le quedaban los calzones y Lourdes la convencía de la comodidad de estar sin ellos. Yo arreglé el problema. A Bolita le puse una máscara de becerro y a Lourdes una de pata. Carlos entró con una máscara de águila. Extendió su mano peluda y me ofreció un cigarrillo de mariguana. Me llevé el toque a la boca y aspiré la yerba sagrada. Rolé el touch y lo fumaron las chavas, que de vez en cuando se quitaban la máscara para oxigenarse con mota.

El rock subió de volumen y las chicas me comenzaron a gritar: “¡Ponte la máscara de cerdo!”

Yo inmediatamente accedí. La pata Lourdes me pidió que la penetrara y comencé a gritar: ¡oinc, oinc, oinc! Y pensar que mis padres querían que me dedicara a la medicina.

Carlos y la ratoncita besaban a Bolita. Ella accedió a quitarse los calzones.

Yo penetraba a la pata, que hacía cuac, cuac, cuac.

Carlos comenzó a dar de vueltas por la cocina simulando el vuelo de un águila. Mientras, la ratona me ponía las tetas en la boca para que se las mamara. Me dieron ganas de morderlas, de destrozarlas.

—Te amo —le dije—. Oinc, oinc, oinc.

El rock nos excitaba más. Los cánticos eran bellos: cuac cuaracuacuac, iiii iiiiii, iiii iiiiii.

Cuando por fin le quitaron los calzones a Bolita, obligada a decir beeeeeee, beeeee, beeeeeeee, llamaron al cerdo para que le quitara la virginidad. El hecho de que fuera virgen me sacó de onda y le empecé a quitar las máscaras a todos. Nos miramos las caras y nos sentimos al descubierto, comenzamos a amarnos.

Le dije a Bolita: aflójate. Todas las miradas estaban puestas sobre Bolita.

Cuando comencé a penetrarla la cuarentona empezó a gritar:

—¡Bravo, puerco, bravo!

—¡Cállate! —le dije.

Bolita miró a la cuarentona como una niña. Lourdes la abrazó.

El águila y la ratoncita le besaban los pezones.

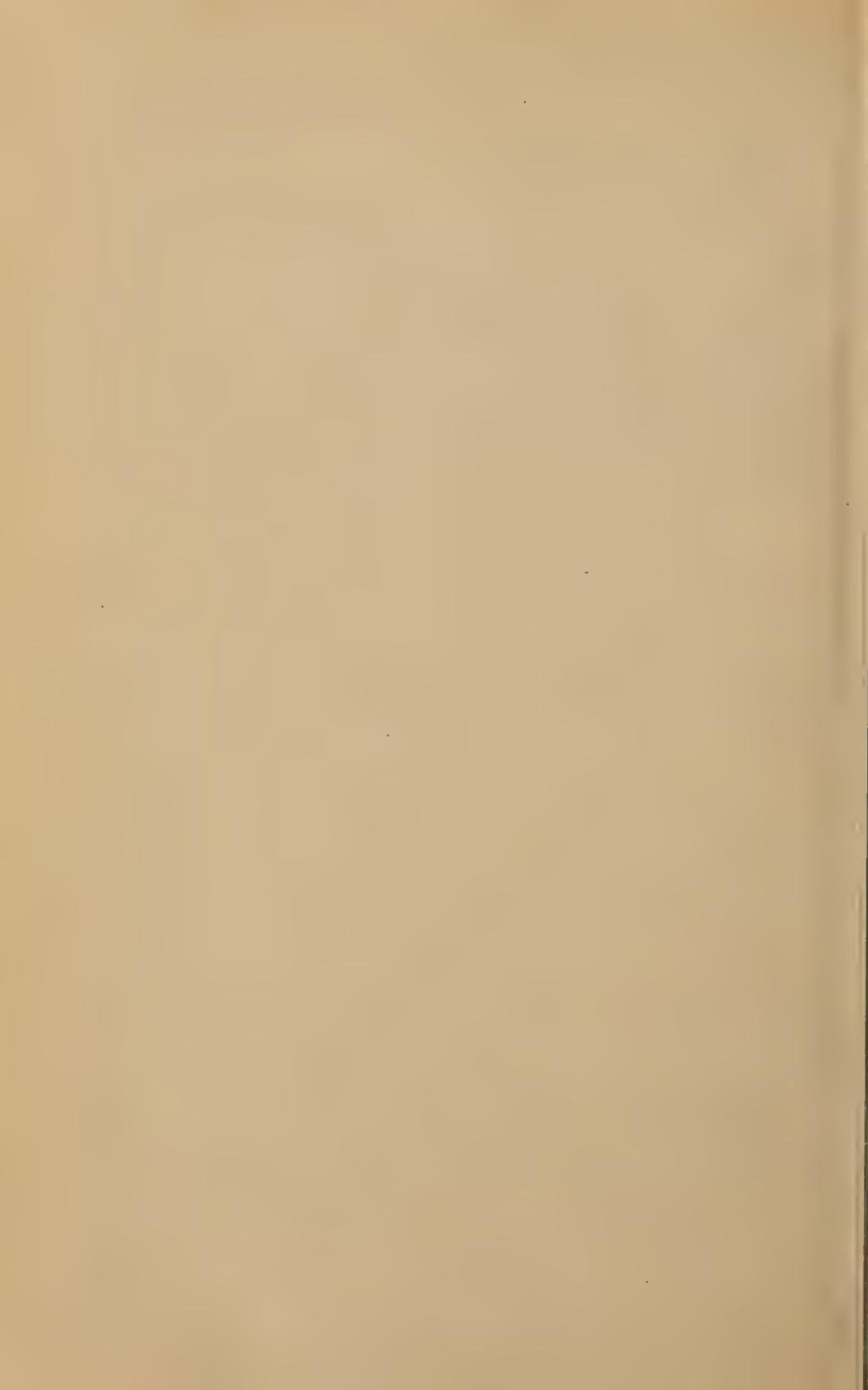
Antes de penetrarla ordené:

—Póngase cada quien su máscara.

Todos acataron mi orden.

—Ahora pensemos en Dios.

A lo lejos se escuchó el sonido de una locomotora.



Amor en el aire

DOS PARAJITOS fueron a juntarse con otros cinco que estaban posados sobre una antena de televisión. Pedro los observó apretando la respiración; cansado de jalar poleas para elevar el andamio se les quedó mirando como quien ve unas olas que no dan en qué pensar.

Tres gotas de sudor le chorrearon y diez ventanas lo esperaban para ser limpiadas; aseguró la cubeta con el agua y el jabón y empezó a descender entre el sol de las cuatro de la tarde.

Mirtha levantó la mesa, guardó el queso en el refrigerador y acompañó a Gustavo al cuarto; encendieron la televisión, en el canal siete había música clásica y la escucharon un rato.

—Oye me voy a leer a la sala —dijo Mirtha.

—¿Sigues con Rayuela? —preguntó Gustavo.

—Sí, ¿tú vas a dormirte un rato?

—Nada más una pestañita —le contestó al oído mientras le besaba el lóbulo de la oreja.

Mirtha fue por el libro, vio que el sol estaba atractivo y se fue a sentar junto a la ventana, se levantó la falda más o menos al borde del ombligo.

Pedro calculó la hora y se apuró a limpiar para llegar a la ventana de Mirtha. Desde hacía dos semanas la andaba calando. Su sorpresa se conjugó con el deseo y discretamente se entretuvo en el piso de arriba, logrando un ángulo desde donde pudo verle las piernas sin que ella lo cachara.

Mirtha pensó: Ah, ahí está ese cuate, ora sí le voy a hacer "show". Simulando estar dormida movió sus piernas aparentando un sueño perturbador.

Pedro se sintió tan emocionado que le costó trabajo concentrarse en el movimiento rítmico de las plumas. Al rato se dio cuenta de que estaba tan empecinado en la misma ventana que tuvo miedo de despertar sospechas. Se sentía celoso y le dio por pensar en el probable hombre que estuviera en ese noveno piso.

¿Y ahora qué hago?, pensó. Si me salto esa ventana se van a quejar, y si la despierto con el ruido a la mejor se espanta y me meto en alguna bronca, además de que se acaba la diversión.

La decisión que le pareció mejor fue la de tomarse un descansito a la altura de la ventana de Mirtha, calculando no despertarla, tomó la precaución de tener listo el limpiador para que en el momento en que alguien apareciera con los ojos abiertos del otro lado, pudiera echar bastante jabón para opacar su imagen y hacer mejor el papel de occiso.

Mirtha abrió los ojos lo menos que pudo y, entre la reja que le producían las pestañas, se rió para adentro al ver las intenciones del hombre y pensó:

Igualito que Gustavo, nada más me acuerdo de lo que me contaron que hizo en la casa de Maggi y me da más coraje.

Oyó un ruido en la ventana y volvió a concentrarse en el espectáculo que estaba dando. Dio vuelta sobre sí misma y el sol le cayó junto con la mirada de Pedro sobre las nalgas; se arrastró por la alfombra tallando su montecito, las pantaletas se le untaron más, la tela de éstas se metió entre los glúteos y le cosquilleraron la piel, su mano izquierda se topó con el libro. Híjole, si Cortázar viera cómo lo uso, pensó.

Pedro trata de parpadear lo menos posible, le parece tan buena la escena que se lleva una mano a la bragueta, se talla y le da coraje estar "tan lejos" de Mirtha. Ella a su vez empieza a moverse sobre la alfombra con una cadencia pequeña; siente un escalofrío que como una idea le recorre la columna vertebral penetrando el cráneo. Este ordena el movimiento de un brazo y se alcanza a acariciar las nalgas, mira hacia arriba vigilando el cuarto de Gustavo.

Pedro pone en duda el sueño de Mirtha y se agarra con coraje todo el manojito de carne. Ella pone más difícil la si-

tuación al meter la mano abajo de la entrada del agujerito trasero, lo percibe tenso y busca con una mejilla el calor de la alfombra para relajar a gusto los músculos de todo el cuerpo.

Con el manajo creciente en la mano Pedro piensa:

—Esta no está dormida, se anda haciendo güaje, ay macacita te voy a venir a limpiar las ventanas todos los días.

Gustavo se siente amodorrado por el calor, despierta mirando el techo, se queda inmóvil por un momento, sin hacer ruido va hacia la cocina a buscar agua de limón; antes de salir ve de reojo la figura de Pedro, voltea de inmediato a ver a Mirtha y se percata del movimiento extraño.

Ella, boca arriba, abre las piernas ya sin pensar en disimulos, se acaricia con más rapidez, busca la orilla del calzón y la hace a un lado descubriendo una boquita entre morada y rosa que parece murmurar un poema de Neruda.

Gustavo piensa en gritarle, pero la curiosidad le hace esperar hasta dónde llegarán los escrúpulos de su pareja. Entre la suciedad del vidrio mira cómo el afanador se saca un cilindro carnosos y piensa:

Este imbécil se va a caer, ojalá, por cabrón.

Pero Gustavo también quiere participar, siente un apretoncito en la sangre del sur y se le comienza a parar, se agarra con suavidad para ayudar a elevársela.

Los bocinazos de la calle aumentan porque a un chofer se le ocurrió dejar pasar a una viejecita, que con un bastón trata de controlar el tránsito. Pedro mira hacia abajo sintiendo un mareo, no puede dejar de jalar la piel hacia adelante y atrás. Luego vuelve los ojos húmedos hacia una antena y escucha los pajaritos que hay sobre ésta.

Mirtha no se conforma con usar un solo dedo y se interna otro, mientras que con la palma aprieta el botoncito del clítoris.

Gustavo usa sus dedos para bajarse el cierre sin hacer ruido y extrae una masa endurecida, la agita con violencia hasta alcanzar una desproporción en el cuerpo.

Pedro mueve las caderas sobre el andamio, la cubeta suelta un líquido espumoso que viaja hasta el suelo cayen-

do frío sobre la acera que en ese momento está muy transitada. Un viejo pelón siente unas gotas, mira hacia arriba y maldice sin interrumpir su camino.

Mirtha empieza a sentir la inminencia del orgasmo; esto la lleva a gemir lo menos que puede, pues no es totalmente inconsciente de la gravedad del asunto. Gustavo a su vez usa las dos manos para aumentar el cosquilleo y piensa que va a dejar caer unas gotas. Pedro se pone saliva en la mano derecha y siente mayor suavidad. Mirtha, en un gemido apretado, suelta la sangre interna y siente un orgasmo largo que le hace morderse un labio, hiriéndolo.

En ese mismo momento Gustavo avienta una gota pesada que se estampa en el papel tapiz y otra parte del líquido cae en la alfombra provocando un ruido seco. Entonces Pedro agita más la mano y gira su cabeza, de tal manera que pierde la noción del espacio, suelta una primera descarga y a la segunda se suelta una polea haciendo vertical el asiento. El cuerpo de Pedro va al vacío mientras que las otras gotas que le quedan son expulsadas cayendo sobre el capicete rojo de un Ford que está esperando la señal de siga.

El hombro izquierdo de Alejandro

TODO SE INICIÓ en el hombro izquierdo de Alejandro con la frase escrita por él mismo: “Carlos, ¿por qué me abandonaste?”

El cuerpo tendido y taciturno se encontró en uno de esos hoteles que parecen existir sólo de noche.

El hombro de Alejandro estaba manchado de pringas de sangre. La boca y la cara destrozadas. Todos sabían que se había suicidado.

Yo presencié la terrible escena al acompañar a un familiar de Alejandro al hotel. Había periodistas por todas partes. Alejandro tenía dinero.

La frase estaba ahí, tatuada por él mismo. Todos la desciframos al mismo tiempo: homosexualidad.

Lo indescifrable para mí era el estilo del mensaje. ¿Cómo un hombre que sabe que va a morir en unos minutos se atreve a escribirse en el hombro izquierdo un anhelo y un abismo a la vez?

Además, también estaba ahí la grabadora: Alejandro la llevó para posesionarse en la nostalgia. Adentro de la grabadora estaba el caset que Carlos le había grabado. Un caset desnudo. Tanta música adentro de una cinta era una metáfora de lo que Carlos y Alejandro hablaban cuando se iban algún jueves por la mañana a Chapultepec, donde buscaban alguna sombra para siquiera poder tocarse las manos.

Carlos deslizaba su mano arrítmica, velluda e incitante por la pierna izquierda de Alejandro hasta que, al sentirle un güevo acorazado por el pantalón, retiraba la mano para aumentar el deseo, utilizando el tiempo como un terrible y macerante animal que detuviera el goce.

Parece que Carlos disfrutaba de la red que le tendía a Alejandro, lo excitaba y le chupaba los pezones hasta clamar la penetración.

Por eso el letrero en el hombro: "Carlos; ¿por qué me abandonaste?", escrito sobre la piel con una pluma atómica. De seguro Carlos llora por esa metáfora. Ayer lo vi, no me atreví a comentarle: "Alejandro se inscribió el epitafio con una atómica." Aunque por momentos tuve deseos. Habían pasado tres días de la inhumación de Alejandro y Carlos había llorado mucho, ya para el tercer día surgieron ciertas bromas e impulsos de vida como burbujas en el agua.

Pobre Carlos, pobre Alejandro, pobre de mí.

Algún día habíamos hablado de quién moriría primero. Siento duelo y a la vez una sensación de triunfo que me obliga a sentir culpa. Buscar las razones de las interrogaciones del hombro de Alejandro. Decir que todos fueron lugares comunes: el hotel de paso, el tiro en la boca, la homosexualidad de un rico.

Es difícil hablar de una historia cuando se ha empezado por el final: "Alejandro se suicidó". Pero, ahora que es el cuarto día de duelo, no quiero merecer la culpa. Podría haber comenzado con ellos y dejar para el final: se suicidó. Pero me molestan las noticias con morbosidad.

Así se lo comuniqué a Carlos por teléfono:

—Bueno, Carlos, quiero verte.

Nos vimos en un parque.

—¿Sabes? Alejandro se suicidó y te dejó una nota en el hombro; —le dije sin más preámbulo. Quizá fui muy brusco, pero me parecía más morboso ir diciéndolo con calma. Ahora lo platico como una historia sin final sorpresivo, una magia ya vista o una tumba ya visitada.

Cuando fuimos a un rancho de Valle de Bravo yo iba con una amiga. Encontramos un agujero en un pasillo por el que se podía mirar la cama de Alejandro y Carlos. Ese agujero también era un lugar común, pero estaba ahí para darnos cuenta de que en la más brusca de las excitaciones, y los dos con las vergas bien paradas, como si fuesen mástiles abrazados en el mar, se confundían hasta que Carlos le pi-

dió por primera vez a Alejandro que se la metiera. Alejandro sabía que Carlos era virgen.

Hasta mi amiga y yo nos pusimos contentos y nos empujábamos para espiar por el agujero. De pronto Carlos gritó, mi amiga era la que espiaba en ese momento y a mí no me dieron ganas de empujarla para hacerlo. Me conformé con el grito de Carlos, un alarido sexual, un chillido de expiación, bruscos y marineros, navegándose entre los vellos del pecho de los dos, amarrados, unidos, con las vergas y las redes. Perdiéndose uno en el otro hasta que la cuerda se resgó demasiado y uno murió ahogado.

Cuando pase el duelo le comentaré a Carlos que "el pez por la boca muere". Quizá no le haga daño a Alejandro, pero sí a Carlos. Carlos, ¿por qué lo abandonaste?



19 de septiembre de 1985

PINCHE FLACO, CARAY; cuando le digo Flaco lo siento más cercano: el Flaco. Ay sí, tú, el Flaco, así, hablando como puto. Igual de puto que todos los del club.

Carajo, pinche Elena. No cabe duda, todas son unos monstruos, úteros con órganos, pelos largos e ideas cortas (lugares comunes que las atacan); no cabe duda, son monstruos.

No es que su calidad de castradas las haga monstruos, no, es algo más allá de sus deberes, algo más esencial, algo que está ya como penetrado e instalado cerca del hipotálamo.

¿Pero ella fue la culpable de todo? No, yo soy el pendejo, el personaje central de un drama, una historia de miedo. Ni siquiera el adornarla con tantos adjetivos calificativos la hace menos terrífica de lo que se espera. Ni el que yo me maldiga tantas veces, ni eso ni la condición de lo maldito pueden aligerar mi culpa.

Vaya triángulo: el Flaco, Elenita y yo. ¿Yooo?, ¿por qué tiene que existir el YO?, ¿por qué tengo que estar en un triángulo?

Elenita me dijo: “Mi marido va a estar en Houston, en el Club de Backgammon ACA y no hay problema, yo tengo las llaves del departamento de la Nena.”

—¿Cuál Nena?

—La que vive en las Lomas.

Pinche Elena, vivir en una colonia de burgueses la hizo crecer alta, rubia, de ojos brillantes. Alimentada con gerber y proteinados para tener unos senos estupendos y caderas monumentales. Corn Flakes para el desayuno, viajes constantes a Disneylandia, infancia en escuelas Montessori, los padres egresados de Cambridge.

Elena no es mala, es su condición. Se empapó de conceptos feministas aislados y le confirmaron la idea de que la virginidad es un estorbo. De que el matrimonio es la tumba del amor.

Pero con todo y eso se casó con el Flaco, a mí me había dejado por causa de mi alcoholismo. Su papá estaba harto de mi presencia en su casa, de que me bebiera las canastas que recibía de los barberos del gobierno: vodka, ron importado, licor de damiana y hasta champagne.

Elena se encargaba de robarlas y yo de vaciarlas, ella me acompañaba, es más, la relación no funcionaba si no era con tres vodkas. Estábamos en plena caída —la decadencia de los burgueses—, ni siquiera en medio de una escenografía monárquica, sino como teporochos en las alfombras de las Lomas.

Y, carajo, vaya que odiaba; yo le decía a Elena:

—Mira, yo habré nacido en el Pedregal, pero estudié en escuelas de gobierno. Y tus pinches amiguitos de las Lomas me parecen una mierda.

Por eso no estábamos con nadie, nos habíamos aislado; ella también se ponía revolucionaria y se aislaba conmigo, a hacer la lucha de clases en algún departamento prestado en la colonia Del valle, escuchando diez veces un disco de Pablo Milanés, esperando nuestro lugar en las filas, apoyando la revolución sexual en la cama, escupiendo en la alfombra sin ningún temor, admirando una foto del Che que aspira el humo de un puro.

Y mientras Elena, separándose de mi sapiencia, dejándome beber lo que quisiera, salvándose, aislándose de nuestros deberes con el universo.

Por eso me quedé solo, arreglando la mecánica celestial: SOLO. ¿Y qué fue de Elena?: se fue a vivir unos meses a Los Angeles y conoció al Flaco. Y se amaron y se casaron los muy pendejos, para odiarse, pelearse. Ah, pero es que el Flaco no bebe como yo, no, él se controla y hasta se hizo amigo del papá de Elena, se cayeron simpáticos. El Flaco tiene su cadena de tiendas de ropa trabajando y se la pasa en torneos de backgammon.

Por eso Elena se empezó a sentir sola, ya habían cumplido con el rito; qué linda ha de haber estado la boda, mientras, yo, bebiendo, escuchando canciones de Julio Jaramillo, agarrando valor de la pobreza del mexicano, me ponía bien pedo a ver películas de Pedro Infante por la televisión, a sentirme como los de abajo, con finales desgraciados. Me iba a beber a las peores pulcatas, olvidándola, abandonándola en el pasado. Sus amigas me decían:

—Mira, Fernando, me enteré que el Flaco le pega a Elena.

—Qué bueno, qué bueno. Se lo merece —así pensaba y seguía bebiendo. Hasta que un día llegó el llamado de Elena.

—¿Bueno?

—Bueno.

—¿Quién habla?

—¿No sabes?

Empecé a deducir que era Elena, el monstruo se aproximaba con su pecho aterrador, venía a querer darme comida para que le diera algo de su pasado. Quería volver a creer que estaba enamorada. El Flaco estaba ocupado, obsesionado por el dinero y Elena necesitaba un poco de aventura y acudía a mí.

—Eres Elena.

—¿Cómo supiste?

—Tu voz es inconfundible.

Con eso sintió confianza y me aduló, me hizo acomodarme en mi cama acariciando la extensión telefónica, recordándose lo maravilloso que yo era para hacer el amor. Haciéndome sentir mi espejo demasiado grande para dejarla entrar de nuevo a mi vida.

Y aunque esto significaba mi probable destrucción lo haría, lo hice. La recuerdo, claramente la veo, con sus ligeros, apostados guerrilleramente en algún motel de la carretera a Cuernavaca, oyendo un caset de Silvio Rodríguez y ahora robándonos el champagne del Flaco. Nos poníamos hasta la madre y bailábamos encuerados, luego nos echábamos el vino en la cara con un porrón que el Flaco había comprado en España.

Siempre que me acostaba con la mujer de otro pensaba

que yo era el otro y me sentía engañado por mi propia amante. Cierto que yo también engañaba a muchas, pero yo era machito, y en México eso es una ventaja.

Ahora las cosas estaban cambiando, ellas estaban soltando el veneno de la infidelidad. Pobre Flaco, a lo mejor hasta pudimos haber sido cuates, pero no, imposible, él pro-yanki y yo no, por eso cuando me acostaba con Elena me sentía doblemente revolucionario.

Sin darme cuenta Elena me estaba rodeando de nuevo, estaba haciendo que escribiera menos y tomara más y, luego, la fatalidad.

—Fernando, la Nena, la de las Lomas, nos presta uno de los departamentos de su papá en la colonia Roma, ¿cuando nos vemos? —me preguntó Elena.

—El miércoles —dije.

—El Flaco se fue y hasta puedo quedarme a dormir contigo.

—Bésame Elena, creo que te quiero más y más.

Lo hizo sin remordimientos.

—Entonces ¿cuándo? —volvió a preguntar.

—Para el miércoles 18 de septiembre.

Como siempre, nos pusimos hasta la madre y caímos rendidos a eso de las cinco de la mañana. De vez en cuando me paraba a beber directamente de una botella de Cointreau para no cortar la peda y evitar la cruda. Cuando empinaba la botella, la figura de Elena desnuda me llamó la atención, estaba casi totalmente destapada, las piernas semiabiertas dejaban notar gotitas de semen sobre sus pelos, parecían un rocío matutino, o al menos así lo percibía con el licor.

Me puse a mirar el cuarto cuando, de pronto, sentí un mareo, ví que no cesaba y descubrí la lámpara moviéndose con fuerza; desperté a Elena y se asustó.

—Está temblando —le dije.

—Vámonos para afuera —y salió corriendo.

Sentí un golpe en la cabeza y caí en una completa oscuridad. Al rato desperté y sólo alcanzaba a ver un haz de luz que entraba por el techo roto.

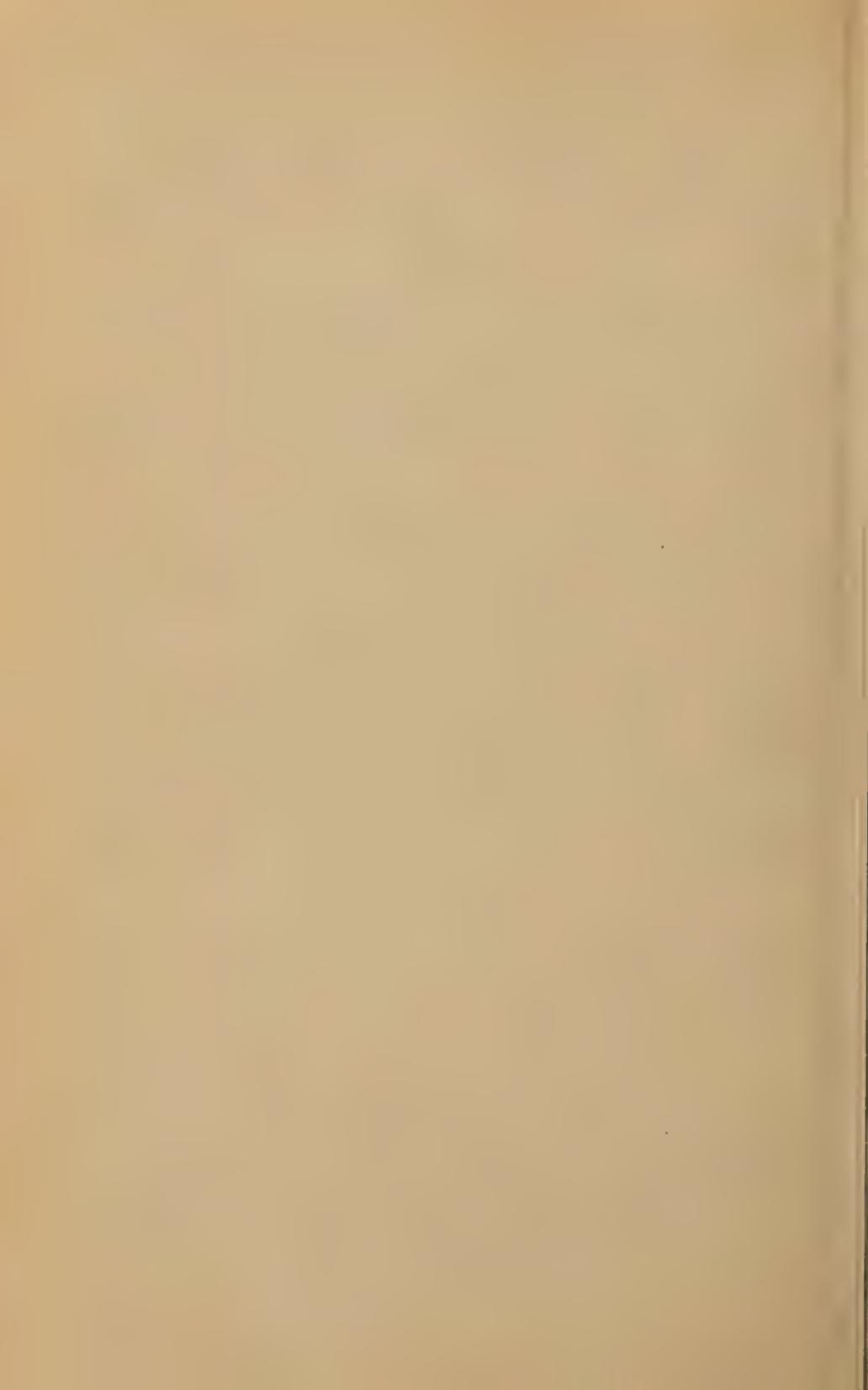
Bajaron por mí unos hombres, escuchaba los picos y las palas, venían con tapabocas, había muertos y polvo. Des-

pués de que quitaron unas piedras que me aprisionaban salí como pude al exterior y, oh, sorpresa, ahí estaba el Flaco. La Nena tuvo que declarar que su amiguita estaba en su departamento de la colonia Roma y el Flaco, preocupado, vino a salvarla. Y que se encuentra conmigo. La Nena no le había dicho nada, quizá hasta rezó para que yo hubiera quedado sepultado, Elena apareciera sola sin cargos de adúltera, y yo para la fosa común.

Pero no, ahí estaba yo, el Flaco atónito, entre el llanto y el odio. Se abalanzó sobre mí y lo agarraron sus cuates, me tumbé sobre una camilla y comencé a gritar; sólo un loco podía agredir a un damnificado como yo.

Me acostaron a un lado y siguieron buscando, había gritos y llantos por todos lados, ¿qué había pasado?, ¿estaba explotando el mundo?

De pronto escuché el grito del Flaco, me paré corriendo, no sabía si gritaba de gusto o de dolor. Ahí estaba el cuerpo de Elena, lleno de moretones, con la cabeza casi suelta del tronco, desnuda, muerta. Como pude me acerqué a la escena: el Flaco arrodillado, gimiendo junto al cuerpo. Mientras traían una sábana para cubrirla alcancé a mirar los pelos de su pubis, mi semen y el polvo habían dejado una mancha de lodo en su entrepierna. Me di la media vuelta, olvidé la camilla y me fui con una sábana amarrada para taparme los genitales, miré hacia el cielo y vi que el sol estaba radiante.



Helicópteros

—¿ESCRIBIR? ¿PARA QUÉ? Mejor me doy unos *poppers* y estallo en este mismo momento —pensó Roberto.

Agustín le había conseguido los *poppers*, una droga líquida inhalable, que según él es como ir a 160 kilómetros por hora en el periférico. No sabes en qué momento puedes chocar.

—¿Escribir? —se volvió a preguntar—, son sólo montones de palabras. ¿Sirven de algo? Mejor pensar en Pamela, ufffff, qué pechos. No, no, no, debo escribir, ser alguien, con pensar en Pamela acabaré masturbándome y no haré nada, necesito escribir, pero ¿de qué?

Roberto agarra los *poppers* y se da otro pericazo, viaja a 180 kilómetros por hora, siente una taquicardia intensa, el corazón puede volcarse en una cueva y morir. Quiere detener el carro pero es imposible, siente el infarto cardiaco inminente, pero se aferra a la música que escucha, baja los alerones de su nave y aterriza.

—Aaaahhhhhh —dice complacido Roberto—, la era de las drogas, no es necesario sufrir.

Anda contento porque Leopardo le conectó lo suficiente para diez cigarrillos de mariguana.

Aaaahhhhhh —vuelve a decir.

Va hacia la ventana, toma un cigarro de mota y lo enciende; ve pasar el helicóptero presidencial. Entre el humo de la yerba alcanza a ver otro aparato de la policía que comanda la operación. El estruendo de las máquinas, más que insoportable, le parece interesante; siente la guerra a su alrededor, sin bombas, como quien disfruta de un aguacero sin mojarse.

Con el cigarro de mota encendido se tira sobre la cama; en eso suena el teléfono, es Mike, que está a una calle de ahí.

—Vente para acá, Mike.

Mike llega con Lupe, Brenda y tres caguamas.

—Te traigo un caso psicoanalítico —dice Mike—. Lupe tiene un problema.

Roberto mira a Lupe como idiota: es la primera vez que la ve en su vida y tiene que poner cara de idiota. Lupe, al ver la cara de idiota de Roberto, interviene diciendo:

—Espérate Mike, luego le platicas.

Brenda miraba una reproducción de Miró en la pared. Todos sabíamos que Brenda era travesti; a veces también me consultaba para saber si se castraba, o no.

Brenda tenía unos pechos de cera bien delineados, exquisitos, pero yo no deseaba tocarlos, sólo verlos asomándose por entre un escote que llegaba hasta el ombligo. En realidad Brenda era una hembra, el único problema para mí era que tenía pene, pero era más comprensiva que muchas mujeres.

Mike, Roberto y Lupe ya se estaban poniendo borrachos, empinaban las cervezas convencidos de que no llegaremos al año 2000. Seguí su ejemplo llevándome una chela a la boca. En eso se escucharon los helicópteros, eran tres. Tuve una alucinación: pensé que seríamos bombardeados por fumar mota, oler *poppers* y embriagarnos. Creí por un momento que el departamento de Roberto sería alcanzado por un proyectil lanzado desde una de las naves de la policía.

Entre el estruendo les dije “hola”.

—Hola —contestó Roberto apesadumbrado.

Pobre Roberto, en esas circunstancias ambientales, donde los helicópteros entran y salen de la capa de smog todos éramos “pobres de espíritu”, muchos hippies se habían suicidado, John Lennon murió pobre, nadie lo escuchó.

Los helicópteros se alejaron, en el horizonte trazaron una curva dispareja.

—¿Conocías a Lupe? —preguntó Mike con un cigarro de mota en la mano derecha.

—No —contesté, mientras veía cómo Roberto se impacientaba porque Mike no le pasaba el toque.

—Ya, ya, róvalo —dijo Roberto impaciente.

—Precisamente por eso te venimos a ver —dice Mike, mientras le rola el churro a Roberto.

—¿Por qué? —dice Roberto.

—Lupe trae una bronca muy gruesa, una bronca existencial, siente que sólo la van a visitar sus cuates cuando tiene mota.

—¿Y cuál es el problema? —dice Roberto.

—¿Cómo que cuál? —interviene Lupe hecha una fiera—, esos hijos de su pinche madre nada más me buscan cuando quieren droga, ¡carajo!

—Es que eres dadora de vida —contesta Roberto, que tiene idealizada la mota.

—¿Dadora de vida? ¡Su pinche madre! —dice Lupe.

—Las relaciones de los alcohólicos están dadas por el alcohol, igual con la yerba. Date de santos que no le metes a la heroína, ahí ya hasta te hubieran acuchillado —dice Roberto.

Brenda le sube a la música, como ya traemos dos tres chelas encima nos ponemos contentos, borrachos, dulces y eufóricos. Brenda pone una canción de José José; como los que estamos ahí somos intelectuales desclasados nos extraña estar sin rock o, en su defecto, salsa.

Pero a mí me gusta José José y ya siento las cervezas en la cabeza, veo cómo se desenvuelve Brenda, nos mira de frente con sus tetas maquilladas, se tira sobre la alfombra y finge ser poseída por un hombre. Quizá por José José.

En eso tocan a la puerta. Es Marcela, una prostituta fina, una call-girl que conocí en Plaza Universidad. Marcela tiene tres amantes: un brasileño, un peruano y yo.

Cuando uno de ellos viene yo me salgo de la jugada, no me importa hacerlo porque ellos saben de mí y me respetan.

Marcela viene hecha un cuero. Cuando entra le grito “¡de a pinolillo, mamacita!” Como es desmadrosa y agarra la onda me abraza, inmediatamente me pongo servicial y le doy un churro de mota bastante grueso, como los que usaba Bob Marley.

Cariñoso, le digo: “¿te gusta, nena?” Así, así, llégale al churro, aguanta bien el humo, capea tus pulmones del azúcar de la yerba santa, la única que nos libra de todos los males. En eso se escucha el helicóptero, es el del presidente, andan apañando campos de mariguana y amapola; no creo que por unos cigarros caigamos a la cárcel, pero recuerdo la frase de las olimpiadas de 1968: “Todo es posible en la paz.”

No me hago la vida pesada, mejor disfruto la cara de felicidad de Lupe que está fumando mota sin parar.

—Ufff —dice—. Se me están ocurriendo unas ideas bien chingonas.

—Sí —dice Roberto—, nada más no nos las platiques. Mejor tómate otra cerveza, a mí se me está ocurriendo una idea mejor.

—¿Cuál? —le pregunto a Roberto, que ya está en el alucine.

—Ahora que veo a Marcela quiero ser dueño del tiempo y el espacio —Roberto se para y le agarra una nalga.

—Orale, órale —digo.

A lo que Marcela en actitud inteligente dice:

—Ya ya, me acuesto con los dos, ¿ven qué fácil?

Le doy la mano a Roberto en señal de amistad y digo:

—¡Compadres de leche! —gritamos y nos abrazamos.

—Deseo ser el primero, no me gusta mover atole —aclaro.

—Yo primero —dice Roberto, y le agarra una teta a Marcela.

Lo empujo y le digo:

—Ya estás pedo.

Se calma inmediatamente y se va sobre Brenda, que sigue bailando; ahora se ha quitado el chichero y mueve el busto al aire. Me pregunto si sentirá igual en los pezones con tanta cera adentro.

Roberto se le acerca y le empieza a mamar uno.

—Oye Roberto —le grito—, ¡qué chingón escribes!

Mis palabras surten un efecto mágico. Roberto pone cara de angustia, lo noto en su boca en una línea por la comisura de los labios. Me toma de los hombros y me dice:

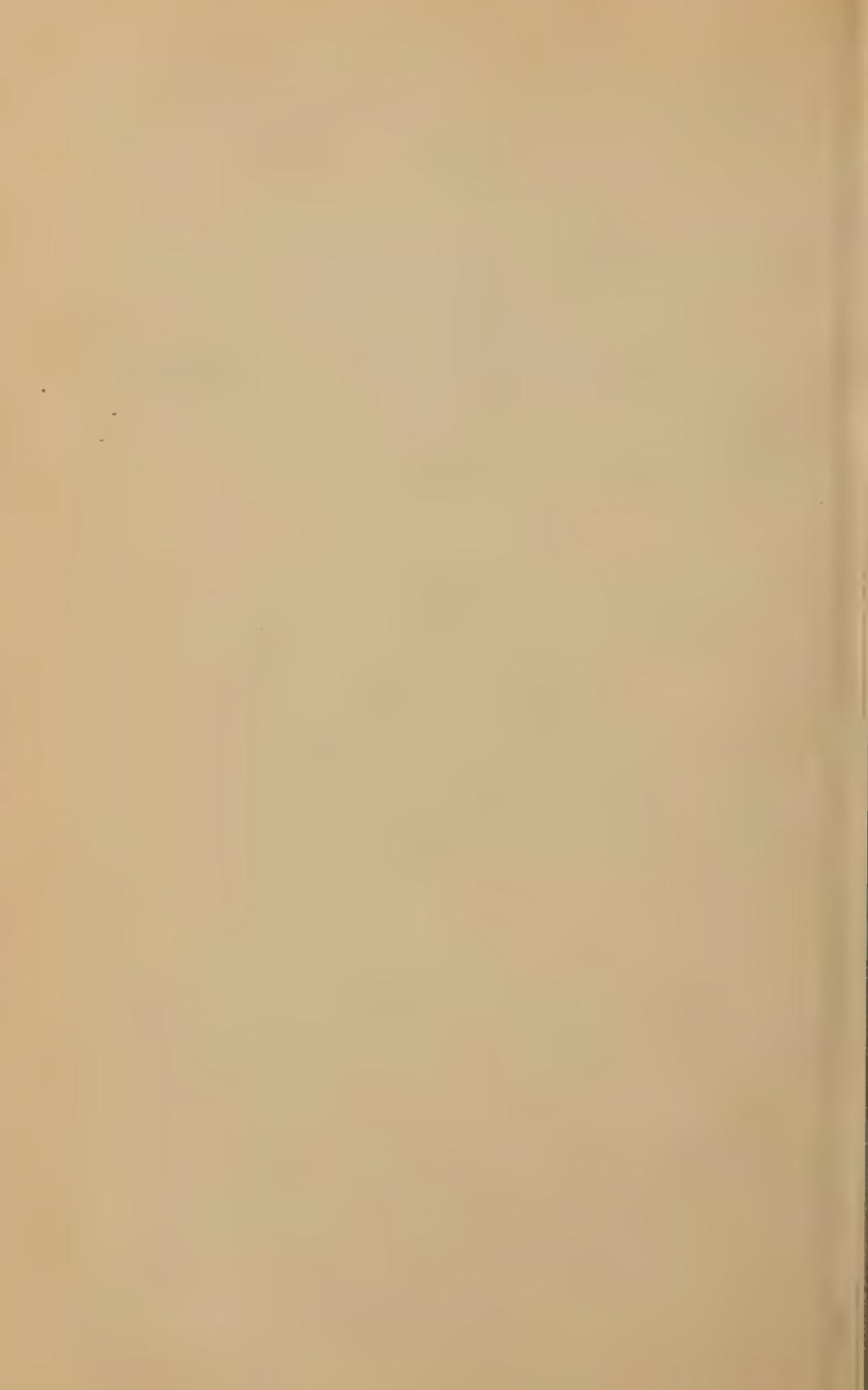
—Es cierto, tengo que escribir.

—¿Para qué? —le digo, señalándole la ventana.

Se escucha el estruendo de varios helicópteros.

Roberto, desesperado y ebrió se da un llegue de *popers*, se siente a 200 kilómetros por hora, el efecto aumenta por el tronido de los motores. Asustado, se lanza por la ventana como disparado por un cañón.

Lupe se da cuenta y grita horrorizada. Mike y yo nos vemos las caras, incrédulos. Mientras corremos hasta la ventana el cuerpo de Roberto yace boca abajo en el toldo de un Ford Topaz y patalea desangrándose; la cadera se ve sinuosa como si copulara con el auto. Brenda, con las tetas al aire, mira la escena petrificada, mientras de otro edificio unos chavos banda que se están chemeando le gritan: ¡Te las mamo, mamacita! Los helicópteros se alejan.



El mulato

ME CONOCÍ hace aproximadamente, quince años, cuando mi madre formaba un caracol con sus manos y me gritaba para que fuera a comer.

Nunca tuve celos del mar, nunca tuve temor de las medusas y siempre huí de las mujeres. Pero ahora que descanso sobre esta roca no sé cómo pude ser capaz de desanudar la pasión de tal manera.

Cuando me presentaron a Lucía en un cabaret de Acapulco yo era una trenza de nervios. Adolfo, que es el que más suerte tiene con las mujeres, fue el causante de todo. Quizá no tenga nada que ver en esto, pues en una forma u otra el caracol de las manos de mi madre y mi alma me gritaban por las noches y soñaba con esposas, grilletes y calabozos.

Entre copa y copa apreté mi deseo de conocer más a la hija de la dueña. Lucía es un ser en cuyas arterias parece haber más hienas que sangre. Tiene la habilidad de subir y bajar con risa por las paredes de mi cuerpo sin temor a caer.

Lucía era virgen, digo era, pues luego de conocerme caímos en un vórtice parecido al del ruido del mar en un caracol.

Cuando mi padre supo de Lucía, puso cara de que algo tremendo iba a suceder. Yo no le quise creer a su mirada, yo sólo creía en los brazos de ella, en su condición de virgen y en mi pedazo de carne, que era convertido por su lengua marítima en una caña que parecía conocer el secreto de todas las nostalgias atrapadas en los cabarets del puerto.

Siempre me aterró que Lucía tuviera que atender el negocio de la madre; estaba seguro que tarde o temprano cae-

ría en la misma prostitución en la que estaban enredadas todas, y creo que era peor cuando mi madre me venía con sus constantes lloriqueos de que sólo estaba unida a mi padre por que sus mejores años se le habían escapado por el puritanismo de mi abuelo. No quiero volver a pensar que mi madre también es una mujer interesada por el dinero y la seguridad, ni tampoco quiero volver a la conclusión de que esta es una especie de prostitución peor que la declarada.

Cuando ya estaba con los grilletes puestos en la cueva mucosa de Lucía, fue cuando empezó el desenlace. Una tarde en la que estábamos con los ojos puestos en el horizonte, descubrí que la tocaba en forma extraña con mi mano, estaba seguro de que mi mano no era la mía, sino la del mulato que era el cliente favorito del cabaret; la retiré asustado por la sensación y le dije a Lucía que saliera inmediatamente de ese lugar; no me hizo caso y poniendo su cuerpo paralelo al mío y más cerca que nunca, olvidé el suceso. Pasó tiempo antes de que volviera a aparecer la idea de que mi mano era más morena y más musculosa; entonces la insulté, le dije que porqué se había acostado con él y se me quedó viendo como quien encuentra un gusano, me preguntó si estaba seguro de lo que decía. Como no lo estaba, tuve que tragarme todo. Esa misma noche soñé con ese hombre, se me apareció en medio de las palmeras mostrándome la dentadura que se carcajeaba de mi miedo; sus piernas, que ya eran conocidas por mí, eran como unos pilares de una especie de mármol negro en las que estaban unas venas parecidas a las de un caballo y con un cuchillo en la mano se me acercaba. Al despertar supe que debía dejar a Lucía.

Al otro día nos vimos en un bar y le dije que me quería casar con ella, pero debía dejar ese trabajo; me dijo que era yo un tonto, un paranoico y que no teníamos cómo sostenernos económicamente, que mejor confiara en ella y hablara con el mulato para quitarme las dudas. Le dije que yo no era ningún imbécil; en caso de que me estuviera engañando él lo negaría para seguir con la farsa.

Una vez la encontré bailando en el cabaret con él. Estaba dispuesto a golpearlo, pero medí mis fuerzas y pensé que

sería una estupidez, por lo que preferí calmarme. Desde entonces, cada vez que íbamos a hacer el amor, me encontraba con la idea de que mi cuerpo no era el mío, sino el de él. Un día me concentré tanto en esa idea que hasta estaba en la posición que ellos preferían hacer a mis espaldas, tuve un orgasmo maravilloso, estaba en un delirio que se conjugaba con los peores celos y el placer; me dispuse a seguir haciéndolo de esa manera, pues de estar celoso sin goce a encontrar gusto a mi imaginación era mejor lo segundo, pero esto no me libraba del dolor al ver las expresiones que ella mostraba en mis acometidas.

Un día en que estaba cansado la empecé a besar con flojera, y entonces noté cómo mi cansancio cesó cuando comencé de nuevo a cambiar mi cuerpo por el del mulato, pues sabía que él le daba más placer que yo. Nunca le dije lo que sucedía conmigo, tenía miedo, miedo de que me tomara por un perverso o que se lo dijera al mulato, y se burlaran de mí o de que hasta llegaran a hacer lo que quizá nunca habían hecho.

El dolor y el amor se fueron haciendo uno; cuando ella gritaba más y más por el placer de mi metamorfosis, los sueños de que él llegaría a matarme por completo, se volvieron cada vez más frecuentes. Fue entonces cuando decidí ir a buscar con las curanderas del lugar un veneno. No sería nada difícil vaciarlo en su copa y como él nada sabía de mis delirios me dirigí al cabaret.

Me colé entre las luces verdes y rojas y cuando ella apareció con su sonrisa hipócrita le dije que me presentara al mulato, que posiblemente al conocerlo me curaría de mis celos. Con un cinismo que se encajó en mi espíritu me dijo que estaba de acuerdo.

Nos sentamos los tres en una mesa y ella se acurrucó en mi pecho sin importarle la actitud del tipo. Por odio, la sangre se me iba a los pies y para calmarme bebí más de lo acostumbrado; fue cuando apreté en mi puño el frasco de veneno ya listo para actuar. La besé con pasión y coraje; entonces la lengua del mulato tomó el cuerpo de la mía, sus manos buscaron mi cuello moreno y la miré como la mira-

ría él en la excitación. Cuando ella se descuidó y él sacó a bailar a una de las mujeres del lugar, vacié completo el frasco. Terminamos de beber y ya con la garganta hecha un manojo por el llanto atrapado le grité: ¡puta!, y me largué del lugar.

De pie en esta roca, que está entre las estrellas y el agua salada, siento dolor en los músculos causado por la pócima, carcajeándome por al fin haberlo aniquilado, y una oleada de sangre me cae en el cerebro que se nubla y alcanza a escuchar la voz de mi madre que me dice que la comida está lista y yo le contesto con espuma tóxica en la boca, que no, que no podré ir.

Triángulo con ángulos iguales

ES UN TRIÁNGULO TÍPICO pero con ciertas modalidades: la flagrante historia de la Nena Corcuera, el Gato Braniff y el minúsculo individuo que entre ellos y el mar se halló a sí mismo y se encontró por su propia tenaza.

Luis Braniff sabía que a ella la rompían las docenas de rosas y el queso alemán enlatado.

Se vieron por primera vez en un lugar común: la banqueta que daba al frente de la catedral de Jalapa. Todo el rostro de ella tenía los gestos propios del odio a usar velo en misa.

El Gato, como le apodaban los amigos, tenía el primer lugar de rechine de llantas y era admirado por sus ojos lobunos. Conocía la forma para que una mirada le mojara las pantaletas a las niñas de la *high*. Se les babeaba el sapo y él se pellizcaba la bragueta amezclillada y reía con la garganta atrapada por el ron antillano que le robaba a papá.

Virgilio siempre fue un cangrejo que no acostumbraba salir de su agujero más de la cuenta. Le encantaba estar solo, contemplando el horizonte y siempre a punto de llegar a la conclusión de que éste es curvo. Una vez lo comentó y se burlaron de él, pero no le importó, pues la compañía atezadora de sus congéneres le parece aburrida, no hacen más que hablar de dónde se encuentra el mejor pescado podrido.

Fue entonces en el tiempo del sol descascarante cuando Virgilio conoció a los humanos y tenían que ser la Nena Corcuera y Luis Braniff.

Lo primero que le llamó la atención fue el sonido que volaba sobre el agujero donde vivía; era un caset de Louis Armstrong que había comprado Luis en Nueva Orleans.

Virgilio pensó que eran los truenos que anuncian la lluvia y desesperado se puso a asentar las paredes de su cueva vertical para que no se derrumbase. Cuando salió a la superficie vio un sol que no concordaba con el ruido. Y también fue cuando sus antenitas pupilares se posaron sobre el cuerpo de la Nena, que estaba con los pechos al aire en la deshabitada playa, que casi de casualidad encontró el Gato.

La Nena no era señorita. Parece como si nunca lo hubiera sido, o quizás perdió el himen cuando le preguntó a su madre si la virgen de Guadalupe usaba sus pechos para lo mismo que las indias que venden zapotes afuera de la plaza. ¡Cállate niña, que esas cosas no se preguntan! Y tal parece que fue al revés, pues le entró el terrible vicio de las preguntas y entre una y otra llegó al sabor amargoso del testículo izquierdo del Gato.

Virgilio conocía perros y caballos, pero no mujeres recubiertas de arena y mucho menos falos perfumados de Pierre Cardin.

Tampoco conocía el sudor frío, hasta que miró la mano de Luis que unía índice, medio y anular para hacer una especie de conchita vaporosa y así aplastar, delicadamente, el pedazo de carne que la Nena esconde bien entre la jungla de vellos que parecen de una seda uniforme, de una tela púbrica que hace traicionar revoluciones; y entre que Armstrong empezó a cantar "What a wonderful world" y que el mar rítmico elevó más la cadencia de la sangre del Gato, que por momentos juraba que el corazón se le iba hacia el sur y le estaba latiendo en la cabeza del pene. Sí, allí conoció el sudor frío, ni siquiera sabía que podía respirar tan rápidamente; sólo cuando dedujo que el horizonte era ligeramente curvo tuvo una sensación parecida. Por momentos se salía fuera de foco, pues los movimientos del Gato eran intrépidos y esto le hacía caminar sigilosamente hasta tener la mejor vista, o más bien la que más le gustaba, y eran los labios menores de la Corcuera que simulaban dos hermanos gemelos que parecían amarse mucho, y que tenían un rojo que sólo podía ser comparado al atardecer cuando estamos sudorosamente felices y lo vemos de forma diferente.

El falo de Luis le dio una sensación de pelea, como si fuera un animal que le estuviese robando el territorio; puso su tenaza en guardia y esperó a que le invadiera su espacio vital; por momentos creyó que éste se iba a meter a su cueva, pues el cíclope alargado amenazaba con entrar en todo lo que fuera cálido, en este caso: la arena.

Pero él no se quedó atrás, intuía que tras esas puertas carnosas estaba el limbo, podía sentirlo, era la misma vibración de la idea del horizonte curvo, sabía que el limbo era como tener por amigo a Dios, algo así como entrar a la boca de la nostalgia.

La flecha endurecida del bajo vientre del Gato apuntó hacia la selva se fue en un vuelo mágico hasta las comisuras de los labios de la Nena, separó a los hermanos gemelos y decía en secreto un "te amo" que hizo ponerlos más colorados, casi morados. Virgilio se sintió desmayar, en su tufo de descubridor de teorías a este desmayo lo llamó: "los celos". Vio el cíclope entrar una y otra vez, se acercó a la escena por un impulso que no supo de dónde le nació, quiso pellizcar con una tenaza la bolsa escrotal del Gato, pues ahí podrían estar las vitaminas del monstruo, pero en un movimiento de piernas de la Nena, el espanto se hizo presa de él, y corrió para ponerse a salvo. Prefirió por lo tanto seguir viendo sin meterse en problemas, pero también en su huída, al dar la vuelta, conoció los ojos de la poseedora del limbo, y ahí ya no pudo negar la existencia de las estrellas dentro de él.

El Gato terminó de conversar con el todo de la nada, se recostó junto a la Nena y encendió un Phillip Morris. Las piernas de ella quedaron como quien espera a que salga la placenta, y ahí fue donde el pobre feliz de Virgilio perdió la razón. Se fue corriendo hasta donde llegaban las olas, como pidiéndole permiso a alguien, tomó vuelo y en una velocidad cercana a la de la luz enfiló rumbo a la verdad mucosa del limbo. Ahí fue donde entró hasta el cuello uterino de la Nena, que en una tremenda convulsión y con un grito que rebotó por las rocas hasta ahogarse en la salinidad, supuso que la naturaleza tiene sus maldiciones. Luis

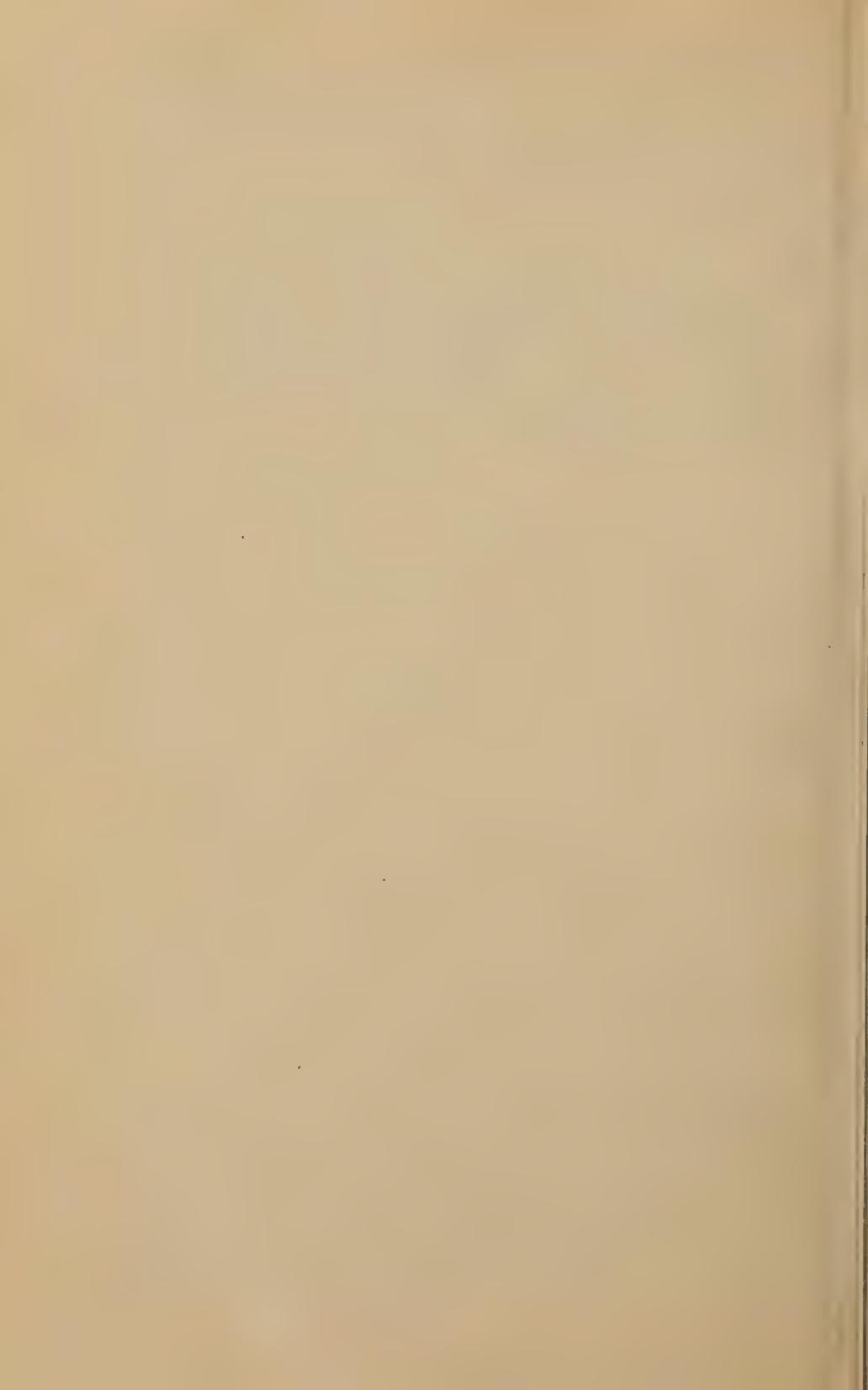
se paró inmediatamente. Angustiado le rogó que le dijera qué le pasaba; ella se quedó completamente muda y con los ojos miedosos. Se vistieron, cojeando por el intruso y asqueada de calor llegó al auto. Louis Armstrong se quedó tomando el febril sol, parecía oírse más contento después del suceso, y su trompeta hizo masturbarse a dos corales que andaban tristes.

Llegaron los tres al consultorio del ginecólogo; para entonces Virgilio ya se había instalado en el útero y andaba con una tenaza en la boca, en actitud de recién nacido. Por más malabarismos que hizo el doctor por extraer al extraño, no se pudo; no faltó su estúpido y típico comentario de: "un caso entre un millón." Se tenía que operar a la Nena, no quedaba otra. Los padres de ésta por poco se mueren al saber la historia; el Gato repetía como robot un: "Me caso, me caso, por la iglesia y por lo que quieran."

Faltaban dos días para la operación, iba a ser el primer cangrejo que nacería de cesárea. Los padres, en un gesto de comprensión, dejaron a la pareja sola en sus meditaciones. Los dos, abrazados, con los ojos nublados y la lengua inmóvil en un deseo de no querer decir nada más, se volvieron a excitar. Total —pensó la Nena— nadie en el mundo hace el amor con un cangrejo en el alma.

Estaban en un hotel de las orillas de la ciudad, el Gato se dio a la tarea de sus acostumbrados chupetes por todo el cuerpo, y cuando puso el cíclope a vivir la vida sintió el despertar del Virgilio conocedor de las pasiones secretas, que al estar en contacto con el ojo uretral de Luis se sintió un poco arrepentido de su acto. Por lo que en un gesto de amistad empezó a cosquillar con su tenaza izquierda la carne erectil de éste. El Gato, al recibir el cariño de la naturaleza, comenzó a sentirse poeta, y le susurró a la Nena sin saber también que se lo decía a Virgilio: "Tus poros empiezan a existir sólo cuando los nombro." Y así, empezaron a hacer el amor los tres, en un acto que les hizo creer que estaba temblando la Tierra. La eyaculación traspasó la tela del infinito y comprendieron que el petróleo les había comido la verdad. Fue entonces cuando acordaron huir esa

misma noche de su pueblo de cementerio, ese terrible pueblo de mantillas en la cabeza y autos elegantes. Se fueron directamente a la sierra, y desde entonces viven en una cabaña sin agua corriente, sin focos eléctricos y con Dios sobre el hombro, mostrándoles nuevas piruetas para hacer el amor. Los padres de la Nena se cansaron de buscar. Y Luis, el ahora "gato de la selva" sale todas las mañanas a comprar pescado desmenuzado para introducirlo delicadamente hasta el alcance de Virgilio, el cual come en un limbo, en un horizonte curvo, en un triángulo que ha levantado el pensamiento, hasta el recodo hermoso que da la calma de los huracanes olvidados.



Psicoanálisis ranchero

Freud era más aficionado a utilizar el psicoanálisis para herir a sus rivales que para ayudar a sus pacientes. Lo hacía, en parte, por ser un hombre amargado y deshonesto; en parte, porque es más fácil usar el psicoanálisis para herir que para curar; y en parte, porque los llamados intelectuales están más interesados en ver a grandes hombres humillados por "diagnósticos" psicoanalíticos que a hombres ordinarios vivificados por el "tratamiento" psicoanalítico.

Tomas Szasz (antipsiquiatra)

CUANDO SALÍ DEL AMBIENTE de las cantinas (o medio salí) publiqué unos poemas en *La Regla Rota*, los cuales me llevaron al ambiente intelectual, quiero decir: exposición en alguna galería de la Zona Rosa con vino blanco y dos tres nenas que sienten que nadie las merece.

Había mucha gente, mucho barbón, intelectuales todos, hasta yo era intelectual; me reflejé en uno de los cuadros en exposición y me di cuenta que me había convertido en un monstruo.

Mi conversión en ese ser horrible lleno de datos fue provocada por el ansia de conocer y para explicarme mi mal sistema de relaciones interno.

Por esto último estudié algunos cursos de psicoanálisis, que me han servido para aligerar mi angustia por medio de intelectualizaciones que me llevan a lo mismo que decía Freud de los filósofos: “. . . (Filosofar) es como cantar en una caverna oscura; no vemos, pero aligeramos el sufrimiento.”

Cuando uno de los expositores vestía un overol todo cerdo, embarrado de pintura, buscando fotografías de prensa, mi mente inquisitiva pensó: ¡Ah, claro!, a éste le encantaba jugar con mierda a los tres años de edad. Lo examiné de cerca y supuse que había sido a los dos años y medio. Además estaba gordito. Se me figuraba al lindo intelectual en su cuadrito, con los pañales en una mano y con la otra embarrando los barrotes, mostrándole a sus papis quién es el que manda.

Me fui por una copa de vino para seguir con mi estudio. Fue entonces cuando una chava vestida como Adelita me miró y me acerqué. Antes de hablar la miré recordando a Jacques Lacan, con el firme propósito de que se sintiera mirada y le diéramos un desenlace erótico al asunto crítico de los cuadros que nos circundaban.

—Hola —le dije.

—Hola —me dijo.

Después de este diálogo profundo comenzamos a observar nuestras manías. Por ejemplo, en el transcurso de mi plática idiota acerca de arte se fue a lavar las manos tres veces al baño. Mi mente batifreudiana pensó: ¡Ajajá!, ¿conque tienes culpa de la masturbación? Bien, bien, no te preocupes, yo te quitaré la angustia con las ampollas de mis manos. En este punto mi sadismo afloró sincero.

Antes de que regresara del baño bebí de golpe dos copas de vino y una tercera ocupaba mi mano derecha. Soy un borracho, pensé. Cuando llegó la volví a mirar. Era de cara delgada, ojos profundos, estaba buena.

—Oye —le dije— hemos hablado de los cuadros pero no sé a qué te dedicas.

—Estudié sociología en la UNAM, pero mi trabajo anda por el feminismo.

Mis genitales se asustaron e inmediatamente mi bolsa escrotal los cobijó en un abrazo que me puso a la defensiva.

—¿Y tú? —me dijo.

—Pues yo, este, pues: soy psicoanalista. Me sentí agresivo.

—¿Es cierto que ustedes se la pasan psicoanalizando a todo mundo?

—Bueno, es como si fueses decorador de interiores y no hicieras caso al entorno —sentí que justificaba mi contaminación mental.

—Yo he leído dos que tres vaciladas de Freud. Como eso de la envidia del pene. ¿Es cierto que los envidiamos? Yo con lo que tengo podría tener todos los penes que quisiera.

Me reí a fuerzas, porque el chistecito lo conocía. A mi machismo le parecía odioso.

—No es precisamente que lo envidien, más bien creo que lo aman —me sentí odiosamente seductor.

—Mira, creo que ya llegó mi novio. Chao.

El novio era el típico cabrón que presta durante toda la noche a su chava para calentarles la bragueta a todos y luego se la lleva. Este tipo de seres son conocidos como los “cañangasñangas”.

Seguí con mi copa mirando los cuadros. Uno era una especie de collage con un muñequito colgado dándole la espalda al público. Hum —pensé—, este tipo tiene una fuerte fijación anal, nos muestra las nalgas como símbolo de que fue golpeado por el padre ahí. Qué interesante, qué interesante.

Fui por la cuarta copa, que también se revolvió con unos roncos que me había tomado. Andaba mordiendo el pecho de las mujeres para lograr su odio. ¿Para qué? Aún esperaba la respuesta.

Uno de los expositores tenía una rueda de gente a su alrededor. Una chava le dijo: “Qué interesante material”.

El pintor, emocionado como quien bebe los jugos narcisísticos de su propia estupidez, repuso:

—Si quieres, tócalo, anda tócalo con tus manos.

Yo interrumpí diciendo:

—¿Podría eyacular sobre él?

Uno de los directores de la revista *La Regla Rota* me jaló de un brazo:

—¡Cálmate! ¡¿Qué?! ¿Ya te empedaste?

—Leve.

En eso pasó una chava de la televisión con pantalones entallados y le solté un piropo:

—Piquetito rico, mamá.

Me llevaron hasta la puerta a empujones, antes de salir grité:

—Me las pagarán, intelectuales.

No sabían que el mundo era mío, tenía una botella de ron completita en el asiento de atrás de mi auto. La noche era clara.

¿Sigues pensando en tu exvieja?

ME ENCONTRABA con un cigarro de marihuana cuando mi chava me preguntó:

—¿Sigues pensando en tu exvieja?

—No —le contesté—. No tengo tiempo para estar pensando en putas. Las viejas de mi pasado han pisoteado mi vida y mi corazón, como un capullo de mota que se ahoga entre borbotones de sangre menstrual.

—Pero —repuso, con esos ojos tantas veces descritos por mi ternura—, ¿a veces sí la extrañas?

—Como quien extraña a un perro. Un ser indefenso ante nuestra estupidez —le di una chupada a mi cigarrillo, aspiré y dije reteniendo el humo—:

—La única mujer buena es la *Cannabis sativa*. ¿Quieres un toque?

—Oye Francisco, a veces me cagas. Eres muy pesadito y bastante mamón. ¿Quién te sientes con la mota?

—Como Saint John Perse: Príncipe del exilio.

—¡Ah! Aparte eres intelectual.

—De todo lo sé todo.

—Oye, odioso, ¿y por qué vas a llegar a las dos de la mañana?

—Es que tengo una despedida de soltero con puros cuates.

—¿Puros cuates?

—Neta, Mira, beso la cruz.

Llevé a mis labios mis dedos enclavados, la yerba se encontraba maravillosa. Una serie de *déjà vu* circundaron mi nostalgia.

—Oye Lourdes, ¿tú sabes lo que es un *déjà vu*?

—Sentir que estás viviendo algo ya vivido.

—Bien. ¿Ya ves?, tú también eres intelectual. Pero déjate de teorías y bésame el *linjam*.

—¿El qué?

—Mi zona.

—¿Tu zona?

—Sí, mi *linjam*, lo contrario de tu *yoni*. Mi *linjam* de morados colores, como las orejas de un santo.

—Ay Francisco, ya sabes que soy feminista y me choca idealizar el pene.

—Pero la neta, ¿a quién quieres más, a mi *linjam* o a mí?

—A los dos.

—Pero, ¿a quién más más?

Se quedó callada, sabía que esos silencios eran sus calles internas.

—Pues a ti.

—Bueno, mi nena, me voy con los cuates.

—Sí mi rey, no te preocupes.

Enfilé mi coche al departamento de mi exvieja, se llama Eloísa. No había una cita segura; llegar con estos imprevistos me molestó. Soy muy celoso y fácil me descoyunto y tiro putazos.

Llegué al periférico. Antes de salir le había dado sus buenos jalones al chumo; el humo delicioso burbujeaba entre mi árbol bronquial y mis pensamientos contenían el poema que Delacroix no pudo pintar: “el maravilloso canto de un pájaro”.

Me puse mis lentes oscuros, llevaba música de rock; por momentos me sentí He-Man, después Batman. Cuando me sentí el Avispón Verde me enfilé para la casa de Eloísa.

Di los giros acostumbrados y desde lejos vi su casa. Noté algo raro y me frené para observar. Se subió al carro de un tipo. Mi corazón montó en cólera y dije: chingados y bati-chingados.

Podía alcanzarla, pero no, mi masoquismo me llevó a seguir esperando lo peor: un hotel, por ejemplo.

Carajo, si podía estar con Lourdes, mi linda Lulú. Pero no. Yo era aferrado. Quería ver hasta dónde llegaban los sucios instintos de las mujeres.

Iba en un Mustang, lo que dificultaba la tarea. Pero con mis lentes oscuros y música de rock sentía el valor de los héroes. Por momentos me admiraba de mí en el espejo retrovisor; en verdad era guapo, por momentos lo olvidaba, pero el espejo me decía la horrible verdad: era bello.

Por eso dudaba de la infidelidad de Eloísa. Por eso dudaba del mundo. Yo sé que es monstruoso tener un defecto, pero pasar así tan bello delante de los demás me daba una sensación de que la gente quisiera verme atacado por la lepra. Cada una de las personas miserables que me miran me arrancan un pedazo de piel.

Ante tal situación me había dejado una hermosa llanta de grasa que terminaba en una protuberancia, que era mi panza.

El Mustang se enfilaba hacia la Zona Rosa. Alcanzo a notar que conduce una mujer, me tranquilizo, aunque por momentos siento miedo. Sé que el lesbianismo anda de moda y esto quita mujeres del mercado.

Por suerte traía una bacha en el cenicero. Le di flit, aspiré el humo como quien calma su sed en los labios de una mujer. Mi mente se elevó veinte centímetros, le subí al rock. Me quité los lentes oscuros pues ya no veía nada. La mujer del Mustang y Eloísa buscaron estacionamiento.

Se estacionaron. Yo me paré como a cien metros de ellas. Bajaron del auto y se metieron por una puerta pequeña. Antes de bajar saqué de abajo del asiento una botella de medio litro de Bacardí. La destapé y me metí dos tragos de golpe. Un diablo precioso subió por mi columna vertebral y me gritó: ¡mátalas!

Suerte que sólo fue un demonio. Aunque otro más dijo: pinche Eloísa, muérete.

Bebí otros dos tragos y los diablos tomaron la delantera: De seguro la muy mierda se fue con otro.

Me bajé del auto con la botella en la mano. Traía el elixir del poder. Caminé hasta la puerta, la oscuridad hacía verde la puerta. Era la entrada a un conjunto de apartamentos.

La embriaguez me daba valor y aunque hacía ruido no les importaba mi presencia, creían que era cualquier borra-

cho de por ahí. No sabían que me estaba convirtiendo en Frankenstein.

Entran a una puerta, atrás se escuchan tres hombres, la mujer y Eloísa. Se saludan contentos, brindan, tengo deseos de tocarles, pero los celos me lo impiden.

Tomé dos tragos largos de ron, como traía tapón irrelle-
nable tuve que chuparle como mamada. El ron cayó has-
ta atrás de mi lengua por los lados, sentí que me quemaba
las glándulas salivales.

Uno de los tipos que se oía bastante pedo, le gritaba a
uno de sus amigos.

—¡Eso, eso, mámale el mono!

La realidad me parecía tan terrible que quise suponer
que se trataba de un mono de peluche.

—Ja, ja, ja, ja —reía Eloísa.

—Ahorita se me para, ahorita se me para —gritaba otro.

La mujer desconocida decía:

—Ay, ay, déjame buscar una posición.

A lo que una voz ronca de macho le gritó:

—De a perrito, ponte de a perrito.

Comencé a sentirme mal y vomité; terminé de volver y
me lancé sobre la puerta golpeándola con furia.

Un tipo en pelotas abrió y me recibió agarrándome de
los pelos, me jaló hasta azotarme contra el suelo. Sentí una
ráfaga de patadas en las costillas, la cabeza, la espalda y las
espinillas.

Yo utilizaba una salida teatral para salvar mi vida y gri-
taba:

—¡Auxilio, me matan, asesinos!

Esto hizo despertar a unas señoras que gritaban:

—¡Déjenlo, déjenlo!!!!

Sentí como si diera vueltas en una licuadora, hasta que
salí fuera del cuarto. Reaccioné diciendo: “Lulú, yo mejor
me voy con Lulú.”

Adentro todavía discutían la situación.

Se asomó un tipo de los que me había madreado y me
dijo, ¡ya sácate a la chingada!

Como pude me paré corriendo y llegué hasta mi coche.

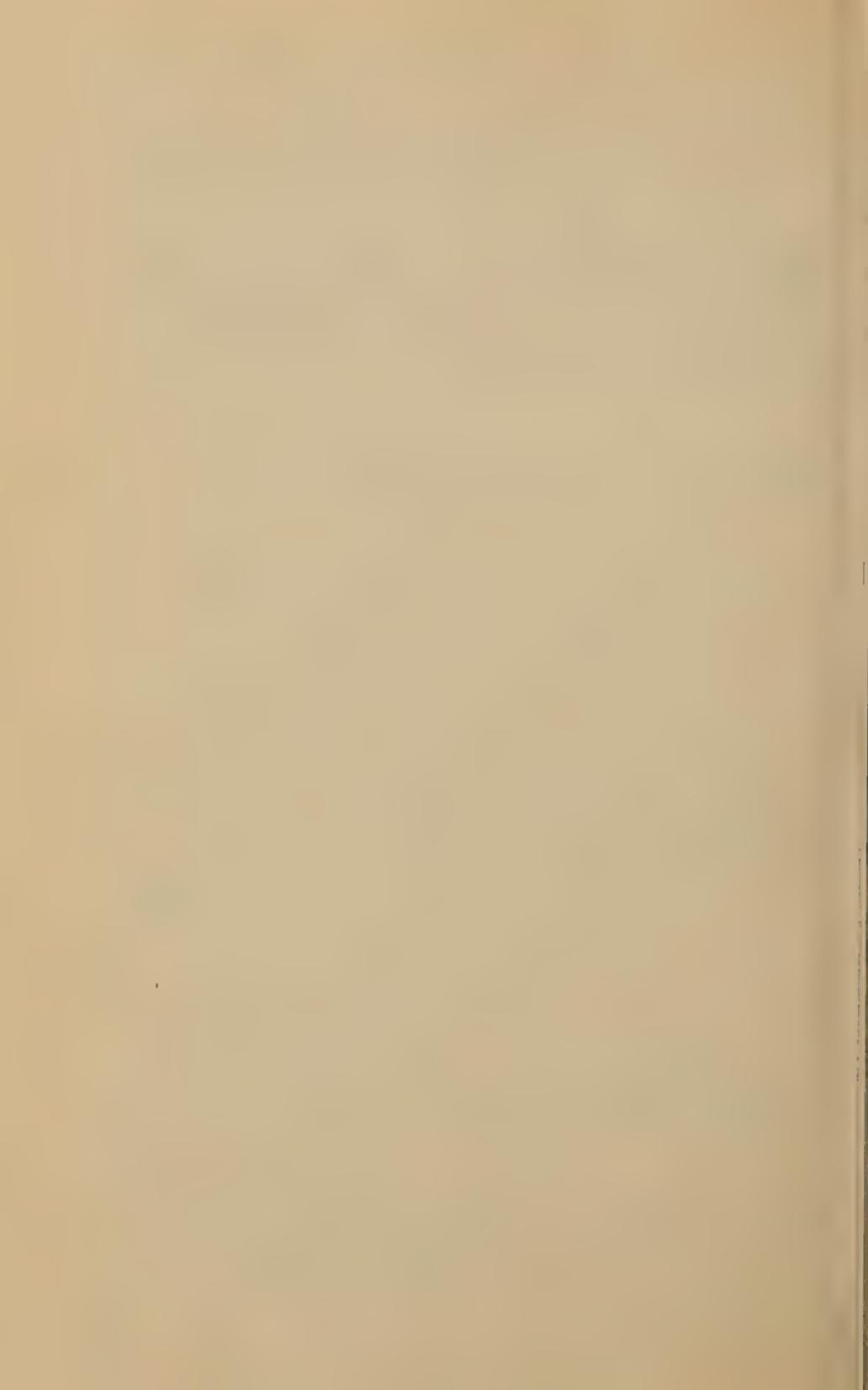
El tipo, con flojera, se regresó a seguir cogiendo.

Todavía borracho regresé por curiosidad a escuchar atrás de la puerta. Hice el menor ruido posible.

La mujer desconocida le decía a Eloísa con entusiasmo:

—¡Así!, ¡así! Ponle las patitas en el hombro, ábrete bien.

Escuché los gemidos de Eloísa, pensé salir corriendo pero preferí levantar mi botella de ron que se había salvado de los putazos y me retiré creyendo que era el agente 007. Total, otra mujer me esperaba. Mi bien amada Lulú.



Amor de galería

CUANDO ME ABURRÍ de la disco y comencé a repartir mis poemas por las editoriales, me contacté con los intelectuales. Ahí fue donde conocí a Bertha, una pintora.

Anduvimos un tiempo haciendo el amor, le molestaba mi manera de beber pero le gustaba coger conmigo. A mí sus constantes recuerditos del “prohibido enamorarse” me encabronaban.

—No Bertha, no me voy a enamorar de ti —le decía.

Cuando habíamos hecho el amor muy seguido, se alejaba lo suficiente como para buscar otro. Otro falo que la satisficiera.

A mí me gustaba el vino blanco gratis de las exposiciones. Roberto me invitó a una, precisamente de Bertha. Yo la había dejado de ver hacía un mes, recuerdo entre una laguna mental que le hablé y me mandó a la chingada.

Llegamos a las siete de la noche, estaba lleno de tipos raros: como ya había bebido le dije a Roberto:

—Todos estos güeyes están muy aburridos. Vámonos, qué es esto, puro pinche narcisista. Pintan pura mierda, entiéndelo Roberto, se trata de desnudarse todos con todos, ese es el arte.

—Espérate —me dijo—, mira las chavas.

Entre ellas estaba Bertha, la miré de lejos, sabía que si me había rechazado por el alcohol estábamos en puntos muy distantes. Una vez en lugar de decir vinaterías dijo sin querer veterinarias; le dije que ella pensaba que los borrachos éramos unos animales que iban a curarse la sed entre la porquería. A ella le encantaba la limpieza, su departamento estaba perfectamente ordenado.

Pero se veía buena. Yo no me separaba de un mesero que servía vinos; le di una propina para que me procurara buenos tragos.

Un tipo de gris, vestido con un sombrero y pantalón llamativo, la abrazó.

—¿Quién es ese güey? —le pregunté a Roberto.

—Ese es Luciano, un pintor de renombre, tiene muchas exposiciones.

—Sí, lo conozco, he visto lo que hace. Pura porquería.

—Estás celoso —me dijo Roberto.

—Pura porquería.

Me tomé dos copas de vino que tenía apartadas por ahí y me acerqué al tipo que estaba abrazando a Bertha. Le dije:

—Hola, artista.

Me miraron desconcertados.

—Oye pintorcillo, ¿no sabes que ésta es mi mujer? Y tú —le dije a Bertha—, ¿qué haces con este eunuco?

Una cámara de televisión entró por la sala, iban a entrevistar a Bertha. Yo la jalé del brazo. El tipo me empujó. Me abalancé hacia él y lo tiré al suelo. Uno de los técnicos me dio un golpe en la cara.

—Vámonos —me dijo Roberto.

Arrastrándome hasta la puerta me sacaron mientras gritaba: ¡ya verán, malditos intelectuales, me vengaré de ustedes. Pinche Bertha, chinga tu madre!

—¡Pinches mamones! —seguí gritando.

Roberto me dio una patada en la cola para que reaccionara, me dolió.

Me fui hasta mi casa, traía un poco de dinero, ahí tenía media botella de ginebra. Compré un bote de pintura negra en aerosol y esperé a que cerraran el museo.

Pasaron unas horas, me enfilé otra vez para allá. Me pasé dos altos. Estacioné mi auto cerca y en la puerta del museo puse: BERTHA ES UNA PUTA.

Me regresé a mi casa, le hablé y le dije lo que había hecho. Además le dije que era un kleenex, que sólo servía para sacarle los mocos a los hombres. Bajé a buscar unas cervezas a una tienda clandestina. Me tomé cinco y poco a poco me fui durmiendo.

Tocaron a la puerta, pensé que era algún vecino; abrí sin preguntar y entraron dos guaruras. Uno me empujó contra la cama y me dijo: mira, hijo de la chingada, si no vas a borrar lo que pintaste te rompemos la madre.

Me dieron un frasco de thinner, sabía que así no había salida. Se largaron, no me les podía escapar. Ni siquiera necesitaban vigilarme.

Me tomé otra cerveza y me fui a dormir. Al otro día recordé el suceso. Me vestí con urgencia. Ya era de día y la gente que pasaba me miraba como loca.

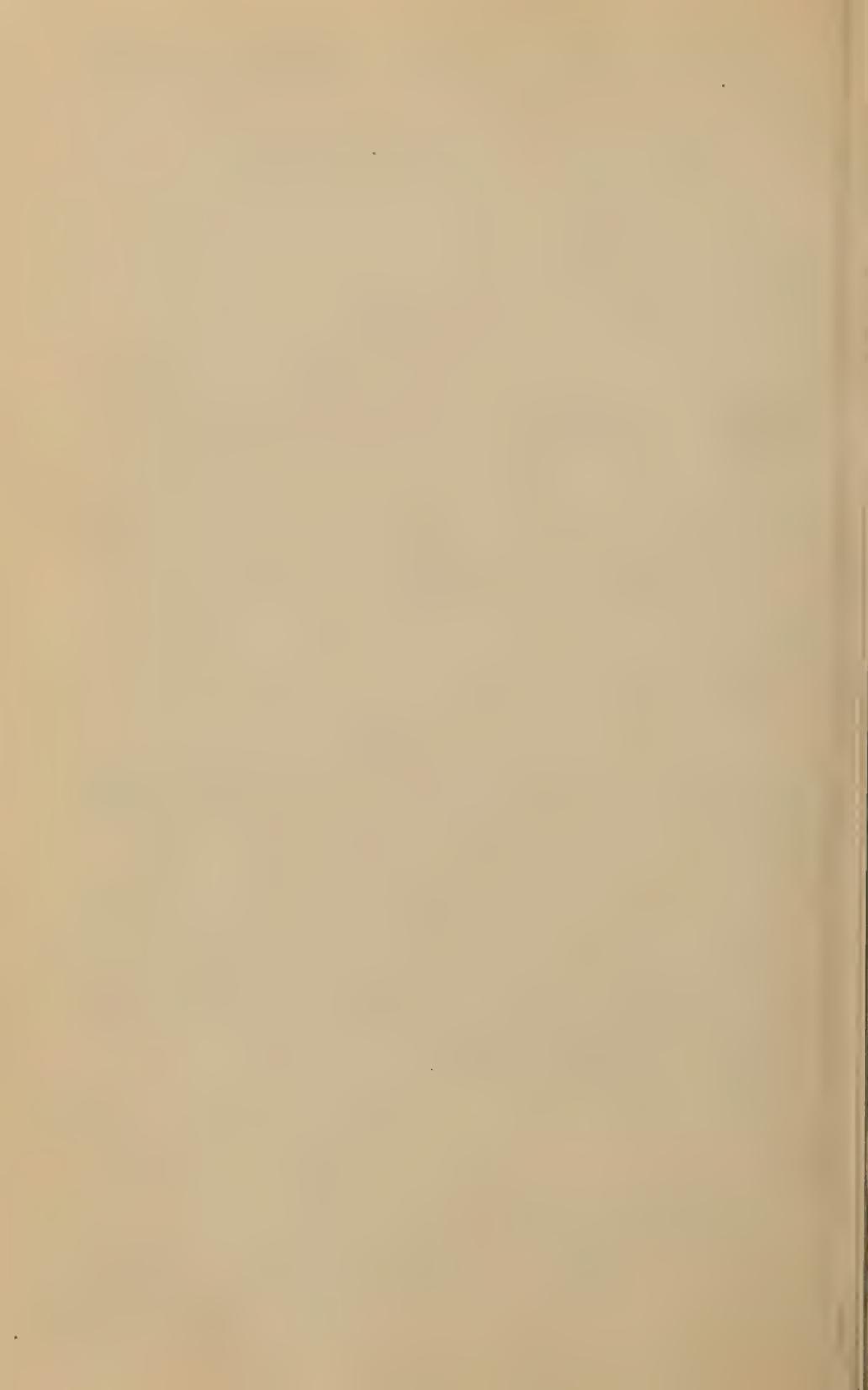
Terminé de borrar y me largué a una cantina. Pensaba curármela. Un tipo solitario, que nunca falta, me invitó un par de cubas. A la tercera le platiqué el asunto del museo, a la cuarta me encabroné y sostuve que mi odio hacia los intelectuales era toda una ideología. Regresé al auto por pintura, fui al museo y pinté: LOS INTELECTUALES SON PUTOS.

Antes de terminar salieron varios de ellos; iban dispuestos a darme en la madre. Uno me azotó contra el suelo, ahí me comenzaron a patear.

¡Van a ver putos, los voy a incluir en mis escritos! ¡Hijos de la chingada! ¡Ya déjenme!

De pronto se largaron, me dejaron a unos cuantos metros de mi auto, llegué a él a gatas, pero no todo era malo. Dios estaba de mi parte: bajo el asiento había un cuarto de brandy. Con esto me sanaría los golpes. Pinches intelectuales, ¿habría otro ser más infeliz que yo?

Sí, pensé, tiene que haberlo, encendí el carro. Me alejé del lugar. En el camino un guarura se me cerró en un Ford sin placas. En lugar de mirar cómo me mentaba la madre vi que en su espejo retrovisor traía un rosario: un Cristo se agitaba y golpeaba contra el parabrisas. Sentí que en ese momento lo comprendía todo.



Los papeles de la casa de piedra

DESDE NIÑO los recovecos de las piedras me llenaban de asco y temor. ¿Cómo era posible que en espacios tan reducidos creciera lama verde? Aparte de sentirme igual de pequeño que ese musgo, no dejaba de sentir el asco que me revolvía las entrañas, como la culpa a un asesino.

Ese musgo tenía vida y si a ese muro se sumaba una cucaracha mis ansias crecían de espanto.

Tendría unos doce años. Esa repulsión no me hacía sentir muy distinto a las demás personas; mi asco era compartido por todos, sólo que en mí era creciente. Recurrí a una psicóloga y me dijo, por medio de un test, que yo tenía una parte de musgo verde y cucarachas en mi inconsciente.

Ahora, a los treinta años, contemplo las paredes verdes de esta casa fría llena de cucarachas que se esconden de la luz, como el sabio del placer, y siento y resentido mi infancia como si el solo nombrarla me recordara el temor. La adolescencia y las mujeres las sobreviví con alcohol y del alcohol sobreviví de milagro.

Tenía dinero por delante, amigos y enemigos, estaba harto de mí —lo estoy—; miro las paredes de esta casa de la colonia Condesa. La alquilé hace unos tres meses, suficiente tiempo para llevar mis manos a la obra, como el escultor al mármol.

Busqué la casa con musgo y cucarachas, y por eso mismo me salió barato el alquiler; ahora presiento que lo barato y la suciedad llevadas de la mano se aliaron con mi alma musgosa y podrida.

En verdad una existencia como la mía es fácil de terminar con un tiro en la sien, sólo que había un gran problema

en mi mente: suicidarme era un ejemplo poco digno o quizás tan digno que en lugar de enseñar un camino nuevo a mis descendientes los perdería entre el bien y el mal.

Hablo de descendencia por mi hijo de tres años; su madre, de la que me separé hace más de un año, me odia más de lo que me ama.

El sabe que soy su padre, por desgracia siempre lo sabrá; no seré un buen ejemplo, este mismo papel en que escribo será terrible, pero mi objetivo es literario.

Hay en Inglaterra casas del año 1200; ese año hace vibrar mi alma como una pared tapizada de cucarachas. Esas casas tienen un pasado criminal, han encontrado en ellas cadáveres por los pisos como cucarachas en mi llanto.

Esas casas son novelas, novelas escritas por asesinos geniales, o quizá brutos y despiadados. La gente las merodea. Ahí están enclavadas como lápidas: como monumentos a la muerte se yerguen, con sus piedras preciosas y ventanales de colores, que bien podrían servir para un anillo de nuestra única madre: la muerte.

El tamaño de la muerte puede ser grandioso, quizá es un gigante que bien podría llevar una de esas casas en el dedo anular y presumirle a la vida las ofrendas humanas. Parte de nuestra benevolencia hacia ellos es ofrendarle el espíritu, entregarle nuestra alma de piedra en aras de nuestra inmortalidad.

La casa en la que habito la seleccioné entre muchas. Necesitaba una que fuera fuerte y en verdad lo es; su estilo permitirá que sea protegida de los urbanistas para el año 2200; quizá, no lo sé, su destino es tan perdedizo como una novela o un anillo.

Pero su estilo es fuerte como la pasión. Y esa pasión me llevó a escribir en estas paredes una historia para que el año 1990 haga temblar el alma de un hombre que la merodee, como el fuego a un cadáver:

Mi novela de piedra necesitaba de personajes. Yo había sido rechazado por la crítica literaria por no poder desprender al narrador de mis personajes. Por eso necesitaba un personaje real, tenía miedo de errar en mi afán literario.

En verdad fue más fácil encontrarlo de lo que suponía. Lo vi cuando pateó a un pordiosero. Como el amor a primera vista, mi repulsión fue inmediata; el tipo era una cucaracha de las peores cocinas: la cara rosada, ligeramente jorobado, cuarenta años, ojos negros como obsidianas, corto de estatura, cabello negro que al contrastar con su piel rosada daba la impresión de una flor atacada por una plaga y velluda. Lo seguí hasta el camión y después a su casa y apunté la dirección. ¡Por fin tenía una meta mi vida! Al otro día me di cuenta que él vivía solo y estaba armado; sentí miedo pero sabía que el miedo era mío y no tenía de qué preocuparme. Si el tipo usaba pistola no le importaría mucho que lo siguieran y además la pistola me daba la señal que me encontraba frente a un asesino: exactamente lo que buscaba.

Trabajaba para un diputado, era un guarura común y corriente; su cuerpo chaparro y ágil se me figuraba un gato cualquiera, pero ese gato tenía una debilidad que muchos tienen: el alcohol.

Fui a la cantina que frecuentaba por la colonia Roma, entré a pedir un refresco e inmediatamente me miró; sus ojos de perro se estrellaron contra mi alma como dos cucarachas amigas. En ese momento sentí miedo de matarlo ahí mismo. He llegado a los treinta años una edad correcta para volverse un asesino.

Por suerte no tenía compañía, así que le invité un buen brandy; me miró creyendo que era homosexual pero le dije:

—No soy puto. Sólo me gusta hablar con los amigos.

—De acuerdo —aceptó la copa.

El silencio nos rodeó como un aliado, me limité a preguntarle de qué trabajaba y el licor me respondió por él:

—Soy agente especial de la presidencia.

¡Burlón y fantasioso! Yo había dejado de beber porque el vino era el único fanfarrón que había hecho trizas todas mis estrategias.

Le dije que ya no tenía dinero pero que en el carro llevaba una botella de whisky. Lo jalé del cuello como si fuera mi amigo y mi amante; su piel, al contacto de mis dedos,

me dio la impresión de una pared con musgo. Su sudor me embarró los dedos como una vagina excitada.

Se levantó de la silla y su pistola al brillar me hizo un guiño. Tuve temor de emborracharlo demasiado.

Por eso, a todo le dije que sí hasta llegar al auto. Se subió y me dijo:

—Necesito un auto, y un trago.

Ya íbamos andando cuando lo puse a buscar inútilmente la botella, que estaba en realidad en la casa de piedra; me dirigí para allá como el marinero a nuevos horizontes. Llegamos.

—Dejé la botella en la casa, te invito, pasa, acuérdate que somos cuates, casi casi hasta carnales.

—¿Y la fusca?

—Tráetela.

Bajó del auto, lo cerré por dentro. Era la una de la mañana y no vi a ningún vecino.

Cuando entramos, inmediatamente fui por el whisky, lo vi ebrio, estúpido y peligroso; por eso en su bebida mezclé un sedante para dormirlo.

Cuando regresé con la copa tenía la pistola en la mano apuntándome, su risa me mostró unos dientes parejos y bellos; no me asusté y me entregó la pistola para que la viera, era una escuadra usada y corriente. La culata era una imitación marfil muy chafa y en el aluminio, que deseaba ser plata, estaba el escudo nacional: el águila devorando la serpiente. Sentí tristeza porque yo amo a mi país. Le di la bebida y como un perro sediento se la tomó. Con la pistola en mi mano, serio y apartado del planeta, vi cómo sus piernas se arqueaban como si fuesen unas vigas de madera que se adelgazaran por el fuego.

Su cuerpo cayó sobre una alfombra verde, miré por uno de los vitrales de la casa de piedra, esperé la luz del sol. Me sentí solo, mi huésped estaba sobre la alfombra verde, me senté en un sillón de un verde más oscuro y lo miré como un niño mira su juguete nuevo.

Ahí estaba mi personaje, lo llevé a rastras hasta una habitación donde había una barda en la que hice un hueco

para él; le había construido en tres meses una tumba empotrada. Día a día la había rasgado con mis uñas, mis picos, mis palas. Sentía que un buen novelista era alguien que se preciara de trabajar, de rascar cada una de las partes del lenguaje como yo a esas piedras y esa tierra. Una tierra en la que encontré arañas, cochinillas, gusanos y hasta un par de ratas que enamoradas habían muerto de hambre y estupidez.

Cargué el cuerpo exangüe; el agujero estaba a un metro del suelo y no supe cómo meterlo. Fui a la sala, acerqué el sillón, comencé subiéndolo ahí —sus dedos se movían como gusanos en la tierra— agoté mi inteligencia para ganarle a su inconsciencia. Lo fui metiendo al agujero, que como una vagina se adaptó a su cuerpo perfectamente; cerré una reja que había empotrado con taquetes y martillos en la piedra, le puse un candado de combinación y me fui a dormir.

A las cinco horas me despertaron unos gritos; bajé corriendo y vi la cara de mi personaje; el agujero era demasiado estrecho para poder mover sus brazos, parecía un loco atado a una camisa de fuerza; me gritaba:

—¡Hijo de puta! ¡Te voy a matar! —sus gritos no traspasaban la piedra, era una lagartija adentro de una caja fuerte.

—¡Cállate pendejo! No estamos en la cantina, estamos en nuestra nueva casa. ¿Te gusta?

Sus ojos negros en medio de esa piel rosada comenzaron a llorar; tenía frente a mí a un llorón, eso me encabronó y fui a la cocina por una escoba. Comencé a darle con el palo en la frente, luego comencé a picarle los ojos, lo hacía con odio, mientras más lo golpeaba más emoción sentía. El sol me miraba por el ojo del vitral en donde se distinguían unos ángeles guardianes iluminados por la luz de las siete de la mañana.

—¡Cállate! Tú has sido un torturador —y seguía picándolo.

Su cuerpo se movía como un baboso con sal, estaba buscando su pistola (sentí una erección en mi verga al saber que yo la tenía). Se la mostré y la miró como si lo estuviese

hipnotizando. Al verlo así opté por darle un golpe entre los barrotes, la piel de su cráneo se abrió como una gelatina de fresa, como una mermelada empalagosa. El golpe lo aturdió, aparte estaba crudo; me gritó:

—¡Suéltame! ¿Qué quieres de mí? ¿Eres comunista?

—No, estoy escribiendo una novela y es ésta, es una novela que comienza en la edad del tedio, tú eres un buen personaje, me caes bien como mascota.

—¿Estás loco?

—Mi hijo opinará lo mismo. Escribir es como hacer la revolución, embarca uno a mucha gente en aras de la guerra. Escribir es una guerra donde salí derrotado, ahora vivo la literatura.

—¿No podías haber escrito de amor?

—¿Amor? ¿Tú conoces el amor?

Escuchar la palabra amor de sus labios abultados me dio coraje, agarré de nuevo la escoba y le piqué con el palo esas carnes que parecían los labios menores de una puta gorda, lo golpeé hasta hacerlo sangrar, el palo de la escoba se llenaba de esa mermelada melosa, acerqué el palo a mi boca, me miró, saqué la lengua como si fuera a probar su sangre pero le escupí al palo. Me miraba asustado pero con esperanzas, lo golpeé más hasta cansar mi brazo derecho.

Su cara parecía una placenta pisoteada, los golpes lo atontaron y entre pujidos me pidió agua.

Fui por un vaso a la cocina, mi verga estaba totalmente erecta y a la vez deseaba orinar; tuve que pensar en otra cosa para poder mear, me decidí a ir por un televisor blanco y negro que tenía en la recámara y lo puse en el piso para que lo viera mi invitado. Mi verga se relajó y oriné en el vaso; el líquido amarillo no era totalmente transparente pues en mi orina había espermias lubricantes. De un compartimento de la cocina saqué un embudo largo que usaba para el auto y se lo enchufé en la boca a mi amigo, como quien mete una sonda; tosió ahogándose y vertí la orina en el embudo, la sed lo hizo que se tragara todo y al terminar de hacerlo vomitó mis orines con sus líquidos gástricos, me dio asco y fui por un martillo.

—¡Tonto! —le dije burlándome de una grosería tan romántica y le asesté un martillazo.

Su cabeza se movía como un tlaconete atrapado en la tierra pisoteada. Consulté mi reloj y me dispuse a ir a desayunar, lo dejé jadeando de dolor.

Desayuné unos huevos con un poco de tocino; llegué a la casa de piedra y los vomité enseguida; en cierta forma la presencia de mi huésped era una carga para mí, sabía que yo era otro huésped de mi propia novela y la casa nos esperaba como una joya deslumbrante entre ángeles de colores. “¡Qué bella es la muerte por dentro!”, pensé alucinado.

Cuando fui a verlo a la reja estaba roncando, de vez en vez se ahogaba con la sangre que broncoaspiraba; mis orines chorreaban hasta el piso. Prendí la televisión, había clases de gimnasia, de matemáticas, una película mexicana y ahí la dejé un rato; unos charros se peleaban contra todos, las estrellas de la película eran los buenos y los actores de segunda los malos.

Una de las mujeres de los buenos traía un escote que mostraba dos pechos hermosos, abultados y suaves a la vista; deseé estar con mi exmujer, con alguna amante que no fuera una puta de esquina que mira el reloj como si fuera un caballo de carreras.

No conocía a ninguna mujer y las que me habían tratado una o dos veces no volvían a hacerme caso; mis ideas las aterraban pero yo amaba más a mis ideas que a un par de pechos.

Mi huésped despertó y me pidió más agua; le preparé un whisky con soda y hielos, le conecté la manguera y lo fui vertiendo poco a poco, conforme lo hacía me sentí como quien pone una lavativa. Estaba en lo mejor de la novela, casi cerca del final, me estaba aburriendo; reaccionó con el licor, le saqué la manguera del hocico y la llevé a la cocina, puse la pantalla frente a él, ahí estaba la trenzuda de los pechos grandes:

—¿Te gusta? —le pregunté.

No contestó; al ver que sus brazos estaban presos, le dije riendo:

—¡Pues mastúrbate si puedes, güey! —mi risa se instaló en los recovecos de las piedras.

Qué lejanas estaban las mujeres; como me consideraba un cadáver viviente no me interesaba buscarlas; sólo deseaba perforarlas de vez en cuando con mi verga pero para llegar a eso tenía que conectarme con ellas y a las tres frases que decían me sentía triste y aburrido y prefería llegar a mi casa a masturbarme.

Al recordar eso y ver los pechos y los tobillos de la mexicana sentí la erección. ¿A quién buscar? Si hay tres mujeres en el mundo que me recuerden son muchas, y si lo hacen, es con odio, porque cuando viví con ellas las agredía física y verbalmente porque no eran vírgenes. Yo quería sangre nueva y cuando la obtuve de una virgen la deseché por sentirla estúpida e inmadura.

Mi verga se veía roja por uno de los vitrales que dejaban entrar al sol, como si fuera otro huésped; me la había sacado para mostrarla a mi preso, lo llamaba con un dedo, él tenía que alzar la cabeza hiriendo su cuello para poder verme, estaba hambriento y agotado. Entonces le preparé una bebida pero con brandy corriente y agua simple, le añadí un sedante, le enchufé la manguera en la boca pero esta vez la metí más adentro, hasta que trató de arquearse por el vómito sin ningún éxito. Su cuerpo estaba atrapado a la tierra como un brillante en la piedra, se durmió y abrí la reja; saqué a mi personaje poco a poco, a la mitad su cabeza topó contra el piso y sus piernas estaban adheridas al agujero como una sirena a su condición de pez.

Quiso reaccionar pero lo agarré de los cabellos y lo azoté contra las piedras picudas y porosas; una mancha roja cubrió el musgo, era un cuadro bello, sentí emoción y fui a la cocina por unos guantes de obrero. La casualidad de encontrarme con una araña negra de tres centímetros mordiendo a un grillo moribundo me sobresaltó: mi novela era una novela completa. Estaba de suerte, me calcé los guantes y los sentí ásperos en mi piel, saqué el resto del cuerpo y lo tiré en la alfombra verde; los guantes me hacían sentir más fuerte por alguna razón psicológica.

Le arranqué la camisa hasta quitársela por completo; su espalda era sonrosada como la de una mujer virgen, me dio asco, pero el saber que estaba inmóvil me animó. Lo voltee boca arriba, me di cuenta que tenía un ojo vacío, ¿por qué no se había quejado? ¿Se lo había sacado con el palo de escoba como alguien que le roba un durazno a un niño distraído? Quizá se quejó en silencio, con él mismo.

Le desabroché los pantalones, se los bajé (no usaba calzones), miré su verga. parecía un camaroncillo: eso no era la verga de un hombre, era un piñón de dos centímetros. Deduje que era impotente o eyaculador precoz, escupí sobre su verga, terminé de bajarle los pantalones, fui a mi recámara por unos lienzos y un separador de piel de los que usan en cirugía.

Bajé contento porque el hastío me había dejado por un momento, pero antes de que regresara la aburrición le puse los paños sobre sus nalgas de hombre que me dieron asco. Le separé los glúteos con el aparato; mis manos con los guantes de obrero se veían cómicas, su ano quedó bajo un destello de rojo del vitral, los paños anidaban los demás colores. Su cadera y su espalda desnuda me dieron asco, su ano era ajeno a cualquier otro, no se parecía al de mi exmujer ni nada por el estilo. Ese ano era para mí como el agujero que salva a una rata de su tirano; acerqué mi pene y lo perforé unas diez, veinte veces eyaculé adentro, limpié mi verga de semen y mierda con la camisa del tipo y me fajé. Luego le clavé la pistola en el culo, la metí hasta herirle el recto, que lloró sangre; la até con una cuerda y la aseguré como pude. Así, desnudo, y con la pistola atravesándolo, lo volví a meter a su ataúd de tierra. Esta vez me costó más trabajo, mi eyaculación marcaba el final de la novela, después vendría el hastío, cerré la reja y al rato despertó, me miró y le dije:

—Tienes un revólver en el culo; si te mueves te matas.

No era cierto. Me miraba con su único ojo inexpresivo.

Ahora estoy contento de que quizá la herida se le cure y muera de hambre y sed; escribo con las uñas la cifra 1200 bajo el tapete verde, le doy una patada a la televisión, es-

talla, los vidrios se cuelan hasta el ataúd de tierra y mientras pongo el candado de combinación, miro las rejas divididas por cinco centímetros. Saca una mano y toma el candado, mueve la combinación, lloriquea ante las miles de posibilidades. Bebo la pócima que me corresponde; miro su mano que sale como una culebra que en la punta tuviera lombrices. Sin poder mirar los números gira y gira la rueda, que más bien parece un reloj atontado por la mano de la muerte. La mano por momentos se desguanza. La casa de piedra, el musgo de mis entrañas y el dolor me humedecen de miedo. ¡Sí! Moriré, pero esta casa será merodeada como una magnífica novela y ahí está mi personaje, ahí están sus huesos, su pistola nacional, ahí está totalmente ajeno a mí, que me pierdo en la oscuridad mientras lloro imaginando qué pensará mi hijo.

Es demasiado tarde, el veneno estalla mis cucarachas, el musgo verde duele y yo alcanzo a gritar; mi personaje jadea, sus cinco lombrices están agotadas y yo le doy un anillo de compromiso a la muerte. Ella no me abandonará y se desposará conmigo cuando yo vaya a ese sillón verde a reposar frente a dos ángeles de la guarda que caen sobre mi cara revoloteando impertinentemente en colores. . .

El poeta soy yo



Pechos, selvas y montañas



ANTISIQUIATRIA

Niña, ¿quieres que te psicoanalice?

pues simple: préstame el chocho.

¿Por qué no?

Déjame escuchar tus cuentos,

poner mi oído en ese caracol que envuelve los deseos
del mar.

Ahógame de sal, te voy a decir quién eres,

te voy a interpretar.

Eres noche, Edipo vacilante, voz de mirada,

ventana a la muerte que despide luz.

Freud quiere tu abismo, quiere saber como huelen tus
pelos,

olvidar la ortodoxia, tirar los bozales a la barranca.

DAME CHANCE PORQUE LA TRAIGO TIESA

Muñequita,
ahora que traigo diez alcoholes en el cuerpo, dame chance.
Ponte como perrito para que te la meta hasta el fondo
y por tus ojos salgan chorros de sangre.
Andale perra.
Vomita toda tu cadena de significantes que me
volvieron loco.
Suelta las palabras con sudor y orgasmo.
Destila veneno por la vagina,
para que realices tu deseo:
¡Conviérteme el garrote en intestino!
¡Rellénamelo de mierda!
¡Rompe en luz mis párpados y encájame un blues con
heroína!

NO CONTROLLO TUS VESTIDOS

¿Qué crees, mi cielo?

Me puse bien pedo para que sufrieras,
hablabas con tu amiga la gorda mientras bebía,
aluciné que llorabas por mí
y tenuemente hablabas de gimnasia y feminismo.

¿Qué no te importa ver a tu maridito haciéndose mierda?

¿No? No.

Sexo y egoísmo,

guerra en paz,

Sexo y egoísmo.

Tus senos sin deformar y mis labios sin mamar.

Sexo y egoísmo.

Brutalidad. Avaricia.

Así me gusta escribir.

¿Qué crees, mi cielo?

Sigo chupando alcohol.

¿Estás contenta?

¿No?

Debieras. Tu sentido matriarcal sabe que el licor es dañino
para mis huevos.

Lo sabes en el fondo.

No, ya no voy a controlar tus vestidos,

no,

simplemente levantaré mi botella de ron y le diré a Dios
que estás haciendo tu revolución.

OYE, GORDITA

Oye, gordita, permítame que te diga:
tienes el chocho muy sucio,
mi falo es delicado y se puede estropear.
La última vez que lo usé fue para que me sacaras sangre
por una de las venas (la que irriga el músculo
isqueocavernoso), la bebieras, salieras después
de las dos botellas de vodka acostumbradas y en la
alcantarilla más cercana vomites a tu padre y a tu madre.
Andale nena, por favor:
lávate el chocho.

POEMA A UNA FEMINISTA QUE ME ABANDONO

No me importa que seas mujer,
que seas un monstruo,
que seas puta.
Te juro, no me importa,
me das el cuerpo como un agujijón de zancudo.
Me penetras, me coges,
vuelcas tu leche de futura madre
en mi sangre.
Me haces infantil,
me haces mal poeta, todo se va en semen.
Y te escribo toda,
Por dentro, por atrás,
por eso no me importa que estés castrada.
Te lo juro.
Yo te castro, lo deseas,
quieres anularte, ser un bajo vientre que chorrea sangre,
no es menstruación, es la mutilación que me pedías.
La castración que añoraste desde que te supiste perdida,
en la mañana, cuando me traías el desayuno a la cama,
cuando te golpeaba las nalgas con furia,
con mar, te dibujaba poemas con las uñas.
Y llegabas a tu casa,
con tu amiga la lesbiana,
le eras infiel con el pene, pues yo no era falo.
Sólo fui para ti un pedazo de carne que se erecta,
un pellejo que cuelga enmedio de bestias feroces,
como tú, como todas.

AYER SE LARGO CON EL OTRO

Mi amor, perdóname que te lo diga,
pero eres una pinche puta.
Te quería hacer muchos poemas,
¡un chingo! que hablaran de luces y estrellas.
¿Pero para qué? ¡CARAJO!
para qué chingada madre. Si de todas formas eres una puta.

Mejor me dejo de mamadas, de soles y espigas suspirantes.
Para qué joder a las palabras limpias
Si por más que te describa,
eres y serás una pinche puta.

AMOR PURO

Para recitarse el día de la boda

Mujer de cielo que lames mi verga,
vé y dile a tu padre que el silencio es nuestro
que los quejidos que te daba de niña,
eran como mi murmullo en tu culo.

Sí, bailarina de las esperanzas,
revienta tus senos lechosos,
di que te hice madre con estos huevos mellizos
de color atardecer de palomas.

Dícelo con un suspiro apretado,
con la palma frotando su miembro,
que nos amamos más que la razón
y que nos alejamos de su rapiña.

Puede hacer un duelo nacional
y si volvemos será
para meterles la lengua en los coños,
a las vírgenes que duermen con un crucifijo.

AMIGO LLEVATE A MI MUJER

Amigo, llévate a mi mujer a reposar sobre tu alma.
Te regalo rosas y claveles blancos para que adornes tu departamento.

Tienes que amarla. Tienes que poseerla como agua de arroyo.

Amigo, yo te amo pero no te puedo poseer, por eso te ofrendo a la hembra que Dios me otorgó.

Bésala, ámala, chúpala, gózala, péntrala y conocerás el verdadero valor de mi amistad.

Poséela, castígala, aráñala y gózala otra vez más.

Quiero que repose su voz sobre el caracol de tu oído, por donde me escuchas, espejo circular que me repite, alma timpánica, corazón de nuestra tierra.

Pero amigo, después de que la ames huye, la tentación de matarte puede ser tan fuerte como el sexo.

Acribillarte de odio pues no puedo poseerte.

Matarte. Eso sí es morir de amor.

MIENTRAS ELLAS COPULAN YO BEBO

Mientras miles de parejas copulan
bebo un trago largo de ron.

A ellos, a los que se aman a mis espaldas saludo.
A la que ayer me amó para siempre,
a la que sólo me dejó fracturarla con mi deseo una vez,
a la que me rechazó hoy por la mañana en el teléfono.

Estoy enloqueciendo.
Beber ron con jugo de uva a las dos de la mañana,
sintiendo en mi cuerpo los bramidos de los machos que
perforan a mis mujeres.

Qué fuerte es la vida, qué fuerte es su poder de
destrucción.
Ahora miro mi mano, parece normal, no lo es. Líquido
fantástico riega mis ojos y mis miembros son inmortales.

Líquidopreciado, aunque huele mal no lo desprecio.
De niño estaba seguro de enamorarme de una prostituta,
por eso le temo al alcohol. Le temo a su amor, a su amor.

Quizá falte una frase por escribir,
todas serían iguales:
bebo incógnitas rechazadas y rompo mi espejo.

Sigan copulando,
sigan acomodando sus ingles sobre las de los machos,
no importa, perforen mi vida,
yo les pagaré con el corazón en la mano,
en lugar de chorrear sangre derramaré licor de caña,
me arderán los ojos, seré infeliz
pero ustedes contentas le dirán a su nuevo macho:
¿Te gustó papacito? ¿Lo hacemos otra vez?

PA'QUE ME LA HAGO TANTO DE PEDO

Pa'qué me la hago tanto de pedo
si las nalgas nunca se acaban,
lo dijo el gran filósofo Mike Laure:
"la cosecha de mujeres nunca se acaba"
y ese Mike sería Malcolm Lowry
y diría:
"el que tiene una mujer tiene todas las mujeres
y el que tiene a todas no tiene ninguna."
Yo perdí a todas,
huyeron de mí por indecente, compulsivo, cabrón.
Seguiré el consejo de Laure
me revolcaré entre tetas
y me envolveré de blanca y espantosa soledad,
de horror en los ojos,
de hastío en el pecho,
de dientes internos,
de úlceras
y de improvisaciones.
Lo siento,
también soy mortal.

TODA LAS MUJERES DE MI VIDA

Todas las mujeres de mi vida, todas,
han sido unos padrastrós sangrantes de mis dedos.
En su abandono despegan un pedazo de mi corazón
que jalado hacia la tierra se asfixia,
una semilla abortada, sin espejo que la alimente.

Pobrecitas de las mujeres que me han abandonado,
no saben que antes de morir mataré a sus padres y a sus
hermanos.

Que incendiaré su casa y me iré a una cantina
a hablar de amor, para luego suicidarme.

Me juzgarán por esto,
pero yo, impávido y sereno, les diré en el juzgado:
¡Qué Dios las perdone!
Yo sólo puedo condenarlas.

“Pero si tú eres el condenado”, me dirán “e irás a la horca”.
Sí iré, pero Dios va a morir conmigo;
pagará su culpa por haberlas creado.

MUJER

Mujer,
te engañé,
te prometí un jardín de rosas
y te di un cerco de espinas.

Mujer,
me engañaron,
prometieron educarme
y aprendí a reprimir.

Mujer,
te engañaron,
prometieron educarte
y sólo aprendiste a ganar sexo y dinero.

Mujer,
nos engañaron,
prometieron enseñarnos a amar
y sólo aprendimos a competir.

Mujer,
te encerré, te vejeé,
y te enseñé la vida.

Mujer,
me diste frutas y sexo
y me enseñaste la muerte.

Mujer,
contigo aprendí a escribir al revés,
y en agradecimiento te maté, te maté, te maté.

Mujer,
sal de tus cenizas,
salva mi vida matándome.

SOLUCIONES INSTANTANEAS I

Para satisfacer a una mujer
hay que darle placer y después arrebatárselo.
Ya enamorada
hay que seducirla amarrando un hilo de acero
alrededor de nuestros testículos,
se le regala como correa de perro
y el final ya lo conocen.

SOLUCIONES INSTANTANEAS II

¿Quieres que no te deje tu mujer?

Fácil: déjala primero.

Huye de ella, su vientre como arena movediza te tragará,
toda tu poesía será feto. Ya nacido, hijo.

Te lo arrebatará para enloquecerlo.

Ya estúpido lo mandará con otra mujer
para que lo trague y lo haga feto.

¡Escapa, invagina tu verga y deja penetrar las palabras!

Puedes volver a respirar.

CRISTALES I

La primavera se extiende,
los poemas ya no son hojas de otoño,
ahora florecen en señal de amor.
Es cierto, las flores son terribles cuando se odia,
pero cuando se ama todo parece un cristal,
hasta que llega una mujer que nos deja plantados con olores y
deseos de amar. Se rompe el cristal y se comienza a aprender
a odiar.
Mujeres que han estrellado mis cristales internos,
dejadme ser como vosotras, alegres, flores a prueba
de rayos,
endemoniadas bellezas que temen marchitarse,
a mi hijo también lo romperán en pedazos,
no hay descanso para su envidia del pene,
las he visto gozar más al ser infieles y tontas
que al recibir las atenciones de un guerrero.
(De ahora en adelante no les ofreceré más cristales, puesto
que los convertiré en espadas.)

CRISTALES II

¿Y si fueren cristales de colores?

Triturados por mi pasión.

El naranja celoso, el verde del horror, el azul un cuchillo,
el amarillo la sinrazón, el negro de los abortos, la luz blanca
sin fuerza, sin color, tan sólo como un amanecer maldito.

He roto cristales de mujeres.

las he torturado,

las he ridiculizado,

debieran romperme en mi colores,

no importa,

el suicidio me liberará de todo,

la muerte se encargará de cegarme el odio

y los muertos me darán la bienvenida.

Sólo vine a dañar mujeres que dañaron hombres,

es muy sencillo que alguien se nos resbale de las manos.

Sobretudo cuando jugamos con él.

Lo peor es que todavía queremos juntar los pedacitos de

vidrio, luego nos la pasamos cortándonos los dedos,

la sangre que chupamos es nuestra nueva madre,

nos quedamos solos, malditos, pendejos y locos.

¡Esto es el amor!

CRISTALES III

Te empujo,
me empujas,
nos empujamos,
y lentos por el desequilibrio
caemos filosos sobre la faz de madera,
sobre esa nueva tumba nuestros pedacitos se confunden,
es así que muertos congeniamos y a nadie reflejamos.

YA NO ESPERES A TU CHAVA

Deja de esperar a tu mujer.
Nunca vendrá,
prosigue en el curso de los veinte años
y a los treinta te buscará,
pero no regresará,
sólo vendrá por tu hijo,
lo sembrará en sus entrañas,
te lo quitará
y ya lejos no volverá.
Vivirá en una casa con jardín,
con un padrastro que no esté loco como tú,
con un tipo que trabaje,
con un rico con cara de importante,
con manos de manicure,
no sabrá acariciar a tu mujer,
pero ella lo enseñará,
y tú te ensañarás contra todos
y lo más probable es que quieras acabar con todos
y seguro acabarás cirrotizado.
Deja de esperar a tu mujer,
y si regresa a sacarte un hijo
dile que tu vida se convirtió en artificio
y que ahora tienes agua literaria en lugar de sangre,
Sida en vez de una simple gonorrea
y que prefieres seguir llorando sobre tu pecho
que llorar sobre una corbata,
con las manos vacías,
como lo hará ése que pudo ser padrastro
y que ahora será padre,
de la mujer que le regalaste,
y su hijo será suyo,
y tu mujer será de él,

sólo te quedarás con la noche
y la libertad.

Como si fueran tus hijas.

Amamántalas.

LLAMO A DIEZ TELEFONOS DE CHAVAS

Llamo a diez teléfonos de chavas,
tres me los dieron equivocados,
tres tienen que salir con sus papis,
tres más van a sus clases de danza
y otra se casó la semana pasada.

Arrugo los papelitos en que estaban anotados,
como si fuesen mi corazón los echo al cesto de la basura.

Siento un apretón en los lagrimales.
Es estúpido llorar por no tener con quien salir,
más estúpido aún mentirles y hacerles creer que tengo
muchas con quien salir. Así se sienten contentas; pueden
bajarle el marido a la mamá.

Pero todos son interpretaciones,
sólo las metáforas me contienen
para no ir a romperles la madre.

Diez chavas muertas,
de seguro se fueron como siempre a hablar de modas y
pendejadas, a hacer pendejadas o a coger con un cabrón que
les habla de pendejadas. Todo esto les encanta.

¿Acaso es más importante quedar bien con el abuelito?
¿Con el papá, los tíos y un estúpido novio que ni siquiera
conoce la presión exacta sobre el clítoris?

Las que me dieron el teléfono equivocado estarán ahorita
pegadas a la boca de un burócrata con buenos billetes.
Las bailarinas se quedaron encantadas, frías y descompuestas
frente a un espejo.

¿Y la que se casó? Ahora le chupará la sangre testicular al marido.

Lo secará, lo rellenará de aserrín y lo llevará de compras los domingos a Perisur.

Como no existen las mujeres buenas es mejor reposar sobre las metáforas:

Luna de miel que me olvida atrapándome en un dulzor muerto.

Pasado nunca más vivido en el futuro.

Palabras tristes caen en vómito sobre diez papelitos en el cesto de la basura. Mi corazón está también ahí.

YA NO HAY VIRGENES

¿Qué ha pasado?
¿Qué nos ha sucedido?
¿Qué castigo nos mandas, Dios mío?
Ya no hay mujeres vírgenes.

Todas se han prostituido,
como ratas han aceptado las caricias de las piedras,
de los muertos, de los otros.

Como unas celdas
las mujeres se acercan amputadas, deformes,
sin himen.
Habitadas por asesinos.
¿Por qué dejas que piensen, Dios mío?
Déjalas esclavas, esperándome,
si bien sabes que llegaré a cada una de ellas.
Déjalas sin manos para que se acaricien,
déjalas sin vista para que no atraigan a los perversos,
a los cerdos fantasmas de mi amanecer,
esos que por las noches me despiertan,
burlándose de mí, con un sucio himen desangrado,
devorado por otro,
una sucia manera de hacernos llorar,
una horrible ilusión de ser pisoteados por sombras.

UNA MUJER FUMA

Una mujer fuma y fuma frente a un hombre que la quiere besar.

Yo se lo propongo,

tú se lo propones,

ellos se lo proponen,

todos se lo proponen,

pero ella quiere fumar,

prefiere besar un conducto de humo muerto

que una boca que piensa.

¡Pobrecitas de las mujeres!

Si les hablas de sexo te aman o te odian;

pero no tienen la culpa,

todos sabemos que el lenguaje es una piedra,

ahora la decencia lo ha puesto de cabeza y nos aplasta.

¿Quieres un cigarro? Sí, gracias.

¿Quieres hacer el amor? Ve y hazlo a tu madre, o con tu

abuela.

(En el enojo demuestran ser caritativas.)

UN HOMBRE

Un hombre:
un día ángel,
otro diablo.
Así le gusta a la mujer;
hasta se hincan,
necesitan su diablo,
¡mujeres con alma de diablo!
Aquí se regalan arañazos en las nalgas,
lengüetazos frágiles
e ideas desmembradas.
Toma lo que puedas,
mi voz es música
y tu olor canto.
Entre azufre y nubes
les encanta a las mujeres.

¿QUE RARO TE AMO, VERDAD?

Como no le tengo miedo a la muerte,
ni a la tortura, ni tampoco a la soledad,
soy tuyo, amor mío.

No me importa que tu padre, estrelle mi cara contra
el suelo.

Ni que tu madre me niegue la leche que te dio.

No me importa nada.

Por eso no tengo nada que perder.

Por todo esto soy tuyo, amor mío.

Un mal poeta diría que a ti es a la única que temo.

Pero como soy el mejor de los poetas te repito:

no le tengo miedo a la tortura.

¿Qué raro te amo, verdad?

LLAMADA TELEFONICA

¿Cómo estás, corazón?

Habla tu macho,
al que las feministas odian.

¿Cómo está mi chochito de noche serena?

He extrañado tus palabras en mi caracol,
tus perfumes marcando mis otolitos
(que son las piedritas que te equilibran).

¡Soy el último hombre!

Quise ser el primero,

me rechazas porque soy como la misma película pornográfica,
porque sólo entro y salgo, voy de adelante para atrás,
pero entiende que soy un eterno repetidor vitalista,

no me permitas que engendre la sociedad,

por tu culpa maté de inanición al perico,

le di a comer cocaína y lo metí en la lavadora con whisky,

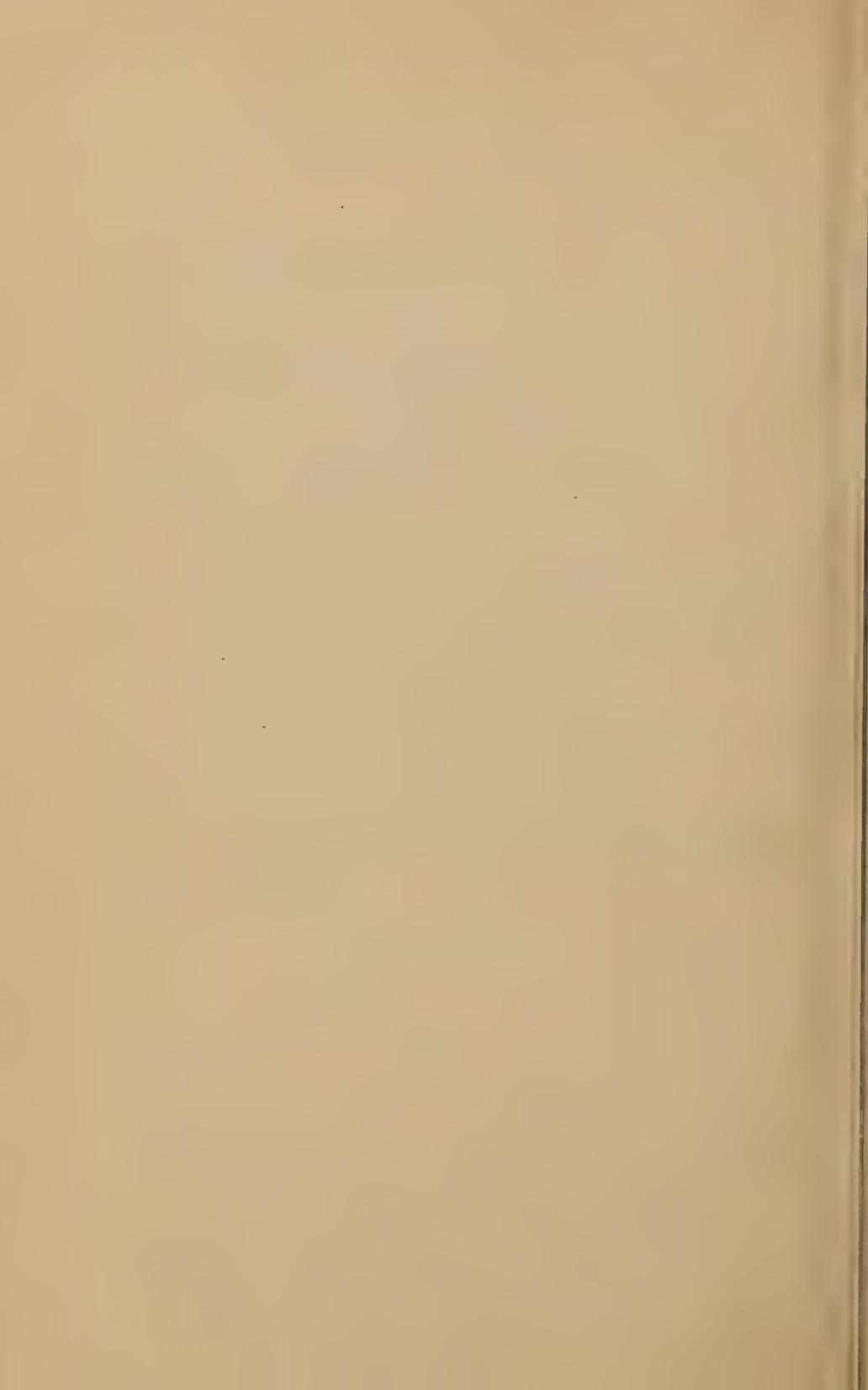
se emborrachó y me comparó con Bukowski,

no supe si estrangularlo o amarlo,

de todas maneras estoy en la misma situación errónea. . .

—¿Qué número marcó? —indica una voz que bien
podría no existir.

Días de vino y mota



SOY ALCOHOLICO

*Nadie sabe nada del alcohol,
excepto los borrachos; el secreto
no debe revelarse a nadie, por supuesto.*

Edgar A. Poe

Soy alcohólico. Lo presumo.
He vivido muchas guerras mundiales.
Me he topado con Dios,
ni uno del 96 me dio.

Soy alcohólico.
Mi cuerpo se ha recostado en la basura,
ahí derramé las mejores palabras.
Los buenos poemas me han atacado,
han retorcido mis nervios,
han lamido mis músculos.

¡Rápido! Una estopa con ron.
¡Eso! Quiébrale los nervios al Diablo. Véncelo.
Levántate.
Existo luego pienso.
Sudo luego me levanto. ¡Orale carnal!
nos robamos un agua de colonia Sanborn's.

Mis venas necesitan más hienas,
risa interna. Felicidad llorosa.
Improvisación de Sexo, caída mortal.

NOCHE DE VALLE

Para: Ariel, Lulú, Pati, César, Ocio, Sopa, Vicio, Daniel, Chori, Marcel, Jano y Fany. Estrellas inmediatas a su propia emoción.

Ayer subí a una loma de Valle de Bravo, era de noche y bebí licuado de peyote.

Enmedio de tanto respiro y estrellas inmediatas, volví a saber que era pequeño y sentí la necesidad de orar ante Dios.

Todos mis pecados me fracturaron.

Sin poder más, caí rendido.

Sobre mis rodillas, ensuciando mis pantalones de ciudad, que olvidaron el sabor a barro, levanté mis brazos al cielo, sentí lágrimas caminar por mis rostros, y pidiendo clemencia grité:

“Dios mío, ahora lo comprendo todo.

¡No volveré a comer un Gansito Marinela!”

MI MUJER ME ESCONDE LAS BOTELLAS

Mi mujer me esconde las botellas,
mis cuates me rehuyen,
los críticos me dicen que ya chale con mi alcoholismo.
¿Por qué Señor? Por qué cortar los sueños de mi amanecer,
por qué no escuchar el ruido del tren.
por qué no abrir la garganta y beberse; amanecer y tren.
Ayer me salí de Alcohólicos Anónimos,
estaba harto de la sobriedad,
quiero dormirme como imbécil sobre los rieles de un tren.
Tomar una estrella con una mano y con la otra la impotencia,
mezclarlas y tirarse pleno sobre los abismos.
Caer de bruces, romperse la cara,
y con sangre en los labios
delicadamente besar la tierra.

Por favor Dios mío, no me quiten el alcohol.

COMO ARAÑA

Como araña me sacaron del bar.

Me invitaron a rodar por el viento,

a raspar mi cara en el asfalto,

desangrando al mundo.

Recordando cuando iba a morir en el vientre de mi madre,

podriéndome en pétalos de asfalto cuando

Dios me dijo ebrio en la cantina:

¡Ya no tengo lana!, vamos por un alcohol con hojas de té
que tiene mi compadre.

Como araña me sacaron del bar.

Y caí muerto en el oso de peluche de mi nena.

TRAGOS

No es que sea hijo de los tragos,
en realidad soy hijo de la garganta,
hijo de una luz que no ha nacido.
Extraño alumbramiento.

Es que Dios no pasó por mi garganta,
como un pueblo ando,
de éstos por los que no pasó Dios.
Pobre Dios, de cuántas cosas lo he culpado.

Si yo conociera la garganta de Dios
yo podría ser su trago.
Lo embriagaría y lo convencería de la existencia del Diablo.
Se pelearía consigo mismo,
perderíamos la noche
y ya no tendríamos lugar donde llorar
ni oscuridad donde dejar pasar los tragos
que nos hagan creer que hemos nacido.

PENSAMIENTOS DE ALCOHOL Y MOTA

Bebiendo brandy,
Brandy de reflejo.
Con mota de Oaxaca.
Una chava,
delirios micropolíticos censurados
y mis manos que de pronto surgen desde el reino
de la música.

Chava, aliviáname,
cuando comience a morder las paredes
méteme mis putazos,
dame la regla.
Sácame del espanto y regrésame con los normales.
Voy de un mal viaje a otro mal viaje.

Mejor pongan rock.

¡YA NO QUIERO BEBER!

¡Ya no quiero beber!
Gritan los que beben.
¡Quiero beber!
Gritan los que no beben.

¿Quién entiende?
¿Acaso se buscan en el mismo punto?
Desesperados, un día los borrachos
matan a sus padres.

Rotos los borrachos un día matan sus propias golondrinas,
saben que no volverán.

Saben que se quedarán crucificados por la soledad,
que el silencio los hará pedazos y matarán a sus padres.

¿Y qué culpa hay sobre los padres?
Creo que sólo una: morirse, dejarnos con los ojos abiertos,
padres que se acaban sucios. Nos dictan nuestra repetición,
nuestra sentencia está dicha:
Morirás con dolor.
Parirás con dolor.

Padre, madre, yo no quiero matarlos, pero hay que
hacerlo.

Dios desde su silla lo ordena:
Mata a tu padre de celos
Mata a tu madre de amor.

En verdad sólo quiero un hijo valiente,
uno que se atreva a matarme.
¡Mátame hijo! Y la civilización está creada.

LA SOLEDAD ES COMO LA GARGANTA
DE UN VICIOSO

La soledad es como la garganta de un vicioso.
Con humo desangramos el sabor,
le tendemos la cama a la muerte.

Nos quedamos solos cuando nacemos,
regamos sangre negra sobre nuestros ojos.
Tenemos miedo de mirar la soledad
que bruta nos escupe por sus bárbaros ojos.
Un olor a suplicio nos tiende la trampa
y rectos caemos en la sanidad mental.

En la soledad todo es inmóvil,
hasta las cuerdas vocales de un vicioso.

QUIERO SER ALCOHOL

Yo envidio el alcohol,
pues yo hubiese querido ser líquido violeta,
exudación de diablos,
secreción de vírgenes que se masturban.

Para qué tomar lecciones de magia,
si con un solo dedo de ginebra
aparezco múltiples colores que mascullan
tres asesinatos y un incesto.

Yo quiero ser alcohol,
líquido que sopla y exhala rock,
huella dejada por minotauros.
Música con asma que dice: quiero ser alcohol.

COMO SOY AMANTE DE LA VERDAD

Como soy amante de la verdad
soy un enamorado de la muerte,
una lleva a la otra.

Como soy amante de la verdad
soy un enamorado de la vida,
una lleva a la otra.

Después de estas dos estrofas
(o como se llamen)

¿puede alguien llamarse poseedor de la verdad?,
¿dónde están los dueños de la poesía?, ¿qué opinan los
literatos?

Los que no creen en imposibles:

Todo el día somos egoístas.

Todo es creíble.

Tengan piedad de mí,

quiero verlos morir.

Todo es una copia

y todo es verdad:

Amo la muerte y la vida. Los engañé.

Esa es la verdad.

Me engañaron:

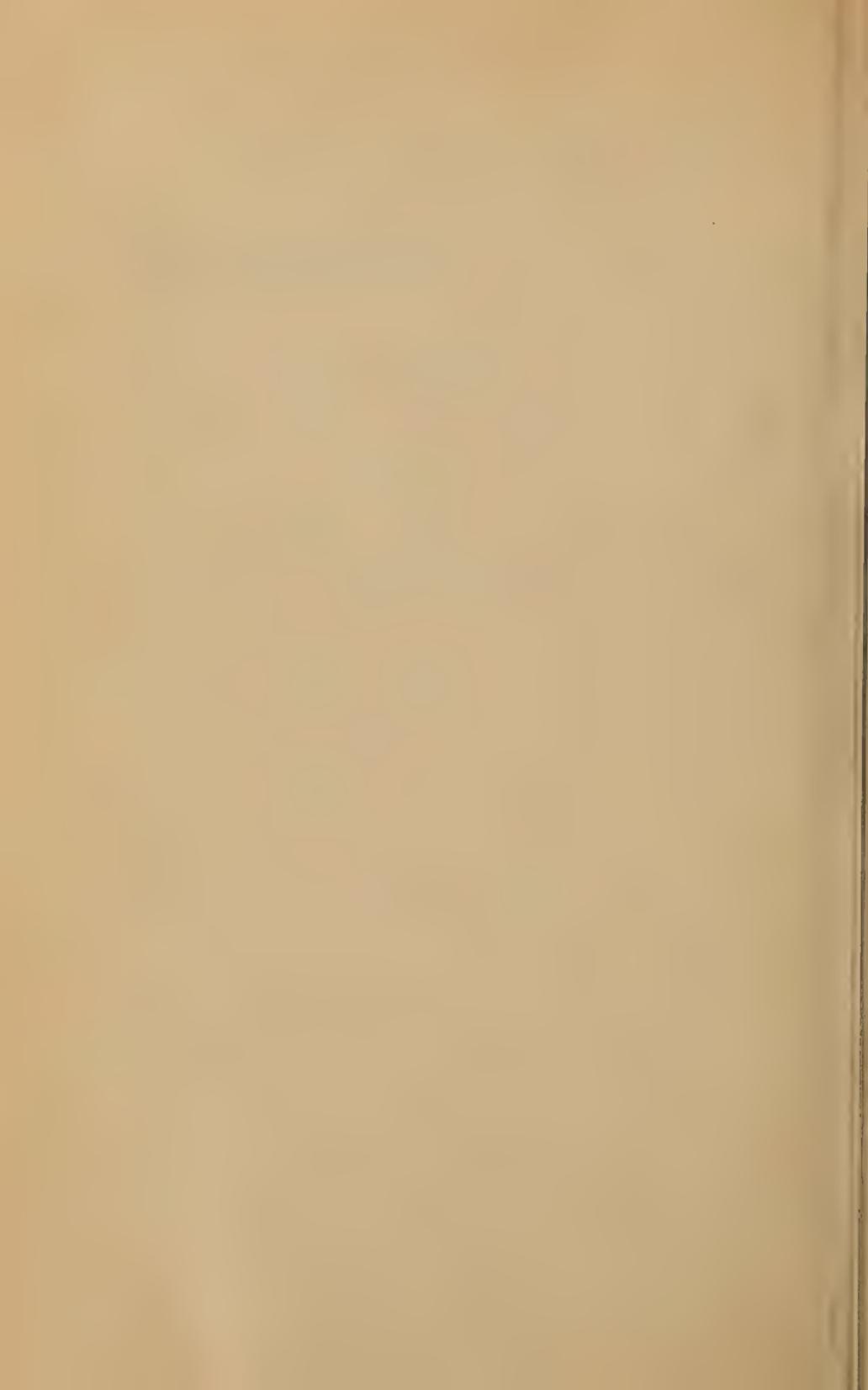
esa es la verdad.

Los engañé y me engañaron.

Moriremos abrazados.

En una cantina.

Retrato de familia



FAMILIA

a la familia

Extranjero a ellos, olvidado
olvidándome en la tundra.

(En la cabecera se sienta mi padre)

Orinando la barbaridad,
vociferando los gritos del suicida.

(A la derecha de mi padre se sienta mi madre)

Temblando por los gritos de la mujer macheteada;
abrazado al cuchillo, mirando al último hombre.

(Frente a mí se sienta mi hermano)

Masticando las montañas, sobre la punta del rayo
lanzados al vacío; la tundra se mancha de rojo

(A la izquierda de mi padre se sienta mi hermana).

LAS CENIZAS DE MI PADRE

Estoy encerrado con las cenizas de mi padre,
Me volví loco y las robé de la urna.
Tomé un puño y lo fui regando por la ciudad,
como semillas, de las que nacieron
un montón de borrachos.
Hombres inmensos y bendecidos por la bebida
salían de la tierra, en lugares comunes sembré poesía,
corrí hasta este lugar,
ebrio de dolor supuse que nuestros puños al fin estarían
encontrados.
El suyo muerto, alfil que me persigue y el mío azaroso,
como el caballo que esgrime una espada de poesía.
Papá, mas no padre.
Usando la palabra, mirando tu polvo, noto las heridas de tus
catorce operaciones.

Te operaron de raíz, de estómago, cuello y páncreas.
Creo, llegaría a presumir, te operaron el día en que nací.
Quizá te dolió tanto que por eso me amaste.
Tu amor llegó a perdonarme el que te matara en vida.
Padre autorrespetuoso. Señor de mi corona de espinas.
Gracias por mi locura.
Miraré tus cenizas,
y sacaré hierro de la tierra,
revueltas se las daré a un niño,
le regalaré un imán y veré cómo lo juega sobre un papel.

Qué mejor uso podrían haberle dado mis parientes:
¿sembrarlas en las rocas?,
pudiera salir una flor.
Pero prefiero el juego a una flor arrancada.
¿Te fijas cómo aún después de la muerte te respeto?

AH, QUE MONSIVAIS TAN CABRON

“El único compromiso del escritor es escribir bien”,
dice Monsiváis.

Pero cómo escribir bien, si tengo que subir a robarle los
cigarros a mi hermano mientras duerme.

Es el ventisieteavo cigarro que fumo antes de las diez de la
mañana.

No he probado una bocanada de oxígeno desde hace
tres años.

Cuando duermo, sueño que fumo y eso me evita
las pesadillas,

me evita soñar con los pechos secos de una bailarina,
me evita creer en Dios y pensar que no podré suicidarme,
me evita tener que ir a un taller de cuento a mirar una
partida de imbéciles que esperan que contraiga y
descontraiga mi ano a su antojo.

Déjenme escribir mierda, mierda mal escrita, la mierda
viene de las contracciones.

Y ni sus úteros flácidos ni sus vergas flácidas podrán
maltratarme.

Quiero inventar palabras, mojonos de un viejo enfermo
que no controla esfínteres.

Ensucian, apestan y salen
cayendo sobre la acera.

Mientras, una pareja de burgueses de la embajada rusa
mandan un policía capitalista para que me encierre.

Sólo Jim Morrison en la oscuridad me salvaría.

Sólo Baudelaire me lloraría,

Sólo el pene del Marqués de Sade me engendraría.

Carlos Monsiváis, ¿me escuchas?, mi padre murió ayer
y eso no lo puedo escribir bien.

LA SANTA DE MI MADRE

Que mi padre me dijera con la voz del que aún no muere
su última voluntad.

En el momento que lo dijera ya estaría dicho.

No podría detener su boca.

Pero qué distinto sería que me dejara una carta
una carta sellada con su saliva.

¿Cuándo la abriría?

¿Junto a su féretro mientras lo miro desde arriba?

¿Con los ojos entrecerrados y dos algodones con formol
en la nariz?

Puedo guardar años esa carta.

Esa carta puede ser mi condenación.

No puedo enterrar a los muertos.

No puedo enterrar a mi padre.

Me habla desde la voz de mi madre, de mi hermano,
de mi hermana.

Sus órdenes han quedado grabadas en ellos.

Pero a ellos sí los puedo enterrar
porque están vivos.

Y cuando lo haga se convertirán en semillas,
saldrán al sol y como sauces llorarán a mi padre.

Ignorarán sus órdenes,

regalarán todas sus pertenencias,
seguirán su propia locura y por fin
yo podré enterrar a mi padre.

Y con él la carta nunca leída.

MAL HUMOR

Mi papá amanece de mal humor,
mi hermana amanece de mal humor,
mi mamá amanece de mal humor,
mi hermano, yo y hasta el auto amanecemos de mal humor.

¿Acaso es inflexible el hastío?

¡Hasta dónde nos llevará con sus úlceras, sus golpes y sus
dientes!

El mal humor y el hastío nos llevan de la mano
por la cuerda floja.

Sólo la sirvienta está de buen humor,
y es que ha de ser divertido

observar a cinco burgueses llenos de cosas que les muerden el
alma,

sólo ella está de buen humor y esto nos pone de mal
humor.

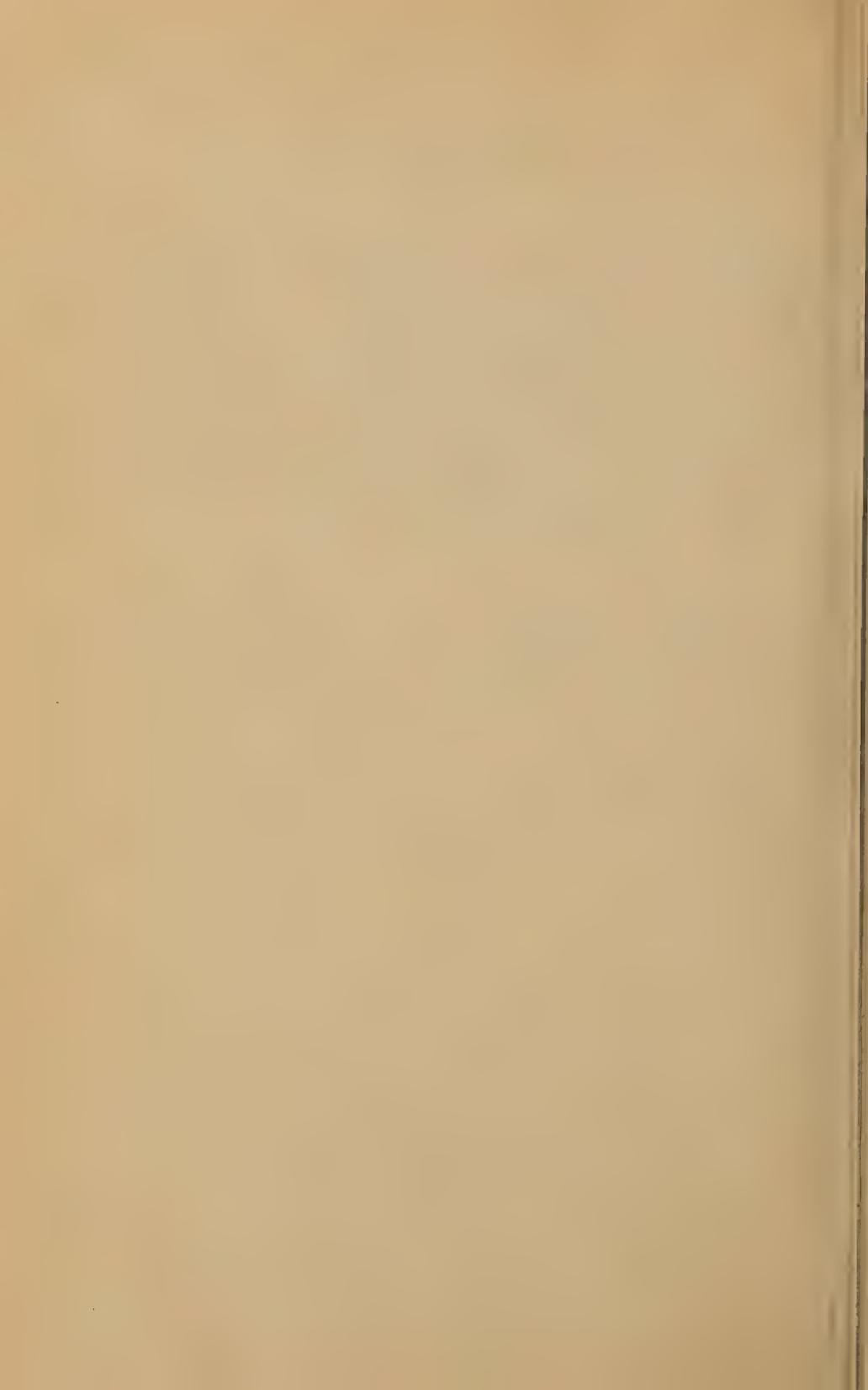
NUESTRAS HORRIBLES MADRES

Nuestras horribles madres cantan al unísono del odio,
dentelladas eternas consumen nuestras vidas,
he aquí que con hambre extrema
el cuerpo gime, llora, se desvirtúa y muere,
nuestras horribles madres nos han criado y abandonado,
su destino será por siempre parir con dolor
y vengarse del hijo que les provocó esa miseria.

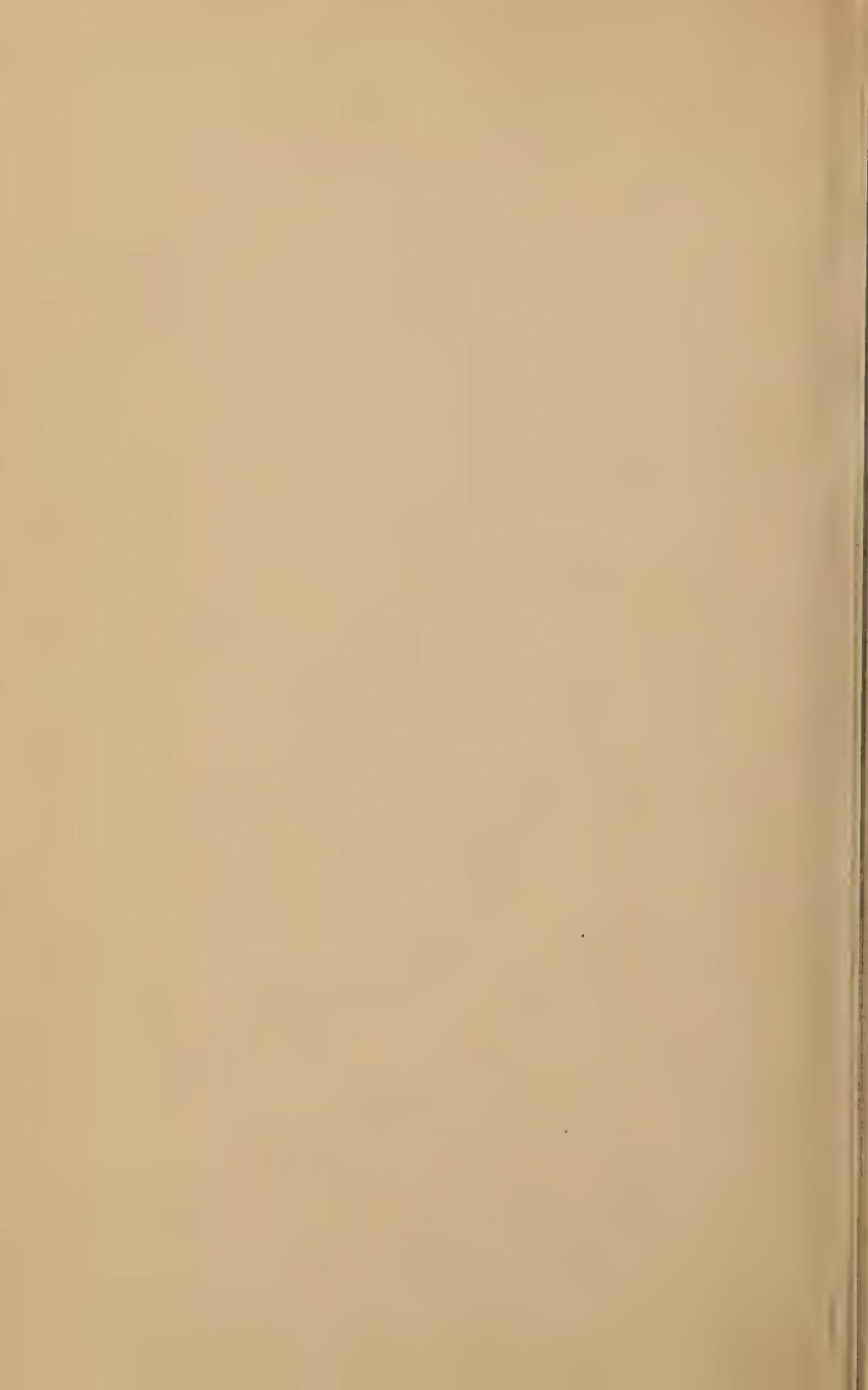
MI MADRE

Cuando conocí a la primera mujer, antes de mi
concepción,
aún sabía de la existencia de Dios.
Luego llegaron las lluvias y con ellas mi madre.
Un cúmulo de odio llenó mi alma.
Algunos la llaman "inconsciente".
Yo soy un inconsciente, me orino en las mejores aceras.
Busco borracho a mi madre porque me llenó de odio.
Una pus de mezcal me dio por pecho.
y voy hasta su féretro los días que ella muere.

Ella muere a diario,
con cada copa la mato,
le muestro mi *delirum tremens* en medio del cementerio.
Las tuzas saben que ella es buena.
Yo también lo sé,
pero a alguien debo culpar de mi cirrosis.
Y así seré menos cruel.
Y por lo menos, lector, no entraré a tu casa.



De impotencia. . . literaria



ORACION PARA CUANDO RECHAZAN TU NOVELA
DE SEIS EDITORIALES

Con ternura, para todas

Oye mamita, bájate tu calzoncito,
pues quiero escribir como Proust.
Andale chichona, déjame olerte los labios menores.
Hum. Quiero escribir como Faulkner.

Ahora así, ponte en cuatro patas,
como el famoso chivito en el precipicio.
¡Así! para las nalguitas. Enséñame tu esfínter.
Apriétalo y relájalo. Quiero escribir como Onetti.
Coquetéame con el ojete, quiero escribir como tú.

Descifrar todos tus lenguajes,
punzante con una varita, horadarte, esculpirte
con palabras.

Mamita enséñame a escribir como Dios.
Siquiera un *bestseller*, mis niños tienen hambre.

Orale yo te detengo el trago,
ábrete las nalgas con tus manos.
Rico nena, así comienzo a escribir.

Ningún crítico me ofenderá, ahora voltéate.
Pon tus patitas en mi hombro. Vamos a volar.

HAY POEMAS QUE NACEN MUERTOS

Hay poemas que nacen muertos,
así, fetos, los meto en formol.
Los días que te recuerdo
los bebo y vuelvo a llorar poemas muertos.

Este es un círculo vicioso,
tiene que ver con la nostalgia y el aborto
tiene que ver con mi madre y con tu madre.
Con el árbol más cercano
y la hoja lluviosa que me moja de formol,
formol que bebes
los días que te vuelves loca por mí.

LOS BUENOS POETAS

Discurso para recibir el Premio Nobel

Los buenos poetas escriben versos felices,
los construyen con el culo relajado,
están tranquilos,
porque saben decir en metáforas
un lenguaje lavado.

Se les olvida que están perdidos,
que chorreando mierda los vigilamos,
que estamos cerca de ellos,
pues su mujer nos presta el coño rasurado.

Los buenos poetas tienen el cuarto lleno de libros,
cargados de formas de sintaxis,
con escritores que se morirían al conocerlos,
de aburrición —sin licor—, de vacío.

Los buenos poetas tienen las palmas blancas,
porque no se masturban ni de noche, ni de sombra,
no les salen pelos en las manos,
ni se piensan con los ojos en el coño de una abuela.

Los buenos poetas no se juntan con los Hombres,
el vapor de una nube los ha elevado
y se pierden por el cielo amando a Dios
pagando impuestos, colaborando con sus lobos.

Los buenos poetas me aconsejan que ya no escriba,
porque hago malas rimas, tontas gramáticas.
No saben que con esto,
salvo a gran parte de la humanidad,
poniendo a coger: monjas y curas.

Los buenos poetas tienen odio,
de hacer metáforas con las uñas sucias,
les molesta oír el lenguaje en la boca del inculto,
que les envasa el café que beben en la mañana.

Mientras yo, aquí,
espero a la madre que los vio nacer
para que saque mi esperma con dulces besos.

SIEMPRE . . .

Siempre debería tener una hoja de papel blanca
en el rodillo de esta máquina.

Tenerla lista como la cajetilla en la bolsa del vicioso.

Tener lista la hoja, como también tener listo a un lector,
sentarlo en el momento que queremos

a güevo y sin protestas,

como el amo y el esclavo,

eso sí sería vivir de veras,

¿o no?

DE VERAS, LO SIENTO

Quería escribirte un buen poema, sin prisa.
Pero tengo que vacunar a mi perro.
Todos tenemos rabia en esta casa,
hasta el gato y mi máquina de escribir.

Desde que te marchaste Dios me mira diferente,
le ha puesto puntos negros a mi cerebro,
donde apareces tú claramente abierta,
con las piernas abiertas recibiendo la espada de mi padre.

Lo siento, me cortaron los brazos para hallarte,
sólo pude ver tus ojos despidiéndome
el día que mis piernas desaparecieron
en medio de un mar de estúpidos.

Quería escribirte un buen poema,
salió éste; lo siento
ahora sólo recuérdame,
cuando centímetro a milímetro
te sientas penetrar,
por la carne de mi enemigo.
De veras, lo siento.

HACE TIEMPO QUE NO ESCRIBO

Hace tiempo que no escribo,
desde hace un buen rato que no dedico la vida
a crear un poema estúpido que nunca será leído.

Y si nunca será leído
puedo tratar de engrandecer mi llanto,
de enmudecer a las palabras con una estopa de gasolina,
de morir en los brazos de Lope de Vega
o de algún otro que vendan los superjodidos en los semáforos.
Puedo besarle el coño a Dios
y los morbosos dirán que soy repetitivo.
Puedo ordenar mi propia captura,
ser mi criminal
y escribir un poema nunca leído.

NO PUEDO ESCRIBIR

Ya llevo tres cervezas encima y aún no escribo nada,
quizá no tienen la misma calidad de antes,
ahora sólo siento el embrutecimiento del cráneo
que cae por una cascada, una pesadez en los genitales
y mil maneras de llamar a la poesía:
Circo Romano,
misma luna que vio Napoleón,
el recuerdo de una puta sin valor
y una planta de mariguana en el fondo de mi corazón.
Qué carajo, cómo mierdas escribir con cervezas de mala
calidad, qué envidia poder escribir sobrio.
Nombrar la desesperación con labios de fuego
y no con el coño de una mujer irritada por la chancrosidad.

Qué envidia escribir sobrio, como los que saben escribir
(los que dicen que saben escribir, mierda, Dios mío),
déjame un lugar en el Olimpo, siquiera como paria,
siquiera como algodón de mujer en regla, o como basura,
pero déjame un lugar en el Olimpo, aunque sea con tres
cervezas baratas.

Aunque sea con los ojos muertos de una
estúpida res en medio de un poema que gime diciendo:
llevo tres cervezas y aún no puedo escribir.

OJOS

Dicen que escribo mucho de los ojos.
Cierto. Cada vez que tomo mi cara con mis manos
los expulso de mí.
son unos limpios informantes de la condición humana:

Mi hija despellejada por un estalinista.
Mi hijo vendiendo sus venas para comer.
La terrible cara de mi espejo.

Todos esto son mis ojos,
cuevas feroces donde grita una niña,
donde sopla el silencio
y donde las pisadas de mi enemigo
se convierten en mis huellas digitales.

TODO ES POESIA

Todo es poesía
pero a nadie le interesa la poesía.
A lo mejor la videopoesía vale la pena,
sentar a la chingada gente a escuchar a güevo la poesía,
enseñarles los espacios abiertos de Paz,
los raros poemas de Eliot
(Que parecen tarjeta de crédito entre los emperadores
de la poesía).
no los detesto,
los describo infinitos sobre este mármol que es el lenguaje
que voy esculpiendo igual que la noche me cerciora infinito
sobre una poesía nunca leída. ¿La poesía será tiempo
perdido? Esta es la idea.

Hastío, demonios y abandono



UN POEMA ANTES DE COMER

Un poema antes de comer,
con hambre,
hastiado de hastío.
De burgués anónimo,
romancero tedioso,
con razón dicen que hay más tiempo que vida.
Nunca he padecido hambre,
soy ridículo pero quiero ser poeta,
la suerte me otorgó el tedio.
Lo siento, trabajadores. Causo tedio.
Soy el hastío de Dios
y de mi padre.

LEJANIA

En lo cotidiano te busco,
en una lata de cerveza, en el arca de Noé,
en mis ojos, en el espejo, en tu fotografía.
En todos lados te busco,
y así, liviana, en el momento menos pensado,
te apareces en el perfume de otra mujer,
en el reflejo de una taza de café,
en la bondad de la mariguana,
en mis manos.

Pero hay días en que no apareces por ningún lado,
desdibujada y despeinada apareces en mi pantalla mental,
te recuerdo sin recordarte,
días enteros enterrada,
como un dolor que no habla,
no escucha, no mira.
Un dolor olvidado, lleno de angustia,
hasta que por fin te vuelvo a ver
en el reflejo de una taza de café
en el ruido de la lluvia
y en mis manos.
Esas manos con las que me tocas
cuando me masturbo.

EL CIEGO EN EL MAR

Un atardecer eclipsó la cara de la nostalgia;
hizo morir la luminosidad de los reflejos
Estás ahí donde no existe el tiempo ni la luz;
entre el ruido pacífico y la resaca oscura de las arenas.

Te miro y dudo:
¿creerás que los insectos son peces? ¿confundes
las pisadas de unos con los aletazos de los otros?

Tú haces que los sanos lloren,
que el pasado que fue bello torne en negro
el futuro que está llegando.

Cuando niños cerramos los ojos, para jugar
que somos ciegos y Dios nos da el derecho de creernos sordos,
mudos,
tontos.

Hasta que llegas tú, que no juegas,
llegas a sacarnos los ojos siniestros y colocarlos
en tus cuencas inservibles.

Para mirarnos desde la espuma del mar.
Y con las lágrimas de nuestros propios ojos, buscar a Dios
y no verlo.

Buscarlo para maldecirlo, para preguntar: ¿por qué naciste
tropezando? o ¿por qué te escogió a ti para saber más del
infierno? o ¿qué le hiciste para que te convirtiera en ateo?

Porque tú ya no crees en Dios,
aprietas la arena con tus plantas,
y gimes en la brisa buscando la nada.

ADIOS LINDO COÑITO SUCIO

La última mujer que me dejó, enfermó mi boca de sed,
cuarteaduras labiales con chisquetos de sangre,
una expresión de un labio leporino mal planchado,
la navaja del hambre y las encías marchitas.

Mi ano destrozado al no tener con quien limpiarme
sufre supuraciones
se fue el papel que me limpiaba cada vez que me servía el
désayuno.

Ya no tengo a quién hacerle pucheros y derramar la comida
hasta el babero.

Huyó la compañera de mis días de sadismo,
donde la cubría con un velo parecido a una mortaja.

Ahora quién me recibirá cuando llegue pedo,
ya no tendré a quién vomitarle mis palabras.

Mi espejo se rompió, más bien lo hice añicos
el día de mi cumpleaños.

Ese día me festejaba en la secta de los testigos del Diablo.
Desdichado pero tajante el cornudo y rojo ser me posesionó
con ansias de asistir al cine a buscar aunque sea
esa isla desierta en el mar.

Esa isla podría ser un puto que me la mamara, una mujer
degenerada que en el asiento de junto me deje clavarme
uno de sus senos hasta cosquillearme la campanilla con el
pezón, producirme el vómito y así, con sangre de abandono,
hacer arder mi boca castigada.

NO QUIERO QUEDAR BIEN CON NADIE

No quiero quedar bien con nadie,
quiero escupir a los periodistas,
odiar a los escritores,
vomitar sobre los empresarios y los carceleros.

No quiero que nadie me ayude,
en fin, ya me han olvidado.
Mi fama será conmigo mismo,
sólo yo podré ver mi mierda
y mis piernas que se van enflaqueciendo con el tiempo,
mi tumba será mi cama
y no sabrán de mí en un año.
No quiero quedar bien con nadie,
quiero arañar la vida
y caer en el olvido de todos,
como una piedra en un pozo.

HABITACION DE GARGANTA

No entiendes mis palabras, no sabes mis voces.
Si yo hubiese habitado tu garganta,
nuestro canto subiría por un árbol.
Y dos manzanas, dos pecados,
nos hubiesen reproducido.
Andaríamos llorándole a la noche,
maldiciendo por ser hijos nuestros,
uno muerto, el otro casi deshabitado.
Y es que nos gusta arañarnos,
jalarnos las membranas eróticas,
desgarrarlas de ansia,
de deseo de comernos,
de mirarnos en el espejo, para que a la primera mordida
un filo nos corte la vida.

PENSAMIENTOS

En un día he vivido lo siguiente:

ver a mi exmujer, que dijo

haberme pertenecido, cuando se besaba con otro en la calle.

Cómo se reían de mí tras de la puerta mis vecinos.

Cómo un amigo me robó dinero y cómo otro que decía
protegerme me confesó que se masturbaba pensando en
la mujer que amo.

Faltan dos horas para que transcurran las veinticuatro
guillotinas del lenguaje.

Dos horas, en donde espero a la mujer que amo,
en donde me entero que no llegará.

En menos de un día me he quedado solo,

todos los días me quedo solo.

Parece que hay un virus que sólo me ataca a mí y siempre
me orilla al barranco a enfrentarme con todos mis deseos
de ir a dar a un bote de basura.

En un bote donde están apilados los cadáveres
de los que me han dejado solo.

UN RECUERDO

Estoy solo,
me levanto, orino, cierro los ojos
y pienso que eres tú la que orinas.

Creo que terminarás y regresarás a la cama
donde te estoy esperando
después de haber hecho el amor.

Tengo que tomar prestada tu uretra, tu vejiga,
tu canto que viene de adentro,
un canto que cae sobre el agua
y me hace creer que volverás a la cama conmigo.
Con la luz apagada,
para pasar esa noche que nos perdió uno adentro del otro.

LA CALLE DIECIOCHO

La calle dieciocho, que es donde vivía,
está bloqueada por nidos de golondrinas.

El diario informa que ayer morí.
Y de despedida lancé mi manifestación.
Los autos más necios se han atascado de plumas negras,
y a un niño cruel le crecieron raíces.

Entiendan que no todos los días muero;
y ya lo había jurado entre alcoholes:
cuando esto se acabe "jodo un rato".

Total, qué es un poco de golondrinas
con los empellones de un día,
con los: "¡Largo bruto borracho!"
que me caían como un Cristo en el ojo.

Qué es un rato de pájaros
con las risas que me orillaban al centro
del desierto arenoso de nuestro D.F. Zócalo.

Por eso, ahora que me enteré que ayer morí,
con los recuerdos sucios de cirrosis
y los dientes apretando la razón
para no perderla por la carne;
he decidido liberar por las alcantarillas
a tantas golondrinas como número de máquinas.

ONIRISMO Y GRAVEDAD

Las piedras tienen un vicio: dormir.
Son como los hombres, rozan, descalabran y matan.

La diferencia está en que ellas sueñan
mientras que los hombres roncan.

Nosotros tenemos estertores que infectan,
ellas no.

Ellas se saben piedras y se conforman,
nosotros no nos sabemos dormidos.

El sueño nos vuelve locos,
sacamos a las piedras de lugar
y las soltamos sobre el cráneo de uno que se sueña piedra,
de uno que no ronca, de uno que fue muerto por otro.

Por eso cráneo sobre cráneo nos apilamos,
nos convertimos en piedras y nos volvemos buenos,
creamos edificios.

Con esto, azoteas,
lanzamos piedras y nos lanzamos nosotros.

ME AMO

De no creer en los hombres terminé por amarme a mí mismo,
todas las tardes tallo el sol en mi espíritu
y echo palabras sobre mi alma como cartas de baraja en la
mesa.

No soy un onanista, a veces beso otra boca que no es la mía,
pero sólo me amo a mí mismo, hasta que un día una
mujer me dijo después de escupirme:

¡Eres un narcisista!

Por eso sólo creo en mí (la eterna canción).

HAY UNA ARAÑA EN EL BAÑO

Hay una araña en el baño,
la acabo de descubrir.
Tengo dos teorías:
una: se quedará ahí paradita
y otra: cuando esté dormido irá hasta el calor de mi cama.
Pero, ¿si le doy un zapatazo me condeno?
Dios para mi no existe, sólo lo fue mi padre pero ha muerto.
¿Quién me vigila?
¿Mis vecinos? ¿La policía? ¿Ezra Pound?
¿Quién?
Sólo yo,
yo, el pendejo asesino
que prefiere convivir con una araña,
que espero se quede ahí, paradita, atrapando mosquitos.
De todas maneras soy asesino
porque pensé antes en mi verdugo que en la vida de la
araña.
Iré a dormir esperando la decisión de ella.
Buenas noches, mi amor.

DESPRENDIMIENTOS

No me puedo desprender del sexo para escribir,
sería castrarme.

No me puedo desprender de ser hombre,
sería como cortármela.

No me puedo desprender de mi odio,
sería como arrancármela.

No me puedo desprender del amor,
sería regalarla a los chacales.

No me puedo desprender de los celos,
la humildad me volvería potente,
pero sólo por unos segundos,

siempre hay un asesino atrás de la puerta.

No me puedo desprender de la persecución,
sería como nacer muerto.

NO ES NECESARIO QUE ME RESPETEN

No es necesario que me respeten
porque soy un irrespetuoso.

Moriré en huelga de hambre
en una calle de Irlanda.

Mi ojo y mi palabra
atravesados por una flecha
se incrustarán en un calabozo de México.

Tirado en el lodo veré mis uñas
que guardan la carne desangrada de mi última mujer.

Saldré en un noticiario
entre anuncios de Coca y Pepsi-Cola.

Ya no creeré en los hombres
el día que pierda a mi mujer
enterrada en la base de mis uñas.

Nunca le digas a un burgués:
Mis veinte años valen como tus sesenta.
Y menos se lo digas a un burgués de izquierda,
pues te llenará de palabras y te mandará a la derecha.

Se pelearán por acabarte los testigos,
los testigos testículos que en lamidas de vergüenza
serán necrosados por las lenguas de los respetuosos.

No es necesario que me respeten
porque soy un irrespetuoso.

CUANDO ERA NIÑO

Cuando era niño quería ser mago,
de adolescente quise ser médico o licenciado.
Entrando a la adultez quise ser guerrillero.
He sido la mitad de todo eso.

Pero ahora que voy a entrar a la vejez,
o que en realidad soy un viejo al que se le caen las arrugas,
he decidido mi vocación definitiva:
voy a ser terrorista.

Y es que cuando veo gente tan estúpida,
de esas que no se echan un pedo en una reunión
no tengo más que el deseo de matarlas.

Quizá me guste el olor de mis propios pedos
(no conozco ninguna señorita decente que rehuya su propio
olor).

Pero no es el gusto lo que me llevó a ser terrorista,
no.

Es este sistema tan decente el que me tiene agarrado
de los testículos.

Es pensar que la gente les dice obreros a los esclavos.

O que un marido decente en realidad es un perrito
domesticado.

Esta es la gente estúpida a la que me refiero.

Por eso los mataré.

Le pediré licencia al Papa, a Bush y a mi mujer.

Y aprovecharé el momento para dejarles mi bomba.

BEBO SANGRE DE CRISTO

Estaba bebiendo sangre de Cristo cuando él se apareció.
Cristo redentor, bebo de tu sangre,
soy un poeta que interroga:
¿escribiré bien?
Cristo, con una mezcla de inteligencia y estupidez, contestó:
“No, nunca.
Necesitas acabar con mi sangre, embriagarte y escribir
tu propio evangelio.”

Perdóname Cristo,
he acabado con la mejor mujer,
he esculcado la vagina de mi hembra
para ver si me ha sido infiel.
He revisado la mirada de mi padre,
me ha querido matar.
¿Y aun así quieres que escriba tu evangelio?
“Sí —me contestó—. Ya está escrito.”

CON MI TARJETA DE CUENTA MAESTRA

Con mi tarjeta de Cuenta Maestra
camino por Perisur,
los esclavos me trapean el piso,
los policías me cuidan de los nacos,
los nacos me miran asombrados,
todo un sistema social me sostiene,
yo debiera estar agradecido de estar tan cómodo,
de que abajo de mí haya tantos esclavos que trabajen
(y todo por un dinero que heredé).

Yo quería hablar con el policía, con los nacos y los esclavos,
pero está prohibido,
el reyecito se debe pasear solo por sus palacios gringos,
las mujeres de ahí no hablan con cualquiera,
el sexo está prohibido en este sistema supuestamente libre,
hay que acostarse con las dependientes, esclavas de mostrador
aséptico.

Las niñas del monarca están cuidadas por la moral cristiana,
todo está muerto, bello y sin comunicación,
miles de esclavos trabajan para mí,
los quiero liberar pero antes me pegará alguien
que sí se la traga de rey.

Este sistema trabaja entero para que yo esté escuchando
música y escribiendo esta sarta de pendejadas de puerco
burgués.

¡Soy un puerco burgués! ¡Me acabé una caja de chocolates y
aún quiero más!

Este sistema trabaja para mí, los almacenes de lujo son mis
bazares y los restaurantes mis cocinas, los esclavos me halagan
más que a su padre y yo todo se lo debo a los objetivos que le
trazaron a mi padre.

Si yo hubiera sido pobre sería un ladrón profesionalista, de esos para los que robar es como el amor para los poetas, es cierto, debiera estar contento pero necesito una piel y no toda la colección de discos de Sting.

Yo no trabajo para este sistema pero él se empeña en trabajar para mí.

Aunque no lo crean soy un "pobrecito", lo juro, estoy descarnado gracias al sistema que no habla más que de negocios y rock de boutique asexualada y pendeja, la clase mierda, en fin.

PSICOLOGOS

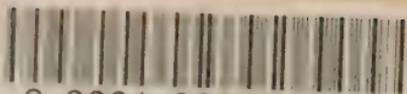
Cuando los psicólogos me dijeron adolescente,
a los treinta años de edad,
les di las gracias con amor.

Yo no sabía que mi sombra de pubis
era igual que tener palo,
para tejer en la noche una silueta,
con las huellas de mi verdad.

Los psicólogos caminan con seguridad,
saben que pisar hormigas es malo,
que no se debe joder insectos.

Sus pacientes no opinan lo mismo
cuando miran a qué hora se quita los calzones
la madre de los terapeutas.

Los psicólogos están enamorados del día
la noche les provoca sueños húmedos
que les mojan las sábanas de mierda.
Saben que el electroshock
usado en el culo de su hermana,
puede alejar a los sucios como yo,
que esperan la señal de fuego,
para salir de la jaula y orinar sus libros de topología.



3 9001 02960 3712

Esta obra se terminó de imprimir
en septiembre de 1990, en
Avelar Editores Impresores, S.A.
Bismark 18, México 13, D.F.

La edición consta de 5,000 ejemplares

26479 6





